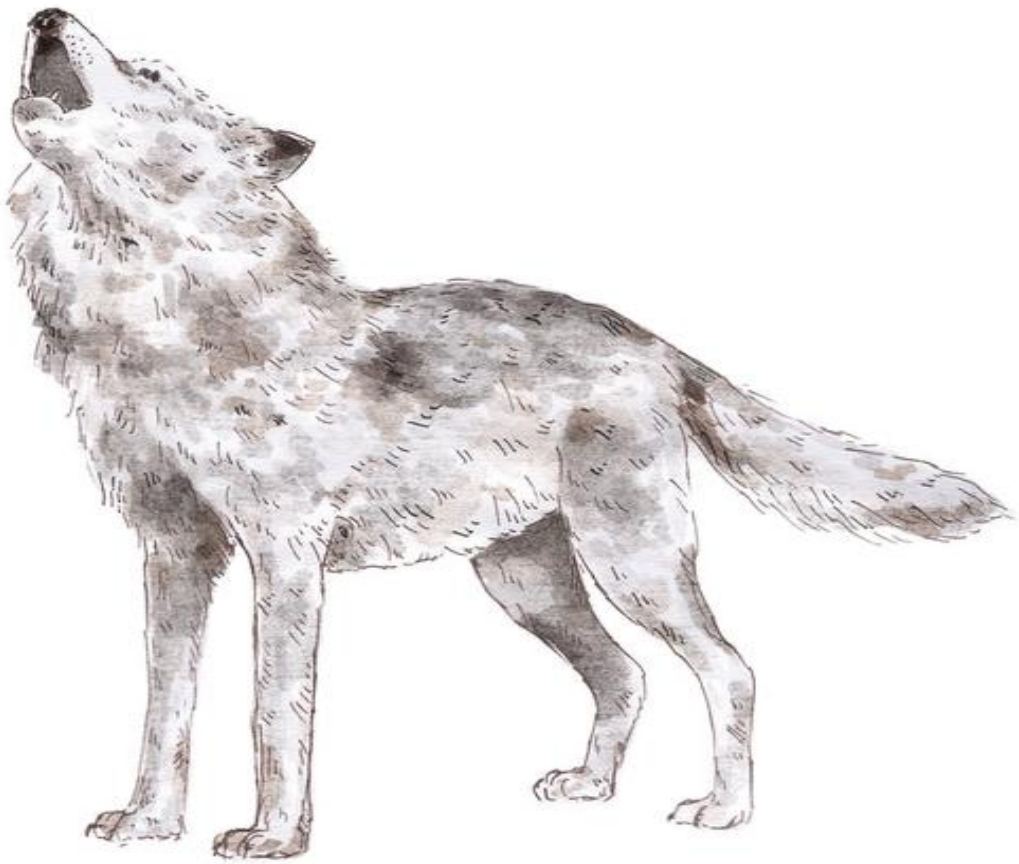
Roland Schimmelpfennig

UNA CLARA Y GÉLIDA MAÑANA DE ENERO A PRINCIPIOS DEL SIGLO XXI

PERIFÉRICA



UNA CLARA Y GÉLIDA MAÑANA DE ENERO A PRINCIPIOS DEL SIGLO XXI

ROLAND SCHIMMELPFENNIG

TRADUCCIÓN DE
NURIA MOLINES GALARZA

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICION: enero de 2020

TÍTULO ORIGINAL: An einem klaren, eiskalten Januarmargen zu Begsnn des 21. Jahrhunderts

DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez
MAQUETACIÓN: Grafime

La traducción de esta obra ha recibido una subvención del Goethe-Institut

© s. Fischer Verlag GmbH, Frankfurt am Main, 2016

© de la traducción, Núria Molines Galarza, 2020

© de esta edición. Editorial Periférica, 2020. Cáceres
info@editoriaIperiferica.com
www.editoriaIperiferica.com

ISBN: 978-84-18264-05-4

El editor autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

Una clara y gélida mañana de enero a principios del siglo XXI, poco después de que despuntase el alba, un lobo solitario vadeó el río que marca la frontera entre Alemania y Polonia, que estaba totalmente congelado.

El lobo venía del Este, Caminó sobre el Oder helado, llegó a la otra orilla y prosiguió hacia el Oeste. Detrás del río, el sol seguía hundido en el horizonte.

El lobo caminó por vastos campos cubiertos de nieve bajo el cielo sin nubes hasta que llegó a la linde de un bosque y por allí desapareció.

Al día siguiente, un cazador se encontró en un bosque los restos sangrientos de un corzo, a treinta kilómetros al oeste del río congelado, En la nieve, junto al cadáver del corzo, distinguió las huellas de un lobo.

Aquello fue por Vierlinden de Seelow. El último lobo visto por allí había aparecido hacía ciento sesenta años, en 1S43.

El lobo se quedó por la zona hasta mediados de febrero, Nadie lo vio en carne y hueso, sólo encontraban sus huellas y las presas ensangrentadas en la nieve.

Fue un invierno muy frío y muy largo, Hacia finales de la segunda semana de febrero, llegaron varios días de nevadas ininterrumpidas.

La noche del 16 de febrero, un camión cisterna patinó en la autovía completamente nevada que conecta Polonia y Berlín.

El camión cisterna se atravesó y volcó a un lado. Dos camiones más se estrellaron contra el primero, que empezó a arder. El camión cisterna explotó. Ninguno de los conductores sobrevivió.

Sesenta coches patinaron por aquella carretera, resbaladiza por la nieve, a causa del accidente, y acabaron chocando y formando un largo acordeón. La gente no salía de los coches aplastados, y el fuego empezó a propagarse.

Ocurrió a la altura de la reserva de Glieningmoors. Al poco, se formó un atasco de más de cuarenta kilómetros hasta la frontera polaca. Cortaron la autovía en ambos sentidos.

Se hizo de noche. Los conductores que estaban en el atasco apagaron el motor y las luces. La nieve cayó en la oscuridad sobre la autopista y sobre los vehículos detenidos.

Por el arcén pasaban los camiones de bomberos y los de emergencias junto a la interminable hilera de coches. No paraba de nevar. Todo era quietud.

El joven polaco, de un pequeño pueblo cerca de Varsovia, se dirigía a Berlín y llevaba once horas en danza por el mundo. Hacía tres que estaba parado en la autovía bajo la nevada. A lo lejos veía el resplandor de las llamas de los vehículos que seguían ardiendo.

El camión cisterna y la extensión de coches accidentados estaban a unos tres kilómetros de donde se encontraba él.

El motor del viejo Toyota estaba apagado. El joven se estaba congelando. No le quedaba suficiente gasolina como para dejar el motor en marcha. A veces giraba la llave sin llegar a arrancar el coche para poner un momento los limpiaparabrisas, Tenía miedo por la batería. No encendió la luz interior del coche, no se puso a escuchar la radio. Se quedó sentado en la oscuridad dentro del Toyota.

«[Tenemos para veinte horas por lo menos!», le había oído gritar a un camionero polaco por la carretera. «¡Tenemos para veinte horas por lo menos!», volvió a exclamar el hombre.

El joven polaco se bajó del Toyota y sacó el móvil para hacer fotos del fulgor de las llamas que se veía a lo lejos en medio de la noche. Luego volvió a meterse en el coche. En las fotos no se apreciaba nada.

Llamó a su novia, Agnieszka, que lo estaba esperando en Berlín.

—No, esto va para largo.

—¿Y qué vas a hacer? —le preguntó ella—, ¿Tienes alguna manta?

—Llevo el saco de dormir en el maletero.

—Deja ahí el coche y vete andando hasta el siguiente pueblo que encuentres.

—Estamos en medio de la nada. No hay nada, no se ve nada.

—Algún pueblo habrá, Tomasz, tira andando hasta al próximo pueblo, que te vas a congelar.

—No hay ningún pueblo. Y cómo voy a dejar el coche aquí.

Tras esperar una hora más en el atasco, Tomasz se bajó del coche y se acercó al lugar donde había ocurrido el accidente. Antes de salir, buscó un punto de referencia para no desorientarse: sabía que, de lo contrario, sería imposible volverá encontrar el Toyota, ya cubierto de nieve.

En el arcén, a su derecha, había un cartel: faltaban ochenta kilómetros para Berlín.

«Soy un explorador —pensó—, soy un puto explorador.»

Enfiló hacia el lugar del accidente. La nieve no daba tregua. Las luces azules de los vehículos de emergencia brillaban en la oscuridad. A medida que se fue acercando, vio las llamas azuladas del soplete con el que los bomberos intentaban sacar a la gente de los coches hechos un acordeón. Oyó gritos y lloros, En medio de la fuerte ventisca, vio a un hombre de unos sesenta años en el arcén; un hombre robusto, en camiseta interior, sangrando, probablemente un camionero.

—¿Necesita ayuda? —le gritó Tomasz en polaco. Le pareció que lo conocía de Varsovia. El hombre, sin embargo, exclamó:

—Tú métete en tus mierdas.

Al otro lado de la autovía aterrizó un helicóptero. Habían instalado unos focos. Los sanitarios de emergencias llevaban a alguien en unas angarillas hacia la ambulancia. Avanzaban todo lo rápido que podían. Una mujer corría a su lado, No paraba de gritar algo, una palabra, quizá un nombre, y entonces resbaló y cayó en la nieve. Los sanitarios siguieron corriendo.

Dio media vuelta. Caminó entre los coches parados de regreso a la oscuridad.

Se cruzó con vehículos de emergencias con luces azules que avanzaban por el arcén. A través de la ventisca intentaba localizar su

punto de referencia, el cartel con las distancias. Encontró el Toyota cubierto de nieve y lo rodeó para coger el saco de dormir del maletero.

Tomasz llevaba tres años viviendo con Agnieszka en Berlín. Trabajaba para un polaco, Marek. Marek y su cuadrilla se dedicaban a desmantelar casas o a reformarlas. Hacían de todo.

En Polonia siempre había trabajado solo. A veces, cuando le había tocado hacer algún trabajillo fuera de Varsovia, pasaba la noche con el saco de dormir en la obra o en el mismo coche, solo; pero en Alemania las cosas no iban así.

Desde que vivía en Alemania, no soportaba trabajar solo. Desde que estaba en Alemania, no soportaba estar solo.

La cerradura del maletero del Toyota estaba congelada. A la derecha, en el arcén, estaba el cartel: ochenta kilómetros hasta Berlín.

Entonces vio al lobo. El lobo estaba frente al cartel, al pie de la vía nevada, a siete metros de él, no más.

Un lobo, pensó Tomasz, eso parece un lobo, quizá sea un perro grande, ¿quién deja suelto por aquí un perro? ¿O será un lobo?

Le hizo una foto delante del cartel en medio de la ventisca. El *flash* en la oscuridad.

En un abrir y cerrar de ojos, el lobo desapareció.

Tenía un moratón debajo del ojo derecho y el labio hinchado.

La muchacha estaba sentada bajo la marquesina de la única parada de autobús del pueblo. Aquel lugar se llamaba Sauen, estaba cerca de Beeskow, en la región de Óder-Spree.

Era primera hora de la mañana, las seis y media. Estaba esperando el autobús escolar. Tenía dieciséis años. La noche anterior, su madre le había dado dos puñetazos en la cara.

Se veía la nieve caer en el haz de luz de la farola. El pueblo no era más que un par de casitas junto a la carretera.

A su lado, sentado en el banquito bajo la marquesina de la parada de autobús, estaba su amigo.

—¿Por qué no nos largamos de aquí? —le dijo a su amigo.

Ambos llevaban pesadas cazadoras de cuero, botas tipo militar, cadenas, pendientes, aunque tenían rostros tiernos, cuerpos ligeros.

—¿Y adonde quieres ir? —le preguntó él.

—A Berlín.

Cuando llegó el bus, ya se habían marchado. No echaron a andar por la carretera nacional, ya que, antes o después, alguien las habría parado. Dos niños a esas horas intempestivas caminando por la nieve. Tomaron las pistas forestales.

La chica se llamaba Elisabeth; él, Micha.

Cuando llegaron al bosque, por primera vez en cuatro días dejó de nevar. —Joder, joder, joder —dijo Charly y empezó a reírse mientras abría los ojos como platos—, Mira esto, mira, mira.

Jacky le siguió la mirada y echó un vistazo a la calle a través del escaparate, pero no había nada, o al menos nada reseñable. Coches, transeúntes. Había dejado de nevar.

—Antes aquí vivía otra gente, antes esto era muy diferente.

—Charly, tú qué vas a saber quién vivía aquí.

—Pero si se ve, se ve perfectamente.

—Nosotros tampoco vivíamos aquí antes.

—Tampoco es que vivamos aquí ahora.

—Uy, pues claro que sí.

—No vivimos *aquí*. Aquí.

Berlín, Prenzlauer Berg: antes de 1989, la tienda era una panadería. Tras la Reunificación, una de las antiguas dependientas se quedó con el negocio y, con unos ahorrillos, la convirtió en un quiosco de esos que abren hasta las tantas, En una pequeña jaula que tenía detrás del mostrador, había dos conejillos, tiempo después empezó a tener problemas con las autoridades y tuvo que deshacerse de los animales. Abría hasta muy tarde, vendía periódicos, tabaco, cerveza, licores, patatas y refrescos, y cuando la gente mayor del barrio no podía bajar a comprar, ella cogía el

periódico, la cerveza y los cigarrillos y se los subía; sin embargo, todo aquello se acabó. La tienda no daba suficiente, los alquileres del barrio subieron y, al cumplir los sesenta y cinco, bajó la persiana. Fue entonces cuando llegaron Charly y Jackie, gente joven, y se hicieron cargo de la tienda, que era justo lo que andaban buscando y para lo que habían ahorrado. La pintaron entera de negro, dorado y rojo oscuro.

—Tienes una mirada muy rara, Charly. Se te pone una mirada rarísima, como si se te saliesen los ojos de las órbitas, ¿qué te pasa?

—Pues mira, eso te quería decir yo a ti en este mismo momento. ¿Sabes? ¿Sabes, amor? Estás rara, llevas rara todo el día, ¿en qué piensas?

—Pienso en que algo no va bien, pero no sé el qué.

—Ya te digo yo lo que es: que no entra bastante gente. A ver, la tienda va bien; aun así, entra poca gente…

—Eso es por el tiempo que hace, Charly.

—Y luego pones caras raras y me dices que yo pongo caras raras. —Charly vuelve a abrir mucho los ojos.

—¿Tú crees que algún día tendremos hijos?

—Pues claro, claro que sí, pero ¿no crees que es un pelín pronto? Ahora acabamos de abrir la tienda, vamos a estabilizarnos primero, ¿no? Tú tienes veintinueve…

—Voy a cumplir treinta y tú te estás quedando calvo.

—Aún tenemos mucho tiempo por delante.

Sin embargo, ella sabía que no. Sentía que nunca tendrían hijos.

—Vale, bien —dijo Charly—, vale, qué pasaría, qué pasaría si, vamos a pensarlo bien, vamos a pensar las cosas bien, a analizarlas punto por punto —y volvió a abrir los ojos como platos—, punto por punto, joder.

El hombre se había preparado un termo de café y un par de bocadillos. Cogió los prismáticos y la escopeta, la de caza, y se fue sin perro. El perro había muerto antes de Navidad. El hombre, ya entrado en años, no le había dicho a nadie que se Iba al bosque antes del amanecer. Se puso ropa de invierno, las botas, el abrigo

largo, el gorro y, cuando estaba atravesando el patio interior, silbó a ver si el perro salía, pero el perro no salió y entonces se acordó de que el perro ya no estaba.

Había un grueso manto de nieve, y al hombre le costaba mucho avanzar por el sendero del bosque. Llevaba ya casi una hora de caminata cuando, poco antes de las primeras luces, llegó al puesto elevado de caza. No había ido hasta allí para dispararle a un animal, sino porque le gustaba el sitia, ese puesto elevado, el alba, el campo que se extendía ante sus ojos, la linde del bosque. Tenía por costumbre ir allí, incluso en Invernó, a primera hora de la mañana.

Había oído hablar del lobo; decían que estaba por la zona de Seelow, más al norte. Sabía que los lobos migraban. Si bien los lobos viven en manadas, muchos se ven obligados a abandonarlas y migran buscando otra; pueden hacer trayectos muy largos, setenta kilómetros al día o incluso más.

Se sentó en el puesto elevado de caza y contempló el campo de nieve minutos antes de que amaneciera. Apuró el café del termo. A su mujer nunca le había hecho gracia que saliese solo por el bosque; le producía una mezcla de preocupación, egoísmo e Inseguridad. Nunca le gustó que se llevase al perro y no a ella.

Nunca le gustó que la dejase sola, nunca le gustó que él prefiriese estar a solas.

El hombre no había salido a cazar, bien podría haberse dejado la escopeta en casa.

Se hizo de día, Aquella mañana no vio ningún animal salvaje; ni un corzo ni un jabalí. Le pareció percibir cierto movimiento en la linde del Anal del campo, pero no llegó a distinguir nada con los prismáticos.

De repente, empezó a encontrarse mal, se notó el estómago revuelto, le sudaban las manos, tenía taquicardia. Así llega la muerte, pensó, así es.

Pasados unos minutos, se fue encontrando mejor, pero tenía el cuerpo empapado en sudor; aunque sabía que tenía que volver, le daba miedo no lograrlo.

A Tomasz le costó diecisiete horas hacer el trayecto de Varsovia a Berlín. Había salido el 16 de febrero a última hora de la mañana. Por la tarde, en la autovía alemana, cuarenta kilómetros después de cruzar la frontera con Polonia, un camión cisterna había patinado, se había atravesado en la carretera y había volcado, se había prendido fuego y había acabado explotando. Más de sesenta coches frenaron y se formó un acordeón. Pasaron ocho horas hasta que la autovía volvió a estar despejada. Estuvo en el atasco hasta las tres de la madrugada; allá delante, el resplandor del fuego en la oscuridad, más tarde, los focos.

A unos diez metros vio un lobo, un lobo en el arcén.

—¿Cómo? ¿Qué? ¿Has visto un lobo? —le dijo Agnieszka riéndose —. Cariño, estás loco.

Acababa de llegar y estaba sentado delante de ella, en la cocinita de su piso de Neukólln. Eran las cuatro de la mañana o incluso más tarde. Casi no había nada de comer en casa, sólo té y cerveza.

—Te he comprado cerveza.

—¿No hay algo de sopa? Hacía tanto frío en el coche que creo que me voy a poner enfermo.

—Pero no has visto un lobo, ¿verdad?

—He estado ocho horas sentado en el Toyota, que estaba congelado.

—Pero ¿dónde lo has visto?

Vivían en un piso barato de los años sesenta, de una habitación. Era humilde, oscuro y ruidoso. Las paredes eran de papel de fumar. Un fluorescente quemaba sobre la encimera de la pequeña cocina.

—¿Te vas ahora a la obra?

—Sí —respondió él.

—Ah, vaya, pensaba que estabas malo.

—En el arcén. Lo he visto en el arcén.

Ella se echó a reír. Tenía veintidós años. Estaba con Tomasz desde los catorce; él tenía dos años más que ella. Eran del mismo pueblo, no muy lejos de Varsovia. Ahora llevaban ya tres años en Berlín.

Ella se dedicaba a limpiar tiendas, salas de conferencias, oficinas enormes, casas de artistas, cineastas y periodistas de cuyos hijos algunas noches también se hacía cargo. Entró en ese círculo por casualidad y la seguían recomendando. Cuando llegó con Tomasz a Berlín, ninguno de los dos hablaba alemán. Ahora ella lo hablaba casi a la perfección, y él seguía sin apenas entender nada. En la obra se relacionaba casi exclusivamente con polacos.

—En el arcén, a un lado de la carretera.

Ambos trabajaban mucho, tanto como podían, día y noche. Dormían poco, Cuando él acababa en la obra, se iba con ella y la ayudaba a limpiar, de noche, en oficinas desiertas de la Rosa-Luxemburg-Platz o en las de Schónhauser Allee.

Trabajaban desde las seis o las siete de la mañana hasta bien entrada la madrugada, de lunes a sábado al mediodía. Las noches de los sábados salían a bailar.

—He hecho una foto.

Ella le echó un vistazo.

—Has fotografiado un lobo.

—Eso mismo te he dicho.

—¿Crees que mucha gente le hizo fotos?

—No. Nadie.

—Un lobo en la autovía —dijo ella—, en la nieve.

—En un atasco. Un lobo en un atasco.

Se rio. Se lo había dicho en broma, No era de los que hacían bromas, Casi nunca.

Hacía casi cuatro semanas que no se veían; él había estado trabajando para un familiar cerca de Varsovia. Agnieszka lo observó. Se conocían desde que eran pequeños, llevaban ocho años juntos. Se marcharon juntos a Berlín, sin casarse.

A ojos de sus católicas familias, vivían en pecado. Se fueron a la capital alemana con el Toyota. Encontraron piso en Neukolln gracias a otros amigos.

Se alimentaban de patatas fritas y refrescos de cola y galletas y té y cerveza porque no les gustaba nada más en Alemania y tampoco tenían tiempo para cocinar.

Ella siempre estaba alegre, siempre era capaz de tirar hacia delante, nada puede conmigo, se reía siempre, y ahora, sentada a la mesa de la cocina, se daba cuenta de que él ya no podía más. Veía que se le iban agotando las fuerzas. Que con los meses enmudecía. Había empezado a irse durante semanas a Polonia porque un familiar lejano tenía trabajo para él.

—Tomeczek, ¿y no has pensado en vender la foto?

—¿La foto? ¿Qué foto?

—La foto del lobo.

—¿Y a quién se la vendo? ¿Quién me la va a comprar?

El autobusero había parado y, al no ver a la chica ni al chico, esperó un momento cuando era poco antes de las seis y media de la mañana en la única parada de autobús del pueblo. Se quedó esperando más de lo que le habría correspondido, pero como ya iba retrasado por la nevada, lo mismo daba; además, conocía a los muchachos, se subían al bus cada mañana y también conocía a la madre del chaval: estuvo casado con su hermana, hace mucho, mucho tiempo.

Más tarde, a mediodía, llamó a la madre del crío, a ver si estaba todo bien: así se hacen las cosas en los pueblos.

Agnieszka y Tomasz apenas habían dormido, poco más de una hora. Se habían echado en la cama, sin tocarse, aunque hacía casi cuatro semanas que no se habían visto, y entonces sonó el despertador. Un par de horas más tarde, ella le enseñó la foto a una mujer a la que le limpiaba la casa, La mujer trabajaba en un periódico. Le compró la foto y al día siguiente estaba por todas partes: un lobo de noche en la nieve, Iluminado por el *flash* y, detrás del animal, un cartel que decía que faltaban ochenta kilómetros hasta Berlín.

A pesar del grueso manto de nieve, el chico y la chica avanzaron rápido, al menos las primeras horas. Habían emprendido la marcha en la oscuridad desde la parada de autobús a las seis y media de la

mañana, A las diez ya estaban a veinte kilómetros del pueblo. Se habían adentrado mucho en el bosque.

Estaban helados y sudaban, tenían hambre y sobre todo sed. Comieron nieve. Sabían que no llegarían muy lejos, pero siguieron caminando.

El silencio era casi absoluto en el bosque. Era un día gris. El chico y la chica hablaban poco. Avanzaban el uno al lado del otro sin decirse nada, a veces se quedaban parados en la nieve, se liaban un cigarrillo como buenamente podían, con los dedos rígidos del frío, y fumaban. Fumar ayudaba a matar el hambre.

Caminaron bosque a través sin cruzarse con nadie. En una encrucijada vieron una caravana antigua. La puerta estaba abierta. Dentro había mucha basura, cajetillas de tabaco vacías, prospectos, periódicos viejos, botellines de cerveza vacíos, colillas… En algún momento, allí habían quemado cosas. En una esquina vieron un pequeño horno, un horno de leña.

Habían encontrado la caravana a primera hora de la tarde. No se atrevían a hacer fuego en el horno por miedo a que se incendiase.

Recogieron leña e intentaron encender una hoguera delante de la caravana, pero les costó mucho, Cuando por fin prendió, ya se había hecho de noche. Sabían que, con el frío que hacía, no podían dormir a la intemperie, allí en la nieve, ni siquiera junto al fuego. Podían aguantar la noche en la caravana, aunque sólo si conseguían encender la estufa sin que todo se incendiara. La prendieron y esperaron. No tenía pinta de que fuera a incendiarse, Enseguida se caldeó el ambiente en aquella diminuta estancia. A pesar del hambre, con el calor les sobrevino el cansancio después de tantas horas en la nieve. Afuera, delante de la caravana, la hoguera seguía brillando en la oscuridad. A lo lejos se oía un rumor.

—Igual es la autovía —dijo el muchacho—, o la nacional. Los dos se ovillaron junto a la estufa en el suelo de la caravana, Se apoyaron espalda con espalda e intentaron no quedarse dormidos, ya que seguían con el miedo a que todo saliera ardiendo, aunque, de vez en cuando, se les cerraban los ojos.

La madre de la chica no hizo nada. No era la primera vez que su hija no volvía a casa.

Sin embargo, por la noche, una mujer de la policía se presentó en el domicilio y en ese momento se inició el protocolo de búsqueda.

Sí, ella y su hija se habían peleado.

La policía era del mismo pueblo, conocía a los muchachos, a la familia del chico y también a la madre de la chica.

La madre de la chica o, mejor dicho, su anterior marido, había comprado hacía unos quince años, por una cifra irrisoria, la casa del maestro, que estaba vacía, y desde entonces, los fines de semana, ella y su marido salían de Berlín con su hija pequeña y pasaban un par de días en el pueblo.

La gente conocía a la pareja por los periódicos, por la tele. El hombre era mayor que ella, un pintor de éxito. Más tarde, el hombre dejó de ir al pueblo; en aquel tiempo la niña tenía tres años.

Después de la separación, la madre dejó de recibir encargos, o le llegaban muy pocos, así que dejó el piso de Berlín y se mudó con la niña a la casa del maestro. Era toda una celebridad, con la melena pelirroja teñida y pantalones anchos de lino, eso cuando no estaba trabajando vestida con un mono en el taller o en el patio delantero de la casa.

Tenía treinta y pocos cuando nació su hija, y le iba muy bien como artista en Berlín. Cinco años después, era una madre soltera en un pueblo no muy lejos de la frontera con Polonia, Bebía mucho —eso ya le venía de antes—, era irascible y engreída, Se había peleado con la mayoría de sus conocidos de la época berlinesa.

Le había contado a su hija que era porque se habían mudado fuera de la ciudad para que ella tuviese una infancia diferente a la suya, en los bloques de pisos de la zona noreste de Berlín, entonces capital de la RDA.

Los motivos cambiaban, siempre dependiendo de la cantidad de alcohol que hubiese bebido. A veces le decía a la niña que, al ser madre soltera, se había tenido que marchar de Berlín porque ya no se podía permitir el taller de la ciudad.

Estaba también la variante que consistía en que, tras el nacimiento, la ciudad ya no le decía nada; que la ciudad, de un día para otro, había perdido todo su sentido artístico, las fiestas, el mundillo, y también la variante de que, durante el embarazo y tras el parto de su hija, había dejado de trabajar —por los ruidos cuando utilizaba la sierra de cadena o el cincel—, y que el mercado nunca le había perdonado ese parón.

Cuando la visitaban los pocos amigos que le quedaban, la niña aún escuchaba más versiones. Algunas veces la cosa iba de encargos importantes que había perdido por culpa de los tejemanejes de su exmando; mientras que otras, lo achacaba a que, tras el parto, había sufrido una crisis, un bloqueo creativo.

Apenas trabajaba. Siempre había algo que hacer y siempre era importante: el jardín, la casa.

Cuando salía a la calle, siempre Iba vestida igual, como si la esperase en la calle principal del pueblo un público de gran ciudad.

Cuando su hija todavía era pequeña, la madre no paraba de profetizar que la cría acabaría odiándola igual que ella misma a su madre.

Cuando tuvo once años, la mujer comprendió que había acertado con sus predicciones, Que había llegado el día. Siempre le gritaba y a veces le daba una azotaina. No a menudo, no de manera recurrente, pero cuando le pegaba era porque antes se había roto algún plato, y entonces le daba un bofetón en toda la cara sin previo aviso, en la boca, en los ojos. Llevaba dos anillos gruesos en la mano derecha. Después, las escenas de reconciliación, la madre llorosa y la hija llorosa, los premios de consolación, las dos o tres copas de vino que le permitía beberse a la chica, mirando juntas la tele, que de ordinario estaba apagada, por principias.

Le había dado dos golpes con el puño: en el ojo, al que no le había acertado del todo, y en la boca.

La muchacha acabó de rodillas, y en ese momento la mujer, como siempre, se arrepintió. Pero entonces la cría se levantó y le escupió en la cara.

Eso había sido por la noche, antes de que la chica desapareciese con el chico.

Los padres del chico eran los das del pueblo. Siempre habían vivido ahí, no conocían otra cosa. El padre llevaba una semana en una clínica.

Cuando la madre del chico se enteró por el conductor —su excuñado— de que ni su hijo ni la hija de la vecina habían subido al autobús aquella mañana, tampoco se preocupó demasiado.

Se había ido con la chica, eso estaba claro, Se había ido por ella, Él no tenía motivos para marcharse solo. El motivo era ella.

A la madre del chico le caía bien esa muchacha. A pesar de que los padres del chico y la madre de ella se conocían, no tenían mucha relación.

De pequeños, los dos crios solían salir al bosque, a veces pasaban allí todo el día. El padre del chico antes tenía licencia de caza. Cuando aún salía a cazar, a veces se los llevaba con él.

El padre y la madre del chico antes se dedicaban a bobinar cable en una fábrica que estaba a unos veinte kilómetros. Hacía tres años que había cerrado. En la zona no había trabajo para ellos.

Cuando se hizo de noche y el muchacho no había vuelto a casa, la madre llamó a la policía.

La policía, la madre de ella y la madre de él fueron a la parada del autobús, en medio de la oscuridad y de la nieve. Se quedaron mirando la calle que bajaba.

—Creo que se han ido por el bosque —dijo la madre del chico; la de la chica no dijo nada.

—¿Por el bosque? —preguntó la policía—, ¿Y eso por qué? Si se han ido por el bosque, dentro de un par de horas estarán de vuelta. No pasarán allí la noche. Seguro que no. Se rio.

La madre del chico se volvió a meter en casa y llamó a la clínica. No era fácil comunicar con el padre, sobre todo de noche. Los pacientes no tenían teléfono propio. No estaba permitido, tenían que

entregar el suyo al ingresar. En el largo pasillo de su ala de la clínica había un teléfono público colgado de la pared. Se podía llamar allí desde el exterior; y por lo general la línea estaba ocupada —durante horas, a veces— o nadie lo cogía.

—El crío se ha largado. Con la chica —le dijo—. Lo más probable es que se hayan ido por el bosque.

—El chico se conoce muy bien el bosque —contestó el padre.

—Pero con la nieve…

—El chico se lo conoce bien. ¿Hace cuánto que se han ido?

—Hoy por la mañana, a primera hora, a las seis y media. No han cogido el bus.

—El chico se lo conoce bien.

—Aquí todo el mundo habla del lobo. ¿Te has enterado de lo del lobo?

—Sí —dijo, sí, pero no lo tenía muy claro. No se acordaba.

—Hay un lobo por la zona.

—Ah, un lobo, sí…

—Alguien tendrá que ir a buscarlos.

—No me dejan salir. No voy a poder salir.

Sonaba agotado y sereno, Antes, en la época de la fábrica de cables, trabajaba en el monte.

La mayoría de los hombres del pueblo bebían, las mujeres también, aunque él había bebido más que el resto, Había estado a punto de matarse por una borrachera. Hacía diez días había empinado tanto el codo que se cayó a las vías en la estación de Beeskow. Se quedó en las vías y empezó a gritar. Los trenes se detuvieron antes de entrar en la estación, y acto seguido cuatro guardias lo sacaron de las vías. Se lo llevaron a un centro psiquiátrico, a Frankfurt del Oder, al ala de aislamiento, Lo amarraron a la cama. Luego no se acordaba de nada de lo sucedido. No se acordaba de las vías del tren ni de los primeros días en el psiquiátrico, atado a la cama. Al cabo de tres días se le despejó la cabeza, pero estaba agotado. Había dejado de temblar. Una semana

después, recibió la llamada. De pie, en el largo pasillo del ala cerrada, en el teléfono para pacientes.

—No me dejan salir.

—Alguien tendrá que ir a buscarlos, nadie los está buscando. La policía dice que ya volverán.

—No voy a salir de aquí. —Hizo una breve pausa—. Y tampoco lo conseguiría.

Al día siguiente, trasladaron al padre del chico a otra ala. El jefe de planta no llegaba a los cuarenta. Llevaba unas botas de vaquero. El padre le explicó la situación. Le dijo que se tenía que ir, aunque él mismo no quisiera marcharse.

—La próxima vez acabará usted debajo del tren —le dijo el médico.

A la mañana siguiente, el chico y la chica comieron nieve para calmar la sed. Se pusieron en marcha, pero acusaban el cansancio del día anterior y tenían hambre, avanzaban despacio.

En la linde de un campo se encontraron un cadáver a los pies de la escalera de un puesto elevado de caza.

El cazador muerto yacía con los ojos abiertos, tumbado sobre la nieve.

El lobo se fue alejando de Vierlinden de Seelow, donde un cazador había descubierto las primeras huellas, trazando una ruta en forma de arco primero hacia el sur y de ahí al noroeste, hacia Berlín. Se encontró el rastro en Falkenhagen, en Berkenbrück; al poco, alrededor del 16 de febrero, debió de atravesar varias veces la autovía. La noche del 16 de febrero, Tomasz sacó la foto del lobo. A continuación se hallaron huellas en Spreenhagen y luego, de nuevo, por Woltersdorf.

El lobo cazaba conejos, liebres y ciervos, pero el grueso manto de nieve dificultaba su avance y la caza. El hambre lo obligó a acercarse a zonas habitadas. Devoraba la basura que se encontraba en el arcén de la autovía; por la noche, la de las áreas de servicio.

—¿Te has enterado?

—¿Si me he enterado de qué, Charly?

Charly volvió a hacer ese extraño gesto al abrir los ojos.

—Estás muy raro, Charly.

—Ven, vamos a la puerta.

—Está nevando —dice Jacky.

—Venga, vamos a fumarnos un cigarro, te has enterado de lo del lobo, has visto la foto, ¿no?

—Charly, qué te pasa, estás muy nervioso.

—Sí, no sé, estoy nervioso, tengo la sensación de que va a pasar algo, pero no sé el qué, y todo el rollo este del lobo, un lobo en Berlín, ahí, en la foto, a ochenta kilómetros de Berlín, y ahora igual ya está a sesenta o a cincuenta o a cuarenta, y de repente estará aquí, en Adlershof o en Hónow o en Marzahn o en Lichtenberg o en Ahrensfelde, imagínate, viene del Este, ¿qué va a pasar? Piénsalo con calma, imagínatelo.

Jacky se metió en la tienda, le vendió un paquete de tabaco a un señor. Charly se quedó fuera esperando. Ella volvió a salir.

—Siempre piensa que somos el ojo.

—¿Qué dices del ojo, Charly?

—Que somos el ojo de la ciudad.

—¿A qué te refieres con eso?

—Quiero decir que todo está aquí, lo sabemos todo, cada noticia, cada imagen, somos una parte del barrio, sabemos cómo se llama la gente, cogemos los pedidos, sabemos dónde mandárselos, sabemos lo que nos compran, de día y de noche, y por el día compran cosas diferentes, cerveza, vodka, tabaco, sabemos cuánto vodka compran y cuántos billetes de lotería se llevan.

Están junto a la puerta de su quiosco. Detrás, un gran cartel luminoso con propaganda de la bonoloto.

—¿No lo entiendes?

Jacky no lo entendía. Se hacía una idea de lo que quería decir, aunque no estaba segura. Lo miró, se echó a reír.

—¿V ahora qué?

—Pues le doy vueltas a que tenemos que andarnos con cuidado o dejaremos de ser el ojo.

—Pero…

—Si no nos andamos con cuidada, ya te digo, y entonces… Jacky, me pregunto quién hace las fotos. Jacky, ¿me sabrías decir? ¿Puedes decirme quién hace las fotos?

Hizo una breve pausa.

—La gente que entra aquí es gente que compra periódicos, que ve la tele, o es otra gente, quién sabe qué clase de gente es, pero es gente que antes no había, y hacen fotos, y las imprimen, y luego se te mete la foto en la cabeza. ¿Has visto en el periódico la foto del lobo cerca de Berlín? Sólo hay una foto y está por todas partes. ¿Y quién la ha hecho? ¿Por qué no la hemos hecho nosotros, Jacky? Somos el ojo.

Se quedaron un poca más junto a la puerta, contemplando la nieve.

Cuanto más tiempo pasaba Tomasz en Berlín, más le costaba estar solo. Le entraba el miedo cuando estaba solo. Se asustaba, pero no sabía porqué.

Agnieszka trabajaba todos los días desde las seis de la mañana; aunque en la obra, por el ruido, empezaban más bien a eso de las siete. Lo cual implicaba que se pasaba una hora solo. Se levantaba con ella y la acercaba al trabajo, cada día, a Dahlem, donde llevaba la casa de una pareja y se encargaba de hacer la limpieza. Aparcaba delante de la mansión, ella entraba y él se quedaba en el Toyota hasta que era hora de irse a la obra. No podía meterlo en la casa con ella.

Las personas para quienes Agnieszka trabajaba eran artistas. Él era pintor y escultor; ella, escultora; él tenía cincuenta y muchos o sesenta y pocos; ella, unos cuarenta. Gente de mucho dinero.

«He gustaría pintarte», le decía siempre el hombre, el artista; se lo decía casi cada día. «No, de eso nada», respondía ella. «Pero deja que te pinte —le decía la mujer, una asiática—, es dinero fácil.»

Tomasz esperaba todos los días hasta las siete menos veinte sentado en el viejo Toyota delante de la mansión y luego se Iba a la

obra. Cuando llegaban los compañeros, ya se le habían pasado los primeros ataques de pánico del día.

—El hijo pródigo —dijeron Marek y su cuadrilla el día que volvió —, míralo, ahí está.

El día de antes, el hombre y la mujer para quienes Agnieszka limpiaba diariamente se habían sentado en su gran cocina a las seis de la mañana; no habían dormido y el hombre, a modo de saludo, le dijo a la joven que se sentara con ellos.

—Acabamos de llegar de París —le dijo él, el pintar—. Hoy toca celebrar. Siempre hay algo que celebrar.

El hombre y la mujer hicieron fotos; de ellos, del cenicero hasta arriba, de la botella de vino casi vacía, de la sombra de ojos corrida de la mujer.

—Me encantaría pintar un cuadro tuyo, déjame que al menos te haga una foto.

—Mi novio le ha hecho una foto a un lobo —le dijo ella—. Hace un par de horas.

—¡Vaya! ¿Y eso dónde? —preguntó él.

—En la autovía.

Al día siguiente, cuando Agnieszka llega a las seis de la mañana, no hay nadie, pero en la cocina hay unas cuantas fotos colgadas, capias de nueve por trece. Son las instantáneas del día anterior. En una: él, con su pelo gris largo, gafas, barba espesa, robusto; en una mano, un cigarrillo, en la otra, una copa de vino. En otras fotografías, su mujer, la asiática, en la mesa de la cocina, pelo negro, recogido, con la sombra de ojos hecha un desastre, un vestido largo y ajustado que había llevado el día anterior. En la tercera foto, Agnieszka junto a la nevera. En la imagen lleva puesto lo que se pone habitualmente para trabajar: pantalones de chándal grises y una camiseta holgada. El pelo recogido en un moño alto, un trapo en la mano; está limpiando la puerta de la nevera. Sonríe para la foto.

La Imagen del lobo de noche en la autovía salió en portada; el periódico pasó de mano en mano durante el descanso del desayuno, el de las nueve, y Tomasz le dijo a Marek, su jefe, la foto la he hecho yo, han puesto mi nombre y todo.

Y Marek le dijo, lo ves, lo ves, yo siempre te digo que aún harás algo de provecho en esta vida. Te vas a hacer famoso.

Tomasz sabía que Agnieszka acababa a las nueve en la mansión de Dahlem. A las nueve y cinco la llamó, como cada mañana. A esa hora normalmente ya iba de camino al metro, y a eso de las nueve y cuarto se subía al vagón en dirección a la parte este de la ciudad.

—Sí, todo bien —le dijo al teléfono—. ¿Tú cómo vas?

—Yo bien también.

—Ya hablamos luego.

El hombre yacía muerto en la nieve, boca arriba. Tenía los ojos abiertos. Asomaba una mochila y, a su lado, sobre la nieve, había un arma. El chico y la chica encontraron té en la mochila, algunas provisiones, media botella de alcohol y algo de dinero. Se bebieron el té y el licor y engulleron a toda prisa todo lo que encontraron. Dejaron la mochila junto al cadáver, pero se llevaron la escopeta.

—¿Y dónde estará el perro? —preguntó la chica más tarde, cuando ya habían retomado la caminata por el bosque.

—¿Qué perro?

—El del cazador. No había ningún perro con el cazador.

Hacia el mediodía llegaron a un pequeño cementerio que había en el bosque. Tenían hambre y sed. El grifito que había fuera de la ermita estaba congelado. Aunque la ermita estaba cerrada, la puerta cedió cuando el chico empujó con fuerza. Allí encontraron mantas de lana sobre los bancos. En uno de los laterales había dos radiadores eléctricos, sin enchufar. En una salita lateral aneja había agua corriente.

Se quedaron unas cuantas horas allí. Enchufaron los radiadores. Se desnudaron y trataron de secar la ropa mojada poniéndola

encima de los radiadores. Se sentaron tapados con mantas delante de los radiadores y esperaron. Habían dejado la escopeta de caza apoyada en la pared. Se hizo de noche. Dejaron la puerta entornada para ver si aparecía alguien, pero por allí no apareció nadie.

Fuera, enfrente, las escasas cruces de las tumbas en la nieve. La luz de un farol se colaba por la puerta. Otra vez se había puesto a nevar.

Cuando se secaron sus cosas, retomaron la marcha. Se llevaron dos de las mantas de lana. En la oscuridad, llegaron a una carretera nacional, que siguieron hasta ver a lo lejos las luces de una gasolinera a las afueras de un pueblo. Calcularon que estarían cerca de Storkow. Storkow tenía estación. Había estado cuatro semanas fuera. Cuando Tomasz pasaba una temporada en Polonia, no llamaba tanto: dos veces al día a lo sumo, no cada dos horas, como hacía en Berlín, No llamaba tan a menudo porque en Polonia tenía gente que hablaba con él y que se preocupaba por él. Su madre. Su hermano. El hermano de Agnieszka y su mujer.

Ella, durante las cuatro semanas que Tomasz había pasado en Polonia, había trabajado de sol a sol, como siempre, y los sábados había salido a bailar sin Tomasz con su amiga Janina.

Él Intentó disuadirla por teléfono.

Le dijo que se lo prohibía, que se metería en el coche y la sacaría de allí de los pelos, y entonces ella le gritó al teléfono por primera vez en su vida.

No habían vuelto a tocar el tema. El asunto se quedó flotando en el aire. Flotaba en sus conversaciones, salvo en las de los sábados y domingos.

Los sábados por la noche, Tomasz se arrellanaba en el salón del hermano de Agnieszka y de su mujer, sin decir nada, casi sin moverse del sitio, hasta que, en algún momento de la velada, lo enviaban a casa. Dormía en casa de su madre, la acompañaba a misa los domingos por la mañana, a veces también por la tarde. Los sábados, sin falta, apoltronado en el sofá de casa del hermano de Agnieszka. Los domingos, sin falta, a misa.

El lunes a las cinco de la mañana a Agnieszka le sonó el teléfono.

El primer sábado, el día que le había gritado por teléfono, salió con su amiga Janina y conoció a un grupo de tíos de Hellersdorf, electricistas y mecánicos de camiones. Eran cuatro tipos graciosos, de pelo corto, musculosos. En ocasiones hablaban demasiado rápido y ella no entendía todo lo que decían, empleaban su propio idioma, pues usaban expresiones que no conocía, como «suela» para referirse a «coche» o «tónico vigorizante», que quería decía «hierba».

El fin de semana siguiente, volvió a ir a la discoteca con Janina y, a eso de las doce, volvieron a aparecer aquellos tíos. Se quedaron hasta las tres en la discoteca y luego se fueron con la fiesta a otra parte. Ellos tenían coche, así que al final acabaron los seis en un apartamento de un bloque de pisos de Hellersdorf, donde vieron amanecer. Bebieron vodka y fumaron tónico vigorizante.

Uno de los chicos se llamaba Andi. Andi y ella empezaron a besarse y, al cabo de un rato, él deslizó la mano por los pantalones de Agnieszka.

La próxima vez acabará usted debajo del tren, le había dicho el jefe de planta. Qué pasaría si a la próxima nadie lo sacaba de las vías. El médico miró por la ventana. Hizo esperar a los demás pacientes. Los hizo esperar diez minutos. Volvió a su escritorio, abrió varios historiales, los cerró, los volvió a abrir. Los dejó en la mesita de al lado, donde ya había una pila de carpetas. En la pared había un cuadro que le había pintado un amigo suyo. Le gustaba sólo a ratos.

El médico, de treinta y muchos, se volvió a poner de pie y miró por la ventana. Le había dicho a aquel hombre lo que pasaría. Que no tenía ni una oportunidad, ni la más remota. Not the ghost of a chance, pensó. A veces le venían palabras en inglés, formulaciones, retazos de frases, in the wee small hours era uno de esos retazos. Había trabajado cuatro años en Toronto como investigador y ahora estaba ahí. Si no hubiera sido por la familia, se habría quedado en Canadá.

Pensó en su mujer y en sus dos hijos. Se preguntó por qué no se volvía a Canadá con toda la prole.

Pensó en la historia del lobo.

Por la noche se acercaban zorros a la clínica. Nunca había visto lobos por ahí, aunque todo el mundo hablaba del tema.

Su mujer, sus hijos. Sus hijos le habían preguntado si el lobo podía entrar en casa. Si el lobo soplaría hasta que la casa se fuese volando. No, les dijo. La casa es de piedra.

¿Es verdad que en Estados Unidos todas las casas son de madera?

Sí, muchas, pero no todas.

Le había dicho al paciente lo que pasaría y que era una cuestión de días hasta que se volviesen a ver. Para que todo empezase desde el principio.

Pensó en cuántas personas habría ayudado como médico. A nadie, pensó, aunque sabía que eso tampoco era cierto. Sin embargo, nunca había ayudado de verdad. Sólo había retrasado las cosas. Había renunciado a aspirar a algo más que eso. Quizá con eso ya tenía bastante. Retrasar las cosas, siempre un poco más.

No, pensó entonces, Claro que no era bastante. Sin embargo, tampoco estaba en disposición de conseguir mucho más; en el mejor de los casos, eso era lo máximo que podía hacer. Pensó en casas de paja y en casas de madera y en casas de piedra, Pensó en la de veces que se podría haber equivocado en su vida. Quizá era imposible ayudar a la gente. Se preguntó qué medico se había ayudado a sí mismo.

Los dentistas ayudaban. Pero los dentistas se suicidaban. Los psiquiatras también ayudaban y los psiquiatras también se suicidaban.

Se podrá, pensó, ayudar cuando aún no es demasiado tarde, Pero ¿cuándo llega el momento en el que ya no se puede ayudar? Quizá desde el principio es demasiado tarde.

Con los borrachos no cabía llevarse a engaño. Con los borrachos lo único que se podía hacer era retrasar las cosas, antes o después, se volvían a hundir Agnieszka subió al metro a las nueve y diecisiete. Vio que había un asiento libre y escribió un mensaje. Tecleó el 9, dos puntos, 1 y 7. El chico de la discoteca y ella se habían estado

mandando mensajes de ese tipo en los últimos días y semanas; mensajes como 14:02 o 07:15 o 03:42. Nueve dos puntos uno siete significaba: son las nueve y diecisiete y estoy pensando en ti.

Él contestó un poco más tarde: 9:29, y ella le escribió más tarde, antes de llegar a Prenzlauer Berg, 9:46. Allí se bajó del metro y dio un pequeño rodeo para pasar por la farmacia, y luego se fue a la siguiente casa donde tenía que limpiar. No había nadie.

A las diez y un minuto le escribió: 10:01. Y luego le escribió: puede que esté embarazada.

Al día siguiente de la llamada, por la tarde, el padre del chico volvió al pueblo. Su mujer lo vio bajar por la calle desde la ventana de la cocina. No había llamado. Entró en casa, se cambió, metió un par de cosas en una mochila: el saco, provisiones, una linterna y un cuchillo de caza bien grande. Su mujer, plantada en el pasillo, lo observó hacerse el hato. El hombre tenía el pelo fino y entrecano. La cara ancha, sin afeitar. Tenía cincuenta y tantos, igual que ella. Apenas hablaron.

La mujer le dijo que parecía cansado.

Por primera vez en muchos años estaba sobrio y tenía miedo de recaer. En la mesa de la cocina había una botella de vodka.

No aguantaba estar en aquella casa. Las cosas parecían diferentes. Su mujer parecía diferente. La luz era diferente.

Salió de inmediato. Aún era de día.

Primero se dirigió a la parada de autobús y, desde allí, cogió el camino más corto hacia la linde del bosque. El que habrían tomado los crios.

En la linde del bosque encontró huellas de botas en la nieve y las siguió. Enseguida empezó a resollar. Hacía años que no caminaba tanto. Tenía que ir haciendo paradas. Sus pensamientos volvían todo el rato a las botas del joven médico de la clínica.

Encontró las colillas de los cigarrillos de liar. Empezó a oscurecer, pero siguió caminando. La nieve reflejaba mucha luz, no le hacía falta sacar la linterna. Encontró la caravana. Estaba exhausto, le temblaban las rodillas, pero descansó un poco y prosiguió a través de la noche. Siguió el rastro de huellas de botas y también vio otras,

de ciervos, de conejos, de perros, tal vez fueran de un lobo, sólo que entonces empezó a nevar otra vez y le costaba más distinguir las pisadas. Tenía miedo de recaer, por eso no quería dar media vuelta.

Pensó otra vez en las botas del jefe de planta y oyó en su cabeza la voz del hombre en un dialecto que no le gustaba. Caminó a través de la nieve y se acordó de cosas, de caras, voces e imágenes en las que llevaba décadas sin pensar.

Las huellas de los chavales lo llevaban aún más lejos, Sabía que no los alcanzaría. Supuso que habrían dormido en la caravana y que, a la mañana siguiente, habían retomado el viaje. No había ni una casa del árbol oculta, ninguna cabaña, ninguna cueva en la que se pudieran haber escondido; habían seguido caminando y le llevaban más de un día de ventaja. Se detuvo, Decidió dar media vuelta y pasar la noche en la caravana, Entonces vio al hombre que yacía en la nieve junto a la escalerita de un puesto elevado de caza.

Al final te harás famoso, le dijo Marek.

Marek y su cuadrilla estaban tirando tabiques y saneando de arriba abajo un edificio de la Lychener StraBe. La Lychener StraBe estaba al norte del barrio berlinés de Prenzlauer Berg. En su día, antes de la Segunda Guerra Mundial, aquél fue un barrio obrero. En aquella época, en cada planta había tres pequeñas viviendas con estufa de carbón, Ahora, Marek y los suyos tiraban las paredes abajo para convertir las tres viviendas en una y, en las plantas superiores, hacer un dúplex de dos pisos, Lo único que no tocaban era el bajo izquierda, ya que aún vivían ahí dos ancianos; se negaban a irse porque habían vivido allí desde hacía casi setenta años, Vivieron allí antes de la guerra y también durante la época de la RDA, y tenían más de noventa años. Aunque les habían ofrecido una vivienda de sustitución, la habían rechazado.

Al final les cortaron la luz y el agua, pero los ancianos no se marcharon.

Cada día que pasaba, el resto de las viviendas se asemejaban más a una ruina, Marek y su cuadrilla lo tiraban todo: tabiques, entrepuentes, ventanas. Tomasz y los demás obreros trabajaban con sierras y martillos a dos manos, rodeados de escombros y polvo.

Llevaban mascarillas blancas, pero de poco servían. Se les metía el polvo en los ojos, en el pelo, en la boca, en todas partes.

Después de tirar los tabiques, arrancaron capas de cartón, linóleo y moqueta podrida de los viejos suelos de madera, hechos polvo, En muchas de las casas encontraron periódicos antiguos, libros, armarios llenos. En una casa encontraron un cajón lleno de cartas y, en otra, un tocadiscos y un pájaro muerto en una jaula.

—Mira esto, jefe —dijo Tomasz.

Y Marek contestó:

—Mejor un pájaro muerto en una jaula que un cadáver en el altillo.

Tomasz no se rio porque no conocía el dicho.

—O en el sótano —añadió Marek.

En el desván de la casa encontraron una máquina registradora de las antiguas.

En el sótano, carbón, botellas vacías, colchones, sillas rotas, una guadaña y un mortero.

En uno de los pisos del cuarto alguien había escrito por todas las paredes, todas las puertas, todos los marcos de las ventanas, por todas partes, y en uno de los del segundo habían rayado el espejo del lavabo con una enorme cruz gamada.

Los obreros polacos arrancaron las pilas, el alicatado, las estufas de carbón, los suelos de linóleo, las ventanas.

—No te olvides de mirar si hay algo en las estufas —le dijo Marek. Y es cierto que Tomasz se encontró una caja en una de las estufas de carbón y que en la caja había juguetes viejos, llaves, fotos y un reloj de bolsillo.

Fueron desmantelando el edificio, sólo se conservaban los muros de carga; cada planta se convirtió en una estancia enorme y vacía con vanos de ventanas por los que salía el polvo.

Marek no congeniaba mucho con tipos como Tomasz —sin apenas sentido del humor—, aunque la apreciaba como trabajador. Trabajaba más rápido y más dura que el resto, no hablaba ni bebía. No abría la boca para casi nada.

Tomasz no tenía mucho que decir, si bien hablaba mucho para sus adentros mientras derribaba paredes, Hablaba con su madre y hablaba con su hermano y hablaba con el hermano de Agnieszka o hablaba con la propia Agnieszka. Les decía que quería tener otra vida y que se preguntaba cómo seguir así y qué iba a pasar y si debían casarse pronto y qué pasaba con los niños y que dónde iban a vivir esos niños, si en Berlín o en Varsovia, si en Polonia o dónde.

El hombre estaba muerto. La espalda en la nieve, la cara hacia arriba, los ojos abiertos.

Tenía la mochila al lado, en el suelo. Ni perro ni rastro de perro. Ni arma. Al padre del chico le pareció reconocer al muerto. Estaba seguro de que aquel hombre le sonaba, pero no sabía de qué. No era del pueblo. Quizá de Pfaffendorf o de Neubrück. Seguía nevando. Sabía que sería imposible seguir rastreando las huellas.

Tenía la voz del médico en la cabeza, la voz de la enfermera del turno de noche, la voz de un ruso que había conocido hacía treintaicinco años. No quería dejar allí al muerto, bajo el manto de nieve. Subió al puesto elevado. En el saco de dormir se estaba calentito. Se sentó en el puesto elevado y contempló el campo blanco de nieve que se extendía ante él en plena noche. A veces le echaba un vistazo al muerto, entretanto, la nieve casi lo había cubierto del todo y apenas se distinguía. Se preguntó qué habría en la mochila del muerto. Estaba segura de que habría algo de aguardiente, una botella o una petaca. Todo aquel que se adentraba en el bosque en invierno llevaba consigo algo de aguardiente.

Las botas del médico. El dialecto que no le gustaba. Se acordó de una mujer de Reichenwalde con la que, de joven, fue a un lago del bosque. Pensó en el lobo, en las huellas del lobo en la nieve. Nunca había visto un lobo. Sabía que más al sur sí que había, en Lausitz, pero no por allí. Se puso a hablar bajito consigo mismo, habló bajito con el muerto de allá abajo, en la nieve. Habrá que denunciarlo, habrá que decirlo. Que nadie te eche de menos. Que nadie te busque. ¿Dónde está tu perra?

Volvió a pensar en el médico y entonces se acordó de un momento en el que, cuando tenía diecinueve o veinte años, se miró al espejo. Fue en la época en la que estaba en el ejército, en un barracón. Por aquel entonces ya llevaba tiempo bebiendo; se miró al espejo y se acordó de que en aquellos días, en el barracón, un muchacho de pelo corto, borracho, pero aún sereno, le miró a los ojos, y que con los años siguió haciendo lo mismo: la mirada ebria en sus ojos mientras aún podía mirar sereno.

No se acordaba de la estación. No se acordaba de haber acabado en las vías. Le habían contado lo de la estación, aunque él no tenía ni idea. No se acordaba de nada.

Apenas se acordaba de la última década. Apenas había tenido relación con el chaval. Antes, cuando aún era pequeño, a menudo iban al bosque. Y también se llevaban a la chica.

Quizá conocía al muerto de cuando estuvo en el ejército. Estaba seguro de que en la mochila habría aguardiente. Ni rastro del arma. Los chicos se la habían llevado.

El dialecto del médico. Habrá que denunciarlo, habrá que decirlo. La próxima vez acabará usted debajo del tren. Hay que decírselo a alguien. No llevaba el móvil. Hacía semanas que no tenía móvil. No sabía cómo había llegado a la estación de Beeskow, con quién había salido. Quizá en la mochila del muerto había un teléfono. Quizá en la mochila del muerto había una botella de aguardiente.

El hombre se quedó dormido y soñó con una araña y con un escarabajo ciervo, pero en el sueño el escarabajo era de un verde reluciente.

Los mensajes en el teléfono de Agnieszka:

14:31.

14:47.

15:55

17:02.

17:03.

20:11.

20:20.

20:22.

En la obra acababan de trabajar a las siete. Marek desenchufó los focos de la corriente, y luego la cuadrilla de ocho hombres bajó las cuatro plantas del edificio. A mitad de camino, Tomasz dio media vuelta, se había dejado la gorra, No lo habían educado para Ir dejándose las cosas por ahí. Volvió a la cuarta planta y buscó la gorra por la estancia vacía, pero en la oscuridad fue Incapaz de encontrarla, Lo dejó correr y volvió a bajar por las escaleras a tientas. Los demás se habían ido ya. En la planta baja, la puerta de la casa que seguía habitada estaba medio abierta. Se quedó allí quieto, a oscuras. Vio a un anciano sin camiseta, que, a la luz de una vela, cortaba un trozo de embutido en una pequeña mesa y luego lo echaba al suelo. Aunque sabía que allí también vivía una señora, ni la vio ni la oyó. Se quedó un momento en las escaleras a oscuras observando al hombre. Entonces apareció la anciana, muy encorvada, casi sin dientes. En una mano llevaba un atizador y con la otra cargaba un cubo.

Prosiguió su camino, salló del edificio, se subió al coche y fue a recoger a Agnieszka, que por las tardes limpiaba en unas oficinas de la Rosa-Luxemburg-Platz.

Cuando estaba con ella hablaba más, o al menos más que en la obra, aunque tampoco se prodigaba en palabras. No le contaba gran cosa de lo que durante el día le había dicho a su madre y a su hermano. En su cabeza.

A menudo se limitaba a mirarla, Se quedaba de pie con la aspiradora en la mano entre los cubículos libres y la miraba, y ella en algún momento le decía: venga, sigue, sigue.

La chica y el chico se fueron acercando a la gasolinera en la oscuridad. Los coches los deslumbraban, pitaban, los adelantaban. Vestidos de oscura, apenas eran distinguibles caminando por el arcén. Él llevaba la escopeta sobre los hombros, envuelta en una de las mantas de la ermita. La escopeta pesaba mucho.

Alcanzaron el cartel donde ponía el nombre del pueblo; a partir de ahí había una acera con farolas.

Sabían que comprar en la gasolinera salía caro, pero tenían sed y hambre y no podían esperar más. El chico se quedó fuera esperando, bajo la luz de los fluorescentes que Iluminaban los surtidores, y ella entró. Compró agua, patatas fritas, chocolate y tabaco.

Pararon un momento detrás de la gasolinera, bajo una de las farolas, y abrieron los paquetes. Nevaba. No sabían adónde ir: si al pueblo para ir a la estación, o bien volver al bosque. Estaban seguros de que en la estación los pillarían.

Ella dijo que no aguantarían una segunda noche en el bosque.

Se detuvo un coche. Un hombre con pelo fino y largo y barba se inclinó hacia el asiento del copiloto y bajó la ventanilla. Tendría unos cuarenta años, la cara blanca a la luz de la farola. No lo conocían.

—Si queréis, os llevo —se ofreció el hombre.

Ella ocupó el asiento del copiloto; él, detrás. El coche era viejo. Un Renault, las puertas se atrancaban. El chico dejó la escopeta envuelta en la manta, a sus pies.

—¿Adónde queréis ir? —les preguntó el hombre de pelo largo.

—No lo sé —dijo ella.

Durante un instante nadie dijo nada, La radio estaba apagada.

—Si queréis, podéis pasar la noche en mi casa. Vivo en una granja a unos veinte kilómetros. Os podéis dar una ducha. Os hago algo de cenar. Así entraréis en calor, Hace mucho frío, Mucha nieve. Mañana por la mañana os llevo a la estación, tengo que pasar por aquella zona.

El chico no dijo nada. El coche siguió avanzando.

—Vale —dijo la chica al poco.

Se quedaron en silencio.

—¿De dónde venís? —preguntó el hombre.

—De Sauen.

—Ah, de Sauen. ¿Habéis cogido el bus?

—No, hemos venido andando —respondió ella.

—¿Andando? —Durante un rato no dijo nada—. Os podéis dar una ducha. Os preparo algo de cenar. Tengo sitio de sobra.

—Gracias —dijo la chica.

—Antes era profesor —dijo el hombre pasados unos minutos—. En Berlín. ¿Aún vais a clase?

No respondieron.

—Ahora ya no trabajo de profesor. No lo aguantaba más.

Se rio. Los das chavales se rieron también.

—Simple y llanamente, no podía más.

Habían dejado atrás las luces del pueblo y habían vuelto a la carretera nacional, Cruzaron un puente.

—¿Eso era la autovía? —preguntó el chico.

—Eso era la autovía —respondió el hombre.

El trayecto aún duró unos diez minutos más. Vivía a las afueras de un pueblo, en una casa pequeña de paredes desconchadas. Hacía años que nadie se había encargado del mantenimiento. Los marcos de las ventanas estaban carcomidos; las puertas, más de lo mismo. Apenas había muebles. Y los que tenía, a saber de dónde las había sacado. En el salón había una mesa rota con un agujero y un par de sillas.

—¿Cómo se hizo ese agujero en la mesa? —preguntó la chica.

—Ni idea. Parece que alguien le arreó con un martillo.

Un sofá vetusto, una butaca. Nada de armarios ni de estanterías. Las posesiones de aquel hombre estaban esparcidas por el suelo o guardadas en cajas de mudanza. En una pared había un cuadro con la célebre imagen del Che Guevara; en otra, una foto de un Icono ruso.

—Tienes el ojo morado —dijo el hombre.

El hombre vivía solo. Los chicos se ducharon mientras él se ocupaba de la cena.

Se ducharon juntos. El muchacho no se fiaba de aquel hombre. Cogió la escopeta, todavía envuelta en la manta de lana, y la metió en el baño, frío y pequeño, y acto seguido cerró la puerta.

El hombre calentó un par de latas de raviolis, no tenía nada más. Después de cenar se sentaron en el sofá y en la butaca, y fumaron.

—¿Sabéis qué? He visto al lobo. Creo que he visto al lobo. ¿Os habéis enterado de la del lobo? Hay un lobo por ahí. Creo que lo he visto.

—¿Qué es lo que no pudo soportar más? —preguntó la chica.

—¿Qué? —preguntó él—, ¿Qué has dicho?

—Que qué es lo que no pudo soportar más. Como profesor.

—Creo que lo he visto, de verdad que sí —dijo el hombre.

Tenía la cara chupada. La piel, deplorable. Abrió una botella de vino, se la acabaron entre los tres y luego abrió otra. Se sentó en la butaca, desvencijada.

—No soportaba más a los niños. A los niños y a los padres. A los padres y a los niños, Creo que no era muy bueno como profesor.

Durmieron en una habitación contigua en unos colchones viejos y mohosos echados en el suelo.

—¿Sueles tener invitados? —le preguntó la chica.

—A veces —respondió el hombre—. No muy a menudo. —Hizo una pausa—. Hago lo que puedo. Mañana os llevo a la estación.

Dos días después de que Tomasz le hiciese la foto al lobo en el arcén de la autovía, se avistó al lobo de noche cerca de Woltersdorf. Avanzaba lentamente hacia el norte, Había atravesado la circunvalación de la autovía: ya casi estaba en la zona metropolitana de Berlín.

Los periódicos no hablaban de otra cosa, hasta le habían puesto nombre o apodos. La población estaba alterada. El lobo extraviado en invierno. El lobo extraviado que iba camino de Berlín. Se hablaba de aturdido, atraparlo y llevarlo de vuelta al lugar del que había salido, pero en esa zona nadie tenía experiencia con lobos y nadie sabría decir si podría tener la rabia, ya que normalmente los lobos evitan las ciudades, salvo, quizá, cuando tienen la rabia. El lobo en la ciudad o cerca de la ciudad era un peligro.

Si es lo que tienes que hacer, pues hazlo, le dijo Jacky el día después de que se publicara la foto en los periódicos, somos el ojo, Jacky, y así, al día siguiente, a las seis de la mañana, en lugar de

recoger los periódicos y abrir la tienda, Charly cogió el coche y enfiló hacia las afueras, al noreste de la ciudad, donde acaban los altos edificios de protección oficial de Marzahn y al otro lado de la carretera se empezaban a ver los campos y las zonas de barbecho.

Allí se había criado él y allí delante o entre aquellos edificios y los adosados, viejas, pequeños y destartalados, aparecería el lobo, Charly miró la foto, lo sabía.

—Lo sé y punto, Jacky, lo sé, lo veo delante de mis ojos.

Se habían visto huellas del lobo por Woltersdorf y antes en Spreenhagen; el lobo avanzaba en dirección noroeste, se acercaba a la ciudad de Berlín, aunque no siguiera una línea recta, buscaba bosques, guaridas. Sobre todo buscaba presas y escarbaba en la basura.

Charly sabía dónde había dejado el lobo su último rastro, hasta tenía un mapa en el que había marcado el camino que había seguido el animal hasta ese momento. Estaba seguro de que el lobo aparecería en el noreste, en Marzahn. Condujo hasta Blumberger Damm. Se detuvo en la Golliner StraBe. Aún no era de día, hacía frío y otra vez se había puesto a nevar. Aun así, se bajó del coche y esperó.

Charly no sabía absolutamente nada de lobos. Nunca había visto uno de cerca.

Se apostó al lado del coche y miró a lo lejos, a las praderas que había entre Marzahn, Hónow y Ahrensfelde, pero con la ventisca no había mucha visibilidad.

Era pronto, entre las seis y las siete.

A veces se daba la vuelta y veía cómo en los edificios que tenía a sus espaldas empezaban a encenderse o a apagarse lucecitas por aquí y por allá. A continuación volvió a clavar la mirada en la oscuridad de los campos, en dirección al este y en dirección al sureste.

Cambió de plan de un momento a otro. Le invadió la repentina sensación de haberse equivocado. Se volvió a meter en el coche. Siguió conduciendo por la periferia en dirección a Mehrow. Le sonó

el teléfono, sonó un arpa, el tono del móvil para cuando Jacky lo llamaba. Estaba en la carretera entre Ahrensfelde y Hoheneiche. Se apartó en el arcén, paró y apagó el motor.

—¿Dónde narices estás?

—Pero si ya lo sabías…

—Pero ¿cuándo te has ido?

—Si te dije que me iba con el coche.

—Sí, Charly, lo dijiste, pero lo que no me aclaraste es cuándo, imagínate, me despierto y pienso, dónde se habrá metido, cómo es que no está durmiendo si hoy abre Peter, si hoy es jueves…

—Pero si hoy no es jueves.

—¿Cómo que no?

—Pues como que no.

—¿Entonces en qué día vivimos?

—¿Y por qué piensas que es jueves? Hoy es miércoles.

—¿Miércoles?

—Te habrás confundido de día. Hoy no es jueves.

—Pero si hoy no es jueves, sino miércoles, ¿por qué no has ido tú a abrir la tienda?

—Porque habíamos dicho que abrías tú.

Mientras hablaba con Jacky, Charly miró hacia los campos y hacia el senderito que se alejaba de la carretera y se adentraba en dirección al este.

Empezó a despuntar el alba. Aunque, más allá, al sur, vio el cartel luminoso de una gasolinera, se quedó con la mirada perdida.

—Pero si lo hablamos. —Y volvió a abrir los ojos de esa manera tan rara, un tic, una manía nerviosa; sin embargo, le generaba una sensación agradable en el rabillo del ojo, aunque dolía un poco, lo espabilaba—. Mira, Jacky, me tengo que ir. —Dejó el teléfono e hizo ademán de arrancar el coche, pero dejó el motor apagado y se salió del vehículo. Faltaba poco para las siete. Pronto se haría de día.

El lobo llegó por el sureste. Atravesó uno de los descampados y siguió por la carretera en dirección a los edificios que había a lo lejos. No apresuró el paso ni aminoró la marcha. Iba caminando por

el arcén del otro carril cuando se encontró a Charly, pero Charly lo vio primero, cuando el lobo estaba a menos de diez metros de él. Charly se quedó petrificado. El lobo era más grande de lo que se había Imaginado.

SI bien llevaba la cámara colgada al cuello, se había quedado paralizado de miedo. No podía moverse. No podía hacer la foto. Cuando estaba a cinco o seis metros de él, el animal se detuvo. El lobo era grande y estaba flaco. Se quedó inmóvil mirando a Charly.

Quería levantar la cámara y hacerle una foto, pero no podía. No podía moverse.

Entonces el lobo empezó a desplazarse muy deprisa.

Atravesó la carretera, saltó por encima de la cuneta y corrió por un campo hacia el oeste, hacía Eiche y Marzahn. Charly tuvo que rodear el coche para intentar sacarle una foto, pero era demasiado tarde. Una mancha oscura en la nieve. Charly se puso a gritarle cuando el animal ya había desaparecido.

Tomasz la había acercado en coche a la mansión de Dahlem. Era pronto, poco antes de las seis, la tercera mañana en Berlín desde que había vuelto. Paró delante de la casa, ella no bajó enseguida, como solía hacer. Él apagó el motor. Ella lo miró.

—Estoy embarazada, pero el niño no es tuyo. El niño es de otro.

Y no dijo nada más. Cogió el bolso, se bajó del coche y fue hacia la puerta de la casa. Franqueó la entrada de la mansión y desapareció en su interior. Tomasz arrancó el coche y volvió al piso donde ambos vivían. Empaquetó las pocas pertenencias que tenía en aquella casa, dejó las llaves en la mesa de la cocina y cerró dando un portazo.

Se fue a la obra. Marek lo miró de arriba abajo y le preguntó si estaba todo bien. Tomasz asintió.

A la mañana siguiente había nevado tanto que resultaba imposible seguir el rastro de los chavales.

El muerto yacía bajo un manto de al menos veinte centímetros de nieve.

No tenía ningún sentido. Sabía que tenía que dar con un teléfono, pero no quería volver al pueblo. En casa, con su mujer, no tardaría nada en volver a beber. Siguió caminando. Ya no buscaba huellas. Buscaba una senda forestal. Al cabo de dos horas llegó a un pueblo y fue a llamar a una de las casas. Le abrió la puerta un hombre de espalda ancha, de su edad o algo mayor. Faltaba poco para que dieran las diez. El hombre lo dejó entrar.

Pasó un buen rato hasta que llegaron la policía y la ambulancia. Intentaron ir en coche por la senda forestal, pero estaba impracticable, había demasiada nieve. Las ruedas patinaban. Había que ir a pie. El padre del chica los llevó hasta el puesto elevado de caza. La policía tomó nota de sus datos. Uno de los dos policías decía que lo conocía de algo, pero no se acordaba de aquel hombre. La policía le preguntó si conocía al muerto, se lo preguntaron varias veces. No acababan de entender que no conociese al muerto. Les contó varias veces cómo se lo había encontrado. Al final le permitieron marcharse. Dejó a la policía y a los sanitarios en el borde del claro nevado y enfiló por la senda forestal hasta que volvió a alcanzar el pueblo desde donde había llamado a la comisaría. Entre unas cosas y otras, ya era mediodía. Tenía hambre.

Volvió a llamar a la casa y le volvió a abrir el hombre de espalda ancha, que llevaba un botellín de cerveza en la mano. Le preguntó si no le importaba dejarle utilizar el teléfono otra vez. Mientras aguardaba en el pasillo de aquella casa, con el teléfono en la oreja, esperando a que su mujer respondiera, el otro hombre se quedó sentado en la cocina con su cerveza, escuchando la radio.

Su mujer no tenía noticias, no habían encontrado a los chicos, nadie los había visto.

—¿Adónde quieres ir ahora? ¿Qué quieres hacer? ¿O te vuelves? —le preguntó.

Se le notaba en la voz que ya había bebido algo.

—No lo sé. —Colgó, gritó algo en dirección a la cocina, donde estaba sentada el otro hombre, y abrió la puerta principal. El hombre de espalda ancha salió a buscarlo.

—Pero ¿adónde va usted ahora? — le preguntó.

—A la estación.

—¿A la estación de Beeskow? —El padre del chico ya había puesto un pie en la calle. El otro, con su botellín, lo miraba desde la puerta—. Yo lo llevo.

—Puedo ir a pie —le dijo.

—Está demasiado lejos —le dijo el otro hombre—. Demasiado lejos. Yo lo llevo.

Se echó por encima una chaqueta vieja.

Le alegra salir de casa, pensó el padre del chico. Y luego pensó que si se le había ocurrido eso era porque llevaba nueve días sin probar ni gota, El hombre tenía un viejo Lada. Condujeron en silencio en dirección a Beeskow.

—¿Entonces qué? —le preguntó al final el hombre—. ¿Quién era aquél?

—No lo sé.

—¿Y la policía?

—Tampoco lo conocían. Era un cazador.

—Pues vaya —dijo el hombre, al volante—, ¿Se suicidó?

—No.

Dijo que sabía mucho de lobos, Mentira, pero eso dijo, En la reunión, el redactor jefe había preguntado si alguien sabía de lobos, y ella fue la única que levantó la mano, ella, la becaría, El redactor jefe se quedó mirándola y ella soltó una mentira. Les dijo que de pequeña había visto lobos en la zona este de Turquía. Todo inventado, nunca había visto un lobo ni tampoco había vivido en el este de Turquía: nacida en Berlín, llevaba allí toda la vida, pero, en cualquier caso, sí que había oído cosas de lobos. Su abuelo aun los cazaba y su padre también, cuando era joven, creía ella, antes de que se trasladaran a Berlín, pero ella no había visto un solo lobo en toda su vida.

Tenía veintitantos e intentaba meter cabeza en el periódico y triunfar. Se llamaba Semra.

Iba a escribir sobre el lobo aunque no tuviese ni la más remota idea de lobos, daba igual. Era su oportunidad.

Al día siguiente, cuando la chica y el chico se despertaron, el hombre estaba en la cocina. Había preparado café. Era tarde, habían dormido hasta pasado el mediodía.

—Os acerco a la estación. Ha nevado durante toda la noche.

Estaba junto a la ventana. Tenía la escopeta en la mano. Tuvo que haberla sacado de la habitación contigua por la noche, mientras ellos estaban dormidos. Sólo la sujetaba, el cañón apuntaba hacia el suelo, no hacia ellos.

—Os acerco a la estación, pero esto no os lo podéis llevar. —Hizo una pausa—. Tampoco es que fuerais a llegar muy lejos con esto…

—Es nuestra —dijo el chico—. Devuélvenosla.

—No os la podéis llevar, podéis hacer lo que queráis, yo no le voy a decir a nadie que os he visto, os podéis ir a donde queráis, os doy dinero incluso si queréis, pero el arma no os la podéis llevar.

—¿Por qué no? —preguntó el chico.

—Devuélvenos la escopeta —dijo la chica.

—De eso nada —respondió el hombre.

—Que nos la des —insistió la chica.

—Os doy dinero —dijo el hombre de la barba—, os la compro. La muchacha se abalanzó sobre él, lo empujó; él, al principio, sólo se defendió con la mano izquierda, que era la que tenía libre, y con la otra seguía sujetando el arma, pero luego la agarró con ambas manos y apartó a la chica de un culatazo. El chaval se metió de por medio. Ambos pelearon por la escopeta, Los dos eran flacos, enclenques. La tenían agarrada con firmeza y trataban de arrancársela el uno al otro con todas sus fuerzas. Para, para, repetía el hombre de la barba, venga, suelta, y entonces el chico soltó la escopeta de golpe y le dio dos puñetazos en la cara. El hombre se golpeó la cabeza con la pared y cayó desplomado, aturdido, Sangraba, Le sangraba la nariz y tenía el labio partido, Soltó la escopeta y se llevó las manos a la cara. Llenas de sangre.

Parecía que estaba llorando, temblaba. Se quedó sentado en el suelo. El chico cogió la escopeta, Recogieron sus trastos de la habitación contigua: los zapatos, las chaquetas, las mantas de la ermita. El hombre de barba y pelo largo seguía sentado en el suelo,

sin decir nada, El chico y la chica salieron corriendo de aquella casa, Por detrás enseguida empezaba el bosque.

Corrieron bosque a través. Tenían miedo de que los alcanzara con el coche si seguían por las sendas marcadas. Avanzaron así durante una hora. Nadie los persiguió, No sabían dónde estaban. Intentaron orientarse, pero era imposible. Una hora después se toparon con un terraplén y una cerca. Detrás de la cerca había un tren, El tren estaba parado en medio del bosque, Era un tren de mercancías que esperaba la señal para avanzar, La señal no llegaba porque más adelante una locomotora se había quedado bloqueada en la vía.

La chica y el chico se acercaron a la alambrada y, desde allí, observaron el tren. Encontraron un hueco por el que se pudieron colar arrastrándose, Agazapados, avanzaron junto al tren de mercancías. La mayoría de los vagones cargaban un contenedor y en la parte trasera tenían una pequeña plataforma a la que se podía subir el personal de las estaciones para enganchar los trenes. Los muchachos treparon a la plataforma del último vagón y esperaron.

Pasaron horas hasta que el tren retomó la marcha, muy poco a poco. Cuando cogió velocidad, se echaron a reír, gritaron de alegría, se sentían libres.

Pero entonces el tren fue cogiendo cada vez más velocidad y, aunque estaban a resguardo del viento detrás del contenedor, en la plataforma hacía demasiado frío. Todavía conservaban las mantas; aun así el viento era demasiado frío. Se taparon hasta arriba y se abrazaron, más el viento seguía siendo insoportable. El tren iba demasiado rápido, no podían saltar. Sintieron miedo a morir. Comprendieron que quizá no sobrevivirían a aquel viaje en la plataforma metálica.

El tren de mercancías había salido de Frankfurt del Oder e iba hacia Berlín. El coche del hombre del pueblo se había detenido frente a la estación de Beeskow. En la entrada de la estación había nieve sucia.

—Dentro de un par de días subirán las temperaturas —le dijo el hombre.

—Gracias por acercarme —dijo el padre del chico.

El hombre del Lada se fue.

Él se quedó parado en la entrada de la estación. Hacía diez días se había puesto a dar voces en aquellas vías y luego se lo habían llevado al psiquiátrico de Frankfurt del Oder, pero él no se acordaba de nada.

Tenía justo delante el bar donde, sin acordarse ahora de nada, hacía diez días que había tocado fondo antes de saltar a las vías.

En la puerta del bar de la estación había un grupo de hombres fumando. Dio media vuelta y se alejó. Caminó por el pueblo. En la plaza del centro había un mercado, del que sólo se veían unos pocos puestos desperdigados. Vendían objetos de menaje y ropa barata y pescado ahumado. Se compró algo de comer.

Caminó por la ciudad, pero era pequeña. Cuando volvió por segunda vez a la estación, se acercó a una cabina del vestíbulo para llamar a su mujer. Desde aquel espacio también se podía acceder al bar. El Barde Babsi.

Su mujer no tenía noticias nuevas. Desde la última llamada, a eso de las doce, había seguido poco a poco dándole al vodka. Aunque no estaba borracha, se le notaba algo en la voz.

—Te llamo dentro de una hora —le dijo él.

Lo último que quería era volver, pero adonde iba a ir. Había perdido el rastro, no tenía ningún objetivo. Estaba helado. Se sentó en un banquito que había en la entrada de la estación. Se quedó pensando en que la gente parecía mirarlo fijamente, quizá se lo estaba imaginando. Escuchó largo rato las conversaciones alcoholizadas de los hombres y las mujeres del bar, y no consiguió entender nada de lo que decían. Quería una cerveza, Afuera el cielo se fue oscureciendo poco a poco. El autobús que conectaba la estación con su pueblo salía en veinte minutos. No estaba seguro de si cogerlo o no, y tampoco estaba seguro de lo que pasaría si no lo cogía. Del bar salían risas y voces. Olía a tabaco. El hombre quería una cerveza, pera se quedó sentado en el banquito del vestíbulo. Contempló la entrada de la estación a través de las puertas

acristaladas. Vio llegar el bus que iba a su pueblo, lo vio parar y seguir su ruta, No llevaba más de tres pasajeros.

Se puso de pie, cogió la mochila y el saco, y fue hacia el cartel amarillo con los horarios de los trenes, colgado junto a la entrada del bar. Aún había un par de trenes: el primero, en dirección a Frankfurt del Oder, salía en dos minutos. Dejó la mochila y el saco en el suelo, delante del cartel amarillo, y se acercó al andén. Ahí lo habían recogido de las vías hacía diez días.

A lo lejos vio acercarse lentamente los faros del tren que Iba hacia Frankfurt del Oder. Por megafonía, una voz anunció su llegada. Estaba solo en el andén, no había nadie, ni un revisor, ni un empleado de la estación ni tampoco policía. Las luces del tren se acercaban cada vez más, Casi podía distinguir los contornos de la locomotora.

El hombre dio media vuelta y se metió de nuevo en el vestíbulo. La mochila seguía en el suelo de piedra delante del cartel amarillo con los horarios de salidas. Pasaron un par de trenes más. Del cartel al bar había dos pasos. El hombre entró en el barde la estación.

La mujer tenía cuarenta y muchos, aunque aparentaba ser más joven, o al menos se vestía de manera muy juvenil, casi como una chiquilla. La cara sí que era la de una mujer a punto de cumplir cincuenta. Estaba en una casa antigua y enorme de Wilmersdorf. Dos días antes había muerto su madre, de repente, así sin más, a punto de cumplir ochenta, yendo a comprar a una tienda de *delicatessen* de la LudwigkirchstraBe.

Les costó bastante localizar a la hija. Hacía años que no se hablaban. No estaba empadronada en ningún sitio, era como si no existiera, no había ni dirección, ni número de la seguridad social ni número de teléfono. En el piso de su difunta madre encontraron una libreta de direcciones y allí dieron con el teléfono de su exmarido, pero hacía veinticinco años que se habían separado. Además, ahora él vivía en Ciudad de México y no quiso saber nada del asunto, aunque les facilitó el teléfono de la hija que tenían en común. Ese teléfono era el de una mujer de Nueva York para la que, hacía algunos años, la mujer que ahora estaba sola en el piso de

Wilmersdorf había trabajado de cuidadora interna, La mujer de Nueva York sí que tenía la dirección de la hija, que hacía tiempo que había vuelto a vivir en Alemania, al 81 de la Lychener StraBe, en Berlín, Prenzlauer Berg, justo delante del foso por donde pasaban las vías del Ring, la línea circular.

La mujer se llamaba Nadine, pero nunca usaba ese nombre. Lo odiaba. Allí estaba, en el piso de la LudwigkirchstraBe: un piso enorme con tarima antigua, pues tenía más de cien años, la cocina de alicatado azul y blanco, y que también tenía una despensa y estuco, un ascensor del año de la polca y unas escaleras anchas, de madera, amén de una entrada separada para el servicio y dos balcones.

La madre de Nadine, en su segundo matrimonio, enviudó de un coleccionista de arte muy pudiente. En las paredes había cuadros de Cy Twombly y de Gerhard Richter. Nadine no sabía mucho de pintura aunque en su día quiso estudiar Bellas Artes. No llegó a sacarse el graduado.

La madre de Nadine también coleccionaba arte. Coleccionaba arte étnico, sobre todo de la India, lo había hecho desde que Nadine tenía recuerdos.

A ella no le interesaba nada. Odiaba a su madre y odiaba su gusto. Su madre y su padre la dejaron sola en Baviera a los trece años. Se fueron a la India a meditar.

Le dejaron copos de avena y pasta y un buen pellizco de dinero y una lista de teléfonos de familiares. El padre volvió al cabo de un año; entretanto, se había separado de la madre de Nadine. La madre volvió pasados tres años. Convenció a la hija para que dejase el instituto y volviera con ella a la India para aprender a meditar. Estuvo allí unos cuantos meses; pero cayó enferma, cogió hepatitis y, al final, se quiso volver a Alemania. Vivió una temporada con su padre en una granja cerca del lago Ammer, y luego el padre se fue a México, de modo que se volvió a quedar sola. Madre e hija perdieron el contacto, En la India, la madre conoció a un joven y acaudalado coleccionista de arte. Siguieron su camino juntos, por el Himalaya y por China, viajaron por Arabia y Marruecos.

En el piso de su difunta madre, en una estantería, Nadine encontró una buena colección de diarios, casi todos de tapa negra.

Los metió en una caja y empezó a leerlos ya sentada en el vagón de vuelta a casa, en el S-Bahn. Cuando llegó a la parada de Schonhauser Allee, se bajó y cargó con la caja al hombro hasta su casa de la Lychener StraBe: tenia decidido destruir los diarios. Se quedó pensando en cómo.

El último tramo de la Lychener StraBe es una calle sin salida. Va desde la Stargarder StraBe hasta una valla de unos dos metros de alto y detrás está el foso con las vías de la línea circular. Desde las casas del final de la calle se ve el foso y los trenes, que pasan noche y día.

El tren llegó con las últimas luces del día a la estación de mercancías de Rummelsburg, al sureste de Berlín. Pese a que avanzaba muy lento, no se detenía, El chico y la chica querían bajarse allí, pero casi no se podían mover del frío. Las luces de la estación, en medio de la nevada, desfilaban por su lado. Pasaron muy cerca de un grupo de trabajadores de ferrocarriles, que, a la luz de unos focos de obra, tiraban cable por debajo de un puente; luego el tren volvió a coger algo de velocidad hasta llegar a una vía lateral de la antigua estación de mercancías de Greifswalder StraBe, donde detuvo la marcha.

Había dos policías esperando.

Uno de los trabajadores del puente de Rummelsburg había visto a la pareja acurrucada en la plataforma.

La chica y el chico no sabían dónde estaban. Se bajaron del tren como buenamente pudieron. Aturdidos, caminaron por la vía hacia la luz de una farola y entonces vieron a los dos policías, que ya los estaban esperando. Aquellos hombres tenían más de cincuenta años y también sobrepeso. Los chicos habrían sido más rápidos que ellos, sólo que, dadas las circunstancias, ya no les quedaban fuerzas. Tenían hambre, sed, se habían quedado casi sordos por las ráfagas de viento durante el trayecto y estaban congelados. Los policías los

llevaron a un barracón que había junto a las vías. Dentro se estaba calentito. Aunque les dieron agua y mantas, nadie pidió una ambulancia.

El chico respondió a las preguntas de la policía: cómo os llamáis, de dónde venís, cómo os habéis subido al tren; mientras tanto, la chica se quedó dormida en un banquito, tapada con la manta, bajo la luz de los fluorescentes del barracón. El chico se había olvidado la escopeta al bajar del tren. Miró por la ventana. Ya se había dado cuenta de que estaban en Berlín. Dentro del barracón olía a caucho quemado.

Les había dicho a los policías todo lo que le habían pedido.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

—¿Y ahora qué? — preguntó uno de los policías—. Toca esperar.

La chica estaba dormida.

Uno de los policías salió del barracón y el otro les dio la espalda a los chicos porque no conseguía hacer funcionar el hervidor de agua. El cable estaba fundido. Cuando se volvió a dar la vuelta, la chica se había despertado.

—¿Adónde vais? ¡Quietos ahí! —dijo el policía.

La chica y el chico echaron a correr por la nieve que cubría el terreno de la estación. El policía, desde la puerta del barracón, siguió gritando mientras ellos se alejaban hasta que desaparecieron en la oscuridad. Cuando volvió el segundo policía, se subieron al coche y peinaron la zona de la estación de mercancías y aledaños, pero ya no los encontraron.

El chico avanzó entre los vagones de mercancías, que llevaban allí mucho tiempo, hasta el punto donde habían bajado de la plataforma. Encontró la escopeta.

Nadie pareció reconocerlo en el bar, ni siquiera la dueña. La dueña, Babsi, estaba en la otra punta del mostrador y hablaba con alguien. Al principio no miró en su dirección; pero, cuando por fin se volvió hacia él, el hombre le pidió una cerveza.

—¿En botella o de barril?

—De barril. —Sentado en su taburete, vio cómo la mujer le servía la cerveza detrás de la barra.

—Barril nuevo —le dijo ella.

El padre del chico sabía que, si empezaba, no pararía de beber. Vio cómo la mujer tiraba poco a poco la cerveza, echó un vistazo al bar, observó los rostros de los demás bebedores, las lucecitas de la tragaperras de la esquina, al lado de una palmera. Lo oía todo: el ruido de la máquina, de la radio, que estaba encendida, las conversaciones, las risas, y se sintió animado y liviano. Le había dicho a su mujer que la llamaría al cabo de una hora, y la hora ya había pasado. Decidió llamarla antes de tomarse la cerveza porque, si no, se le iría de la cabeza.

—Ahora misma vuelvo —le dijo a la mujer de detrás de la barra —. ¿Tiene teléfono?

Ella hizo un gesto con la cabeza señalando el vestíbulo, donde estaba la cabina que había usado una hora antes para llamar a su mujer.

El hombre se acercó al teléfono y, mientras marcaba, reparó en la mochila y el saco, que seguían junto al cartel amarillo en el suelo del vestíbulo de la estación.

Su mujer, ya borracha, lo cogió enseguida.

—Los han visto —dijo.

—¿Dónde? — preguntó el hombre.

—Los han visto, los han cogido…

—¿Dónde? —volvió a preguntar.

—Pero se han vuelto a escapar.

El hombre se quedó en silencio. La mujer no balbuceaba, pero hablaba diferente, Se notaba lo contenta que estaba, lo aliviada que estaba.

—En Berlín. Los han encontrado en una antigua estación de trenes de mercancías, pero luego se han escapado de la policía. Greifswalder StraBe. No sabía que había por allí una estación de mercancías, no sé dónde estará. ¿Adónde vas ahora? ¿Qué vas a hacer?

—No lo sé —dijo el padre del chico.

El hombre colgó y volvió a acercarse al tablón amarillo. El próximo tren a Berlín salía en diez minutos.

Echó un vistazo al bar por la puerta acristalada y vio a la mujer, a Babsi, dejarle la cerveza en la barra.

Sonó el teléfono y alguien le dijo a la madre de la chica que los habían visto en Berlín. Era media tarde. Se quedó pensando si pasarse por casa de los padres del chico o si era mejor llamar directamente. En los dieciséis años que llevaba allí no había tenido relación alguna con ellos, cero. La madre de la chica decidió no pasarse por su casa, así que los llamó. La madre del chico estaba borracha. La policía la acababa de llamar.

La madre de la chica estaba sola, sentada a la mesa de la cocina, una mesa grande y vieja; miraba por la ventaba y vio su reflejo en aquella gran cocina con carteles viejos en la pared.

Dos horas más tarde, a las nueve y media, se puso de pie, metió un par de cosas en una bolsa, se puso una chaqueta y se subió a su coche.

En tiempos, entre la zona norte de Prenzlauer Berg y el barrio de Wedding pasaba la frontera que dividía Berlín Este y Berlín Oeste. Allí donde antes se alzaba el muro y se extendían las líneas de la muerte, ahora estaba el Mauerpark. En la parte noroeste del Mauerpark, en una zona más baja, se cruzaban las líneas de tren y tranvía de todas las direcciones.

En esa tierra de nadie, durante el atardecer del día 19 de febrero, bajo el puente Bósebrücke unos veinte pasajeros de diferentes trenes vieron al lobo.

Más tarde, a la hora de cenar, historias emocionadas: he visto un lobo, os habéis enterado de lo del lobo, qué locura, justo detrás de Gesundbrunnen, lo he visto, de verdad que lo he visto, La gente había hecho fotos, pero la mayoría estaban muy oscuras o desenfocadas, El lobo estaba demasiado lejos.

Sin embargo, a partir de los avisos de la gente, la policía peinó toda la zona con perros y armas, y, sin llegar a verlo,

inconscientemente lo hicieron avanzar hacia el este, a los fosos de las vías de la línea circular en dirección a Schonhauser Allee.

Aquella mañana, Tomasz trabajó como si fuera una mañana cualquiera. No dijo casi nada, pero para sus adentros sí que habló mucho. Habló con su madre y con la madre de Agnieszka, con el hermano de Agnieszka y con Agnieszka.

Era miércoles, Ya habían arrancado de la casa todo lo que se podía arrancar.

—Y con esto y un bizcocho… —dijo Marek—. El lunes seguimos. Que paséis un buen puente.

Los hombres se marcharon de la obra, bajaron los cuatro tramos de escaleras, se metieron en el minibús y condujeron con Marek hasta Polonia, con sus familias. Tomasz salió con los demás, esperó hasta que se fueron, cogió su saco de dormir y su esterilla del maletero del Toyota y volvió a meterse en el edificio. Volvió a encender los focos de obra del cuarto piso, ya completamente despejado, se aposentó en la esterilla y encendió la pequeña radio portátil que solían poner todo el dia en la obra.

Intentó mantener la calma, pero no aguantaba.

Comprendió que no sobreviviría los siguientes días allí solo. No era capaz de estar solo. Le entró el miedo.

Pensó en volver al piso de Agnieszka, o a las oficinas, donde empezaría a trabajar dentro de dos horas.

Volvió a bajar las escaleras, a oscuras. De nuevo, la puerta de los ancianos de la planta baja estaba entreabierta. De nuevo, Tomasz se quedó parado en el rellano y miró el pasillo. No vio a nadie, pero oía una radio y algo parecido a un murmullo, a un susurro. El ruido le recordaba a una rueda a la que le falta aceite, aunque lo mismo era un animal.

—Charly, ya estás otra vez haciendo eso de los ojos.

—La mirada, Jacky, ¿entiendes?, la mirada…

Se había pasado el día contándole la misma historia una y otra vez, y otra, y otra. Era incapaz de parar: se la había contado a la clientela habitual e incluso también a desconocidos. Había llamado al

periódico y les había dicho que había visto al lobo en Marzahn, en plena ventisca de nieve, a menos de cinco metros de distancia. El periódico había enviado a una becarla, véase, a una voluntaria, como decía ella, una voluntaria, una joven turca. Se la contó todo a ella también, y luego la joven le preguntó por qué no había hecho fotos.

Entonces le volvió a describir el encuentro con el lobo: que fue incapaz de hacerle una foto, aunque tenía la cámara en la mano.

A primera hora de la tarde, la tienda se quedó vacía un momento. Charly se quedó mirando a Jacky.

—No me quito de la cabeza la mirada. La mirada, Jacky, los ojos, nunca había visto algo así. La mirada era tan fría. No me lo esperaba.

Se quedó un momento con una expresión ausente. Ella, en silencio; al poco Charly volvió a hacer lo de los ojos.

—No se lo ha creído, pero estaba ahí, Jacky, lo he visto, estaba justo ahí, lo sabía, lo presentía, pero no lo vi venir, de repente lo tenía ahí delante, me quedé como paralizado, Jacky, me podría haber matado, no he sido capaz de hacer una foto, te lo juro, pero lo he visto.

—Sí, le dijo ella, sí, Charly, claro que lo sabías. Lo sabías y yo sabía que tú lo sabías.

Fue pasando la tarde, vendieron periódicos y tabaco, cerveza y golosinas, y alcohol.

Qué había sentida, le había preguntado la becaria. Había tenido miedo. En cierto modo, había tenido miedo, un miedo que le resultaba desconocido.

El animal se había plantado delante de él. Charly se pasó toda la tarde bebiendo cerveza, algo que nunca hacía cuando estaba en la tienda. Se sentía humillado. Se preguntaba qué habría pasado si en vez de una cámara hubiese tenido un arma.

—¿Qué habría pasado si hubiese tenido a mano un arma?

—¿Qué tipo de arma?

—Una escopeta. Si me hubiese llevado una escopeta. Le habría disparado.

Jacky se echó a reír.

—Pero si tú no tienes escopeta. Sin escopeta qué le vas a disparar al lobo. Y gracias a Dios que no tienes.

—Pues me compro una, me puedo comprar una.

El chico y la chica siguieron corriendo y se agazaparon en unos matorrales en el límite de la estación, Vieron el coche de la policía, vieron cómo los dos agentes abandonaban la búsqueda y volvían a meterse en el barracón.

Corrieron hacia el portón corredizo y luego siguieron por la oscuridad hasta Greifswalder StraBe. En la acera de enfrente vieron el cartel luminoso de un Aldi.

En el supermercado compraron algo de comer: pan, queso, salami, leche. Compraron cerveza, vodka, tabaco de liar y papel.

—El vodka para Icke —dijo el chico—, Si está en casa.

Icke tenía cuatro años más que ellos, Se habían criado en el mismo pueblo. Él y el chico se habían hecho amigos a pesar de la diferencia de edad, eso qué más daba, Al acabar el instituto, a los dieciséis, Icke hizo una FP de cerrajero, llevaba el pelo tintado de azul y de rojo, imperdibles en las orejas, Hubo entonces una reyerta en la estación de autobuses de Fürstenwalde, con tres *skins*: Icke sobrevivió de milagro. La navaja no le tocó una arteria por medio centímetro.

Salió del hospital con una enorme cicatriz roja en el cuello, dejó los estudios y se fue a Berlín. Se mudó al piso de una conocida al final de la Lychener StraBe.

El edificio estaba que se caía, pero era habitable, siempre y cuando, eso sí, uno pudiera permitirse la calefacción.

El chico sabía más o menos dónde estaban, Greifswalder StraBe, aún se acordaba. Había pasado dos semanas en casa de su amigo el verano anterior. Mucha bebida y muchos porros. Icke también tomó otras cosas, pero el chico no. Icke se lo prohibió. Si algo salía mal, se quedaría tocado.

Icke había empezado a escribir por todas las paredes de su piso. Y, no contento con las paredes, siguió también con las puertas, los marcos de las puertas, los de las ventanas, los muebles… Aunque el

chico no entendía muy bien qué pasaba, en conjunto —o por partes — parecía una canción de amor o una canción para los muertos. Icke hablaba mucho de una chica, Maria, a la que había conocido por casualidad en Alexanderplatz. Maria le había dicho que se podía mudar con ella a la Lychener Strafie. Le dio las llaves y entonces Icke se trasladó allí, sólo que al poco la chica desapareció y no volvió nunca más. No volvió a verla.

El piso era de su abuelo, con quien vivía. Con el tiempo el hombre enfermó y ella lo cuidó día y noche. En aquella época empezó a meterse heroína. El viejo murió y ella siguió viviendo allí sola.

El padre de Maria era argelino, ella tenía el pelo como de alambre. Icke se enamoró de ella, aunque era mucho mayor que él, y luego la chica le entregó sus llaves y le dijo que podía irse a vivir con ella, sólo que nunca volvió a aparecer por allí. Icke se figuraba que no lo había conseguido, probablemente estaba muerta.

Se quedó en el piso y la esperó. Miraba los fosos de las vías al atardecer. Comprendió que no había nadie en la ciudad que lo estuviese esperando, que nadie sabía que estaba allí. Empezó a escribir en las paredes.

El chico se quedó dos semanas con Icke en aquel piso.

Berlín había cambiado bastante a Icke, pero seguía siendo algo parecido a un amigo.

—Babacigim, papá, cuéntame cosas sobre los lobos.

No solía pasarse por allí, casi nunca a decir verdad. Él estaba detrás del mostrador delante de los rulos de carne, piezas de ternera y de pollo, en Kottbusser Tor. El kebab era suyo y de su hermano, y lo llevaba desde hacía veinte años, pero su hija había ido a la universidad y ahora empezaba a trabajar en un periódico.

—¿De lobos?

—Sí, cuéntame algo sobre los lobos.

Recuerdos de infancia. Anatolia. Las montañas, la luz justo antes de la puesta de sol, Carros de caballos, Ovejas, cabras.

—Poco te puedo decir de los lobos. —Se rio—. Pero ahora en Berlín hay uno.

Señaló la televisión, colgada en un rincón del establecimiento, Justo bajo el techo.

—Imagínate. —Él bebía té. Ella, cola. La chica tenía veinticuatro años. Maquillada, bien vestida. Su padre estaba muy orgulloso de ella. Kücügüm. Mi pequeña. Günes,im, mi sol, luz de mis ojos—, Sólo he visto uno en toda mi vida. Era grande, Muy grande, Mi tío lo mató de un disparo. Un animal enorme.

No había nadie más en la tienda. Estaba sentado en un taburete detrás del mostrador y, detrás de él, giraban los rulos de carne, de ternera y de pollo. En el aparador acristalado, las fuentes con tomates, ensalada, repollo y las salsas, de yogur, hierbas o picante.

—Mi tío volvió al pueblo cargando el lobo a hombros, y los niños pensábamos que aún mordía.

El chico y la chica podrían haber cogido la calle del S-Bahn de Greifswalder StraBe al salir del Aldi, pero les pareció demasiado arriesgado, Caminaron por los edificios de la Lilli-Henoch-StraBe hasta llegar al parque Thálmann. Con la nieve, de noche estaba desierto. Fueron hasta el planetario. El parque lindaba con los fosos de las vías.

Cargados con las bolsas del Aldi y la escopeta envuelta en la manta, llegaron a la estación de Prenzlauer Allee. Cogieron el circular para ir a la siguiente estación, Schonhauser Allee; y durante el trayecto, el chico señaló por la ventana de la izquierda, en la oscuridad.

—Por ahí vive Icke. Desde su casa se ve el tren. La gente dice que es un foso, pero él dice que tiene vistas al mar.

Se bajaron en Schónhauser, Las calles estaban concurridas, igual que las aceras y las escaleras del metro, que a partir de Schónhauser va por la superficie, con las vías sobre una plataforma elevada de metal. El chico y la chica caminaron bajo la plataforma del S-Bahn hacia la Stargarder StraBe, y él le empezó a hablar de Icke.

Un tren pasó por encima de sus cabezas.

Le contó que le había hecho una visita en verano, el calor que había hecho, y que Icke había empezado a pintar las paredes del

piso porque estaba esperando a una chica.

Ella sonrió. Se sentían bien, Siguieron por la Stargarder StraBe en dirección a Lychener, pasaron por delante de la iglesia de Getsemaní. Se quedaron parados delante de los escaparates. Giraron a la izquierda por una calle oscura sin salida, El último edificio de la Lychener StraBe estaba cubierto de andamios; delante de la casa había contenedores de escombros. Los chicos se quedaron allí parados.

—Aquí no vive nadie —dijo ella.

—Que sí, que vive Icke.

—Si están de obras —dijo ella.

La puerta estaba abierta. Entraron. En la planta baja había una vivienda que tenía la puerta entreabierta. Oyeron ruidos. Salía un hedor espantoso del piso.

No había luz en la escalera, pero llevaban mecheros y cerillas. Subieron. A partir de la segunda planta ya no había puertas, sólo un gran espacio diáfano. Lo habían tirado todo abajo, sólo habían dejado los muros de carga. Subieron hasta el cuarto piso, donde antes estaba la casa de Icke, sin embargo ya no quedaba nada, ni paredes ni muebles. En las ventanas ondeaban lonas de plástico.

—¿Estás seguro de que era aquí? —preguntó ella.

Dieron una vuelta por la cuarta planta con los mecheros encendidos. No había nada, pero entonces el chico reconoció la letra de Icke en uno de los muros que seguían en pie.

Encontraron una esterilla y un saco de dormir.

Se sentaron en la esterilla, fumaron y abrieron el vodka. Se comieron lo que habían comprado y bebieron a morro de la botella, ella más rápido que él.

Borrachos, bajaron al tercer piso y mearon en un rincón. Luego volvieron a subir, siguieron llamando a aquel sitio —«el piso de Icke», dijeron, venga, va, vamos otra vez al piso de Icke, y allí siguieron bebiendo, encaramados a uno de los vanos de las ventanas. Arrancaron los plásticos y, a través de los andamios, observaron las vías del tren.

—Creo que me estoy poniendo mala —dijo ella—, Vamos a otro sitio, hace mucho frío aquí. Ya volveremos después.

La botella de vodka estaba prácticamente vacía. Dejaron la escopeta y la cerveza. Bajaron a oscuras por la escalera. La puerta de la casa de la planta baja estaba abierta. En el pasillo había una señora mayor casi sin dientes y vestida con un batín. Sujetaba una vela y parecía estar buscando algo. Dijo varias veces un nombre: Hansi. La chica llamó a la puerta aunque estaba abierta, pera la mujer no pareció oírla.

—¿Puedo ayudarla? —le dijo la chica en el umbral. Dentro hacía calor, la calefacción estaba demasiado fuerte y olía fatal.

La mujer la miró.

—¿Quién es usted? —preguntó levantando la vela.

—Hemos venido a visitar a un amigo —le dijo la chica—. A Icke.

—Nos han cortado la luz y el agua. Ya sólo funciona la estufa, —La señora mayor se quedó mirándola sin decir nada—. Sólo funciona la estufa —repitió—. El perro no está —dijo de repente—, mi marido dice que ha saltado dentro de la estufa porque no soportaba más la peste. Si abrimos las ventanas, las arrancarán.

—¿Quién? —preguntó la chica.

—Quemamos nuestras propias heces, aunque no me creo que el perro se haya metido en la estufa. No puede.

La mujer la miró de soslayo y se metió en una habitación que daba al pasillo.

La chica se quedó un momento más en el pasillo, calentándose con la calefacción de la casa y con el vodka; el chico se quedó pegado detrás de ella, Salieron de allí. Al poner un pie en la calle, vieron que volvía a nevar y que, a la vez, caían trocitos de papel ardiendo.

—Si por casualidad nos perdemos, nos vemos aquí.

El chico y la chica, parados al final de la calle bajo la luz de una farola, vieron cómo los trocitos de papel ardiendo Iban cayendo poco a poco en la nieve.

—¿Qué haces? —le gritó la chica a la mujer que estaba en el balcón del segundo piso del edificio de enfrente.

—Quemar los diarios de mi madre. Ha muerto —respondió la mujer del balcón.

—Qué bonito —dijo la chica.

—¿Y vosotros qué hacéis? —preguntó la mujer.

—Buscamos a alguien. A Icke. ¿Conoces a Icke?

—No —dijo la mujer—. No conozco a ningún Icke. Ahí ya no vive nadie. Lo están tirando todo abajo. Por aquí lo están tirando todo abajo.

—Ya —dijo la chica—. Pero en la planta baja vive gente.

—Ah —dijo la mujer desde el balcón—. ¿Adónde vais ahora?

—Vamos a buscar a Icke —dijo la chica.

—¿Ahora? ¿Sois de por aquí? —La mujer rubia del balcón prendió unos cuantos papeles más y los echó en una lata. El viento levantó los papeles ardiendo y los hizo volar hacia la calle. Se distinguía la cara de la mujer a la luz de la lumbre.

—No —dijo la chica—, no somos de por aquí.

—¿Queréis subir?

—No —dijo la chica—, queremos encontrar a Icke. —Pero ambos se quedaron allí parados con la mirada clavada en los papelitos ardiendo.

—¿Queríais pasar la noche en su casa?

—Sí —dijo la chica.

—Pues subid, aquí podéis dormir, tengo sitio de sobra.

—No, gracias, es usted muy amable, igual aún lo encontramos.

Tomasz se metió en el coche y condujo hasta las oficinas de Rosa-Luxemburg-Platz. Eran las siete menos algo, Agnieszka empezaba a en punto el turno de limpieza. La llamó, pero ella no se lo cogió. Las oficinas estaban a oscuras, se veía desde la calle. No estaba allí. Condujo hasta su piso, a Neukolln, aunque ya no tenía llaves. Las había dejado allí por la mañana. Por la mañana se había prometido a sí mismo no volver nunca. No había ninguna luz encendida en el piso, y nadie cogió el teléfono. Llamó al timbre,

pero, o bien no estaba, o bien no quería abrir. Se quedó en la calle sin saber qué hacer. Había dejado de nevar, pero ahora hacía más frío. Pensó en volverse a Polonia. Pensó en si quedarse esperándola toda la noche delante de la casa.

Volvió al edificio de oficinas. Hablaba con ella. Hablaba con ella todo el rato. La llamó otra vez, pero no le cogió el teléfono. A continuación la línea dejó de estar disponible.

Se quedó sentado en el coche, en la Rosa—Luxemburg—Platz, mirando las ventanas apagadas de los pisos de oficinas. Le resultaba inconcebible que no hubiese ido a trabajar. Esperó dos horas delante del edificio. Comió algo rápido en un puesto callejero y, al volver, las oficinas seguían a oscuras. Mientras tuviera algo que hacer, mientras tuviera un objetivo, manejaba el miedo. El verdadero miedo, el miedo descomunal, llegaba cuando se quedaba mano sobre mano. Un miedo que casi no lo dejaba abrir los ojos. Se volvió a meter en el coche y volvió a Neukolln, pero ella, o no estaba, o bien no le abría.

Eran las diez y media. Llamó a la mejor amiga de Agnieszka, a Janina, que también vivía en Berlín. Le cogió el teléfono medio dormida. No sabía nada de Agnieszka, le dijo, ya desde hacía días. Le dijo que se fuera a dormir, que volvería, segura que volvería.

A media tarde, Agnieszka había estado limpiando la casa de una familia que vivía en la Wórther StraBe, en la Kollwitzplatz, justo al lado del cementerio judío.

En invierno, desde las ventanas del salón se veían las lápidas entre las ramas de los árboles. En verano, estaba todo verde y las tumbas apenas se distinguían.

Aquella gente tenía hijos a quienes algunas noches ella cuidaba. Le gustaba aquella familia.

En vez de ir a las oficinas de la Rosa—Luxemburg—Platz, cogió el metro hasta Moritzplatz, Kreuzberg. Bajó por la OranienstraBe hasta dar con la cafetería. No la conocía, Andi le había propuesto quedar allí. Hacía cinco días que no se veían.

Cuando ella llegó. Andi ya estaba esperando en el Café Lux. Llevaba ropa de deporte. Se rio en cuanto la vio llegar. Tenía el pelo rubio y muy corto. A Agnieszka le gustaba su risa. Con esa risa te puedes meter en el bolsillo a la gente, le dijo la primera vez que se besaran.

Ocupaba una mesa junto a la ventana. A través del vidrio se veía mucho trajín por la OranienstraBe.

Mujeres con pañuelos en la cabeza y abrigos largas, estudiantes, punkis, turistas, chavales turcos, que, a pesar del frío, iban sin chaqueta, gritándose algo de una parte a otra de la calle.

—¿Cómo se te ha ocurrido quedar aquí? —le preguntó ella—. Si no vives por la zona.

Andi observaba a la gente de la calle.

—Pues no sé —le dijo él—. En este barrio es todo tan diferente a donde vivo yo. No podría vivir aquí jamás en mi vida.

—¿Y por qué no? —preguntó ella.

No le respondió, pero se quedó mirándola un momento como si no hubiese entendido algo.

—No es mi entorno —le dijo él.

—¿Y cuál es tu entorno? — preguntó ella—, ¿Por qué vienes aquí entonces?

—Pues por eso mismo.

No podían ir a su casa: estaba su madre. A Agnieszka no paraba de sonarle el teléfono. Fueron a su casa de Neukolln. No encendieron la luz. Le sonaba el teléfono y lo puso en silencio, luego lo apagó del todo. Más tarde llamaron al timbre, pero no abrió.

—Pensaba que se iría a Polonia —dijo ella.

—¿Por qué? —preguntó él—, Yo no me iría a Polonia.

—Pero Polonia tampoco es tu entorno.

Andi soltó una risita.

Acto seguido le dijo:

—No quiero a ese niño, de ninguna manera.

—¿Y qué hago yo?

—Pues que te lo quiten, Fuera. —Hizo un gesto.

—Soy una buena chica católica, no puedo —dijo ella intentando que sonara divertido.

—A mi me da igual, yo a ese niño no lo quiero.

Se sentó en la cama, al lado de Agnieszka.

Un cuarto de hora después cogió sus cosas y se largó. Ella quiso echar un vistazo por la ventana, no fuera que Tomasz siguiera esperando delante de la casa, pero Andi dijo que daba igual.

—Si no sabe cómo soy. Puedo ser cualquiera.

Se fue del piso. Agnieszka lo oyó bajar a toda prisa los diez escalones que había hasta la puerta principal y luego salir del edificio. Sintió la puerta cerrarse. Se acercó a la ventana para ver cómo se iba, pero ya había desaparecido. Cerró la puerta de casa por dentro y dejó la llave puesta, Se quedó allí parada, mirando la llave en el cerrojo. Se metió en la ducha. Estuvo media hora duchándose y después se echó en la cama. A eso de las dos su amiga Janina le mandó un mensaje: «Tomasz está aquí».

En el tren regional dirección Berlín apenas había gente. El padre del chico se bajó en la Hauptbahnhof, Nunca había bajado en la estación central, el edificio le resultaba del todo nuevo. Encontró una cabina y llamó a su hermano. Su hermano vivía en un pisito de la DunckerStraBe.

Estaba en casa.

—Estoy aquí —le dijo.

Cogió el S-Bahn hasta Alexanderplatz y luego, con el tranvía, remontó la Prenzlauer Allee. Se bajó y echó a andar por la Raumerstra6e hasta la DunckerStraBe, luego torció a la derecha y atravesó la Helmholtzplatz para llegar a casa de su hermano.

Llamó al interfono, que años atrás no existía, y escuchó la voz de su hermano mayor. Tiempo atrás, a finales de los ochenta y principios de los noventa, él y su hermano habían vivido allí una temporadita, poco después de la Reunificación, pero luego se volvió al pueblo. Por aquel entonces, mucha gente se largaba del pueblo, pero él volvió. Su hermano aún trabajó un par de años de técnico de iluminación en un teatro, pero después empezó con dolores,

problemas de espalda y de los discos intervertebrales. Estuvo de baja mucho tiempo: operaciones, rehabilitación, intoxicación por la cantidad de analgésicos que tomaba… En cierto momento quedó claro que ya no volvería a trabajar. Que no volvería a trabajar nunca más.

El hermano vivía en el segundo piso y asintió al verlo. Un hombre de cincuenta y muchos, grandote, robusto, sin trabajo desde hacía años. Está mayor, pensó, tiene cara de bebedor.

—El crío se ha largado —le dijo—. Con una chica. Se marcharon a pie, luego cogieron un tren y ahora están en Berlín.

El hermano asintió.

—Pues aquí no está, —Se quedó parado en el pasillo, entre la puerta de la cocina y la entrada del salón. El pasillo estaba iluminado por una solitaria bombilla.

—¿Quieres beber algo?

Se oía música por la radio; después hablaron del lobo de Berlín. El hermano del hombre sacudió la cabeza. Una costumbre suya de toda la vida: sacudir la cabeza. Hacía varios años que no se veían.

—Así que se ha largado —dijo. Sacudida de cabeza—. Pues aquí no está — repitió. Llevaba zapatillas de estar en casa. La disposición del piso no había cambiado nada en veinte años.

En su día, cuando vivieron juntos una temporada, descolgaron la puerta del salón y la engancharon bajo el techo del pasillo para que sirviese de almacenaje. Bautizaron su Invento como «la buhardilla». La buhardilla seguía en el mismo sitio.

—Pues no está aquí —dijo el hombre por tercera vez y sacudió la cabeza—, ¿Hambre?

—Hambre.

Se metieron en la cocinita del piso: luz mortecina, aunque sobre la mesa había una lámpara que iluminaba bastante, El hombre sacó un plato con pan y fiambre directamente en el blíster, Hacía mucho que no tenía invitados. Llenó dos vasitos de aguardiente. Uno se lo quedó él y el otro lo dejó en la mesa.

—¿Y entonces dónde está? ¿Por dónde para? Hace mucho frío en la calle.

—Estaban en la estación de trenes de mercancías.

—¿En cuál?

—En la de Greifswalder.

—Ah, pues aquí al lado, Pensaba que ya no estaba en funcionamiento, ¿Y ahora?

—Se han largado de ahí.

—Salud.

El hermano levantó el vasito de aguardiente.

—Eso, salud —dijo el padre del chico, que también levantó el vasito.

Recógeme en Neumann, hay una fiesta, le había dicho su amiga. «Neumann», una galería de la Auguststrabe, La madre de la chica llegó a la ciudad poco antes de las once. Se bajó del tren y fue caminando a la galería. Al llegar allí, se quedó parada en la oscuridad.

Pensaba que habría una inauguración, una fiesta; en cambio, bajo la fría luz fluorescente de la galería sólo había un par de personas bebiendo prosecco en vasos de plástico.

Observó a su amiga a través del ventanal. Llevaba una falda corta y zapatos rojos, y conversaba con un hombre de cabello entrecano con pinta de vanidoso, Puede que fuera el dueño de la galería o el artista, pensó la madre de la chica. Lo conocía, pero no sabía de qué. La mujer de los zapatos rojos y el hombre canoso se reían. Desde fuera, parecía que estuviesen coqueteando cuando, de repente, se abalanzaron el uno sobre el otro: ella le abofeteó en toda la cara, él le devolvió el golpe y ella lo cogió de los pelos. La escenita fue sorprendente y pasó tan rápido como había empezado, así que nadie pudo meterse en medio para separarlos. Su amiga se puso el abrigo, salió de la galería y cogió del brazo a la madre de la chica.

—Pero ¿qué ha pasado? —le preguntó.

—Nada —dijo su amiga—. Me ha preguntado si mi vida sexual ha cambiado desde que tomo psicofármacos, y que si me acostaba con

él si también se tomaba unas pastillas, y así luego podríamos hacer una exposición de fotos.

La madre de la chica abrió la boca. Por fin recordó de qué conocía a aquel hombre. Hacía quince años le había dicho algo similar, aunque ella nunca había llegado a soltarle un bofetón. En vez de eso, le había dado por reírse.

Fumaba con el vasito vacío en la mano. Miró a su hermano mayor, con su pelo demasiado largo, fino, que le echaba aguardiente por tercera vez. Se decía a sí mismo que lo tenía todo bajo control. Se sentía bien y aún lo veía todo con perfecta claridad. Sabía que a la mañana siguiente se acordaría de sus conversaciones. Estaba contenta porque sabía cómo se desarrollaría la noche, y que él y su hermano, con quien sólo hablaba cuando estaban los dos borrachos, hablarían y hablarían. Hablaron sobre el trabajo y sobre que ya no tenían trabajo y que si acaso no tendrían que hacerse autónomos y que por qué no lo hacían. No hablaron de las mujeres, ni de la suya ni de la de su hermano, que lo había dejado hacía un par de años.

Cuando se acabaron la botella, se pusieron la chaqueta y se acercaron al quiosco, que además de quedar al lado y abrir hasta tarde, tenía alcohol, cerveza, tabaco y chucherías.

El aire frío les sentó bien. El hombre le relató a su hermano la búsqueda de los chicos en el bosque, lo del muerto en el puesto elevado de caza y lo de la noche en el puesto elevado de caza en medio del bosque.

El chico y la chica bajaron por la Lychener StraBe buscando un bar en el que el chico había estado un par de veces con Icke en verano, pero no se acordaba exactamente de dónde estaba. Recorrieron toda la calle y cruzaron la Danziger StraBe, aunque estaba seguro de que no era tan lejos de casa de Icke; luego siguieron en dirección sur, por la KnaackstraBe, pasando par la Kollwitzplatz. Al otro lado de la plaza, un grupo de borrachos hablaba y reía armando mucho jaleo al lado de un quiosco.

Torcieron a la derecha por la KollwitzstraBe, aun en dirección sur, hasta que en un lado de la calle dejó de haber casas. Detrás de una

valla alta se distinguía en la oscuridad algo parecido a una cabaña de la que salían ruidos, ruidos de metal chocando con metal.

—Suena como si fuera una herrería —dijo la chica.

El chico dijo que recordaba haber oído esos ruidos metálicos en verano, aunque no estaba seguro de si el bar estaba por allí cerca.

Su amiga vivía en Prenzlauer Berg, al final de la Schwedter StraBe, por encima del Gleimtunnel. Su piso tenía vistas a un parque, a una granja escuela y a un rocódromo; más allá estaba el foso del S-Bahn, luego Wedding y Gesundbrunnen. Antes, cuando estudiaban, habían vivido juntas en esa casa. En aquella época todavía estaba la frontera, el muro. Por aquel entonces, la madre de la chica había vivida sus primeros éxitos, había entrado «en el mundillo»: exposiciones, sesiones de fotos, entrevistas.

Era atractiva y tenía mucha labia. Representaba a una generación de mujeres artistas del Este, en el Berlín reunificado, aunque su obra no era lo que más llamaba la atención, sino su personalidad, lo que ésta irradiaba. Le fue mucho mejor que a su amiga, que no tenía el don de saber venderse. Después conoció al padre de su hija, un pintor y escultor con mucho más éxito que ella ya por aquel entonces. Se fue del piso del Gleimtunnel y sus vistas panorámicas, se casaran enseguida y se quedó embarazada, con lo que su carrera no tardó en estancarse. Los primeros años no entendía lo que pasaba. No entendía que se esfumase la atención que le prestaba la gente, de modo que empezó a echarle la culpa al éxito de su marido. Le echaba en cara que no hiciese nada por ella.

Su amiga siguió viviendo en el piso de la Schwedter StraBe. No se casó ni tuvo hijos; casi siempre estaba sola. Se fue apañando con trabajillos y durante una temporada estuvo empleada de profesora en su antigua escuela de Bellas Artes de WeiBensee, pero no era suficiente para tener una plaza fija, que siempre ganaban otros. Al final se quedó en paro. Intentó mantener el contacto con el mundillo, si bien cada vez le resultaba más difícil poner buena cara en las inauguraciones. Siempre había tenido épocas de bajón. Al cumplir los cuarenta tuvo que hacerse a la idea de que su carrera

artística había fracasado, que no tenía nada, ni familia ni trabajo. Se hundió en una profunda depresión.

Ingresó por propia voluntad en una clínica psiquiátrica y permaneció allí más de medio año. Cuando finalmente le dieron el alta y se fue, era plenamente consciente de que, si no encontraba algo con lo que ocupar su tiempo, no aguantaría ni tres meses. Preguntó en la granja escuela que había cerca de casa por si tenían empleo para ella. Les dijo que se le daba bien trabajar con la madera, la piedra, el metal y la arcilla. Que era escultora, podía ofertar cursos; sin embargo, en la granja escuela sólo buscaban educadores infantiles o cuidadores de animales que estuvieran cualificados, pues tal era el requisito de la administración del Senado. Un mes más tarde estuvo a punto de volver a la clínica. De nuevo, fue a preguntar a la granja escuela y esta vez se ofreció para trabajar de conserje y limpiadora por horas. Al principio le pareció que esas labores eran humillantes, pero el contacto regular con los educadores y los niños la estabilizó.

Volvió a dibujar y, a veces, se acercaba a las inauguraciones. No mentía cuando le preguntaban a qué se dedicaba, ni siquiera en la velada de la galería de la AuguststraBe. Hacía años que conocía a aquel tipo canoso y también conocía sus bromas. Antes, cuando estudiaba, ella y su amiga se reían de él, uno de los primeros alemanes del Oeste que, a principios de los noventa, se fue a estudiar al Este. Aunque les daba risa como artista y como hombre, no se podía negar que entendía el mercado. Entendió más rápido que los demás que no tenía futuro como artista, así que abrió una galería en Mitte. La galería tuvo muchísimo éxito y algunos de los artistas a los que exponía ahora vendían sus obras en todo el mundo, como en la feria Art Basel, en Miami. Ya en la facultad vestía siempre de traje y en su galería no exponía a mujeres, prácticamente nunca.

La madre de la chica miraba los dibujos de las paredes de su antiguo piso. Eran dibujos muy sencillos. Un caballo, una cabra, otra cabra, una casa.

—¿Dónde es eso? —preguntó.

—Es de la granja escuela —dijo su amiga—. Está allá abajo, delante de casa. Ahora trabajo ahí.

La madre de la chica se quedó callada.

—¿Y por qué se ha largado tu hija?

Mientras le hacía esa pregunta, su amiga no la miró a la cara.

—Supongo que no me aguantaba más.

—¿Y por qué has salido a buscarla?

Delante del quiosco había un par de hombres y una mujer más joven que fumaban bajo una marquesina.

El padre del chico y su hermano compraron cuatro litros de cerveza y dos botellas de aguardiente. Pagó el hermano, dijo que tenía dinero. Se acordó de que se le había vuelto a olvidar llamar a su mujer, pero ahora, de todas maneras, ya era muy tarde. La primera cerveza la abrieron nada más salir del quiosco, Se colocaron uno al lado del otro bajo la marquesina, fumaron y contemplaron la nieve mojada. El hermano se dirigía al dueño del quiosco por su nombre de pila, se llamaba Charly, y Charly también lo llamaba por su nombre de pila, Udo.

—Es mi hermano —dijo Udo—, busca a su chaval.

—Ay —dijo Charly—, estaré atento a ver. ¿De dónde vienes?

El padre del chico dijo que venía de la zona de Beeskow. Sin embargo, Charly no sabía dónde estaba Beeskow, así que le aclaró que no quedaba lejos de Frankfurt del Oder, y Charly dijo:

—Por allí estuvo el lobo, ¿verdad? De por ahí venía el lobo. Del Este. De la zona de Vierlinden de Seelow.

—El lobo —dijo el padre del chico—, sí, debe de haber estado por allí. Seelow. Eso está más al norte.

—No «debe de haber estado por allí», estuvo allí. Creía que eras de Beeskow, ¿no? No me digas que eres de esa gente que no cree que el lobo exista, porque ya te digo yo que sí, lo he visto con mis propios ojos.

—No digo que el lobo no exista, sólo que no lo he visto…

—[Pues yo sí que lo he visto! —dijo Charly, casi gritando, y abrió mucho los ojos—, y ojalá, ojalá…

—Charly —dijo Jacky—, otra vez con los ojos como platos y dando voces.

—Pero, Jacky —dijo Charly—, tú sabes que es verdad, si alguien sabe que digo la verdad eres tú.

—¿Lo has visto? —preguntó el hermano.

—Lo he visto, Udo, lo tenía delante de mis narices.

—¿Dónde? —preguntó Udo.

—Lo ha visto —dijo Jacky.

—Lo tenía delante de mis narices —dijo Charly—, y ojaló lo hubiese fotografiado, pero no pude, no pude, aunque lo tuve delante.

—Charly —dijo Jacky.

—Yo no lo he tenido delante —dijo el padre del chico—, pero estuve en el bosque y vi huellas.

—¿Huellas? —Charly puso los ojos como platos—. ¿Has visto huellas de lobo? Eso es que estaba cerca, ¿dónde fue eso?

—En el bosque, ni idea de dónde fue.

—Le podrías haber disparado.

—¿Cómo le iba a disparar?

—Pero le podrías haber disparado.

—Charly, ya va siendo hora de cerrar —dijo Jacky.

—Espera, espera, espera, que este hombre ha visto al lobo.

—No lo ha visto.

—No lo he visto.

—A ver, dime, ¿cómo eran las huellas? ¿Cómo son las huellas de lobo?

—¿Quieres salir a cazar lobos, Charly? —preguntó el hermano—. ¿Quieres cazarlo? Aún puedes, sigue en Berlín, acércate a Gesundbrunnen, hay gente que hoy lo ha visto por allí.

—Sí, sí, sí, lo voy a encontrar y le voy a disparar, ahora mismo me voy para Gesundbrunnen.

—Pero no se le puede disparar —dijo el hermano—. Puedes Ir detrás de él, pero no pegarle un tiro.

—Sólo necesito un arma, dadme un arma y le disparo. Esa bestia me ha humillado.

—Vamos a cerrar, Charly, anda —dijo Jacky, y entonces se acabaron la cerveza.

Los hermanos volvieron a la DunckerStraBe. No dijeron ni media palabra más sobre el lobo. Hablaron de cosas que el padre del chico fue incapaz de recordar después, pero hablaron mucho. En el piso alternaron la cerveza y el aguardiente; después hablaron de sus padres y de su infancia, de su juventud en el campo, frontera con Polonia, y de lo bonita que le parecía aquella época al padre del chico, que ya iba como una cuba.

—Como un diamante perdido —dijo. Su hermano, confuso, no sabía a qué se refería, porque estaban hablando de otro tema, y sacudió la cabeza. Al padre del chico le vino de repente otro recuerdo, algo borroso, una sensación, se puso melancólico, se le saltaron las lágrimas, y con la melancolía vino una desesperación que lo estremeció, Se encendió un cigarrillo y siguió dándole al aguardiente.

Tomasz llamó al timbre de casa de Janina, en Wedding. Eran las dos de la madrugada pasadas. No había aguantado más. Se había pasado toda la noche yendo y viniendo de las oficinas de la Rosa-Luxemburg-Platz al piso de Agnieszka y luego de vuelta a la Rosa-Luxemburg-Platz y otra vez de vuelta al piso. No le había abierto la puerta, no estaba en las oficinas, no le cogía el teléfono.

Al final había aparcado por ahí y, con todo el frío que hacía, se había quedado sentado en el coche, y entonces le sobrevino otra vez el pánico. Falta de aire, sudores fríos. Taquicardia.

Salló del coche y se metió en un bar; en la puerta, un grupo de chavales fumaba. Dentro sonaba buena música, bastante alta, la gente bailaba. Tenía la sensación de que la gente se quedaba mirando su ropa de trabajo. Una chica con el pelo rubio teñido empezó a hablar con él, le preguntó de dónde venía, pero Tomasz no la entendía demasiado bien y la chica y sus amigas se echaron a reír.

—Un ruso —dijeron entre risas mientras brindaban con él—, tú eres ruso, vamos que sí.

Él les respondió en polaco que no era ruso, pero las chicas no pillaron ni media, aunque tampoco es que fuera difícil entender lo que decía.

Le volvió a invadir la sensación de que le faltaba el aire, se marchó del bar y se metió en el coche para ir a casa de Janina.

Janina le abrió la puerta, iba en bragas y camiseta. Detrás de ella estaba su novio, Krzysztof, Tomasz también lo conocía.

—Puedes dormir en el sofá —le dijo Janina—. O enchúfate la tele, como veas. A la chica, que iba borracha, y que no era de muchas palabras, de repente se le soltó la lengua y no paró de hablar en todo el camino por las calles berlinesas bajo la nieve.

—Es como si todo fuese una cuadrícula.

—¿El qué, la ciudad?

—No, todo, es como si todo fuesen líneas rectas, como si los caminos ya estuviesen marcados y no pudiéramos apartarnos de la cuadrícula, como si fuese un canal o como si fuéramos caminando por hendiduras y sólo pudiésemos cambiar de dirección al llegar al final de la baldosa, cuando comienza la siguiente.

Marcaron rumbo hacia la torre de televisión, siguieron yendo hacia el sur, en dirección a Mitte, recorrieron la Schonhauser Allee hasta que el chico se quedó parado delante de un local con los ventanales tintados.

El bar no tenía nombre, estaba todo pintado de negro. Detrás de la barra trabajaban dos mujeres, una morena y una rubia. La morena estaba hablando con un hombre que apenas decía nada, monosílabos o alguna pregunta, por lo demás, era ella quien llevaba la conversación. El hombre tenía un acento particular, tenía pinta de ser sudamericano.

La camarera hablaba y hablaba, fumaba, le daba un trago a la cerveza y seguía largando sin parar. El sudamericano la escuchaba y, a veces, se volvía y echaba un vistazo a la gente del local. Saludó con la cabeza al chico como si lo conociera, pero la verdad es que no lo conocía de nada.

La camarera rubia les sirvió a los chicos en la barra dos vodkas y dos cervezas. La camarera morena hablaba de hombres y mujeres y sexo, y sobre que, en realidad, sólo le interesaban las mujeres, y entonces la camarera rubia le dio una palmada en el culo, Se echaron a reír y el sudamericano también.

El chico y la chica se colocaron cerca de una pared, se camuflaron casi del todo en el bar pintado de negro. En la oscuridad sólo se veían sus caras pálidas.

—¿Has estado ya aquí? —preguntó la chica. Él negó con la cabeza.

Con el calorcito del local les entró el cansancio. El chico pidió otro par de cervezas a la camarera rubia. La morena seguía hablando con el sudamericano y el sudamericano, de vez en cuando, se volvía y observaba un momento a la gente del bar. Sonó un teléfono. La camarera morena le pasó el auricular al sudamericano, que hablaba en árabe.

La chica y el chico se quedaron fritos a pesar de la música. La camarera rubia le sacudió el hombro al chico para despertarlo y le preguntó si estaba bien.

—Todo bien —dijo él.

Ella le dijo que la mirara a los ojos y luego los dejó dormir.

Eran las dos y media de la madrugada cuando la madre de la chica y su amiga oyeron un ruido. Era como un grito o un gemido. La amiga temía que hubiese pasado algo en la granja escuela, pues nunca había oído un ruido como ése.

Se acercaron al establo de la granja y, por el camino, volvieron a oír el ruido.

—Igual es un gato —dijo la madre de la chica.

—Igual es otra cosa —dijo su amiga.

En un primer momento, a oscuras, no encontraba el candado de la puerta del establo. Luego consiguió abrirlo, encendió la luz y luego cerró la puerta. Atravesaron el establo inspeccionando cada redil con una linterna de las grandes. Un par de cabras, dos ponis. Seis ovejas. Gallinas. Todo en calma. La amiga y la mujer comprobaron el portón que daba a los cercados y el pasto.

—Hay que llamar a uno de los guardias.

—¿Por qué?

—Se ha visto un lobo por la zona, muy cerca de aquí.

—Pero el lobo no va a entrar aquí.

—Vete tú a saber.

Tenían un perro en el patio, pero no había ni rastro del perro. No estaba enganchado a la cadena.

Sentados en el carrusel del parque de al lado había un grupo de jóvenes bebiendo cerveza, de noche, en la nieve. Las chicas del grupo a veces chillaban; sin embargo ese no era el ruido que habían oído.

Las dos mujeres se llevaron las linternas y siguieron inspeccionando el resto del terreno de la granja escuela. Volvieron a cerrar el portón del establo al oír de nuevo el ruido de marras. Apuntaron con las linternas hacia la oscuridad, pero no se veía nada.

—¿Qué hacéis aquí con los animales? —preguntó la madre de la chica.

—Nada —dijo su amiga—. Los tenemos aquí y poco más, los niños los cuidan.

Cuando la chica abrió un momento los ojos, vio a la camarera morena sentada junto al hombre de la mesa de al lado metiéndose la lengua hasta la campanilla. Él le había levantado la camiseta, debajo no llevaba nada. La rubia estaba detrás de la barra, fumando y contemplando la escena. Luego se rompió un vaso.

Cuando la chica se volvió a despertar un poco más tarde, la rubia ya no estaba. El bar estaba vacío. Fuera se estaba haciendo de día poco a poco.

La chica se quedó sentada, sin moverse. El chico seguía dormido.

El hombre estaba sentado otra vez junto a la barra, la camarera morena estaba a su lado.

El chico se despertó.

—¿Y ahora dónde vamos? — preguntó.

Pagaron en la barra.

—¿Conocéis a alguien que se llame Icke? —preguntó el chico.

—No —dijo la mujer y miró al hambre, que negó con la cabeza.

—Buscamos trabajo —dijo la chica.

Eran las tres de la mañana cuando la mujer acabó de quemar los diarios de su madre en el balcón de la Lychener StraBe. Estaba en el balcón de su piso con el abrigo puesto y un chal. Los dos muchachos no habían vuelto.

Entonces miró abajo, donde la Lychener StraBe acaba súbitamente con una valla alta, y vio un perro muy grande, o, se le pasó por la cabeza, quizá un lobo.

Tomasz estaba sentado en el sofá de casa de Janina, Miraba fijamente la televisión, aunque no estaba encendida, Janina y Krzysztof estaban durmiendo en la habitación contigua. Se quedó una hora en el piso, no más; luego se levantó. Se marchó sin despedirse. Cogió el coche y volvió a la obra de la Lychener StraBe.

Subió a oscuras los cuatro pisos del edificio y, al llegar arriba, encendió los focos. Se quedó allí parado, Al lado de su saco de dormir encontró paquetes abiertos, una botella de vodka casi vacía y una escopeta de caza.

Estuvo un buen rato mirando la escopeta y luego la cogió, Allí, en medio de los escombros del piso desmantelado, Iluminado por los focos de obra, sostuvo el arma entre las manos. Se la colocó bien y apuntó a la botella de vodka, pero no disparó.

Se hizo un ovillo en el saco de dormir, se apoyó en la pared y apoyó el arma a su lado. Aguzó el oído. En el edificio reinaba el silencio. Aguzó el oído por si los dueños del arma volvían, por fuerza tenían que volver. Pero no venía nadie. El arma, apoyada a su lado. Se quedó dormido unos minutos, se despertó y se volvió a dormir cuando un ruido lo despertó sobresaltado. Se hizo de día. Una mujer mayor sin dientes caminaba entre los escombros y no paraba de decir: «Aquí no hay nada». No vio a Tomasz. La anciana llevaba un batín. Estaba flaca, en los huesos. Se quedó un rato ahí plantada y al poco se fue. Se oyeron sus pasos en la escalera.

Después soñó que se le aparecía el lobo allí mismo, entre los escombros. El lobo, en medio de aquella estancia diáfana y vacía,

Tomasz, en sueños, cogió el arma un par de veces y luego se despertó.

Se había hecho de día. La chica y el chico estaban en la calle con la camarera, y el sudamericano, en la nieve. Les habían contado su travesía por el bosque, el trayecto en el tren de mercancías hasta Berlín, y el hombre, un chileno, les dijo que podían quedarse con él. Los acogía en su casa un par de días, tenía sitio de sobra. El chileno se llamaba Yuri, como Yuri Gagarin, el astronauta, el primer hombre que salió al cosmos, hijo de un carpintero de obra y una lechera.

—Mi padre era comunista —dijo Yuri—. Puedes trabajar aquí —le dijo a la chica—. Tú no —le dijo a él—, no necesito dos personas; eso sí, podéis quedaros los dos en mi casa, tengo sitio de sobra.

El chileno, la camarera y la chica remontaron Schónhauser Allee, El chileno tenía cuarenta y muchos o cincuenta y pocos.

—¿Os habéis enterada de lo del lobo? —preguntó el chileno—. Resulta que hay un lobo en Berlín, un lobo en Weddíng, pero antes rondaba por Marzahn, ¿sabéis dónde está eso? No, claro que no, pues ahora está en Weddíng, y me pregunto, y si alguien le dispara… —El chileno hizo un gesto como si tuviese una escopeta—. Yo no le dispararía, tampoco es que tenga un arma, no le puedo disparar —dijo riéndose—, sólo tengo un cuchillo. —Sacó un enorme cuchillo de caza de su gabardina gris y lo volvió a guardar enseguida —. Sólo le podría arrancar el pellejo.

Siguieron caminando por la nieve.

—Eso es precisamente lo que necesitas —le dijo la camarera.

—¿El qué? —preguntó el chileno—, ¿Qué es lo que necesito?

—Una piel de lobo.

—Aún sois unos crios, ¿eh? —dijo el chileno—, los niños no deberían estar en la calle. Eso lo sé yo.

A las siete y media de la mañana siguiente, la madre de la chica, sin siquiera desayunar, cogió el coche y condujo hasta Dahlem.

Durante un rato, la nieve se convirtió en lluvia y luego otra vez en nieve. Pese a tener la dirección nueva de su exmarido, nunca había estado allí. Hacía un par de años que se había comprado una mansión de estilo Bauhaus en la zona suroeste de Berlín.

Sólo conocía la casa nueva de su exmarido por lo que le había contado su hija, que había estado un par de veces, y tampoco se había cruzado nunca con su nueva mujer, aunque llevaban tiempo juntos. El padre de la chica y ella apenas habían tenido contacto en los últimos años.

Condujo hasta Dahlem sin llamar antes para avisar. Le costó un buen rato encontrar la casa, más de lo que se hubiera imaginado.

Cuando llamó al timbre eran las ocho pasadas. Abrió una chica joven con camiseta y pantalones de deporte que tenía acento del Este de Europa. La madre de la chica, en un primer momento, pensó que era la nueva mujer de su exmarido. La joven le dijo que no había nadie en casa.

Ella le dijo que era la exmujer del señor.

La joven le repitió que no había nadie en casa.

—¿Sabe cuándo volverán?

—No le sabría decir —dijo Agnieszka—, No lo sé, pero estar, no están.

—¿Ha venido mi hija?

—No hay nadie en casa —dijo la joven.

—¿Puedo esperar aquí hasta que venga alguien? —preguntó la mujer.

Agnieszka acompañó a la mujer a la cocina, blanca y espaciosa, donde todavía estaban colgadas las fotos en la pared.

—Soy la chica de la limpieza —dijo Agnieszka y soltó una risilla al ver que la mujer se quedaba mirando las fotos, que todavía seguían colgadas en la pared.

La madre de la chica se sentó en aquella casa que le resultaba ajena, en una cocina impoluta, blanca y diáfana. Delante tenía un vaso de agua. Por el ventanal se veía el jardín, La joven la había dejado sola. La madre de la chica oyó por un instante la voz de la joven en alguna parte de la casa, pero sin llegar a distinguir lo que decía. Probablemente estaba llamando a su exmarido. Después la casa se sumió en un silencio absoluto. Ni un solo ruido, ni la aspiradora, ni la radio.

En la foto de la pared, su exmarido llevaba el pelo largo, entrecano. Gafas, barba larga, un cigarrillo en una mano y, en la otra, una copa de vino tinto. En la foto de al lado estaba su mujer, una japonesa, de cuarenta y algo. La tercera foto era de la joven que le había abierto la puerta, al lado de la nevera, con pantalones de chándal grises y una camiseta holgada. Las fotos se habían hecho en la cocina.

La madre de la chica estuvo una hora allí sentada, junto a la mesa larga y robusta de la cocina. No había llamado a su exmarido, el padre de la niña, para decirle que su hija se había fugado. No sabría nada, a no ser que la niña lo hubiese llamado.

Se levantó, se acercó a los gruesos ventanales y echó un vistazo al jardín. Se veía una de las esculturas de acero de su exmarido en la nieve.

Sus obras de acero, las obras de fundición, siempre la habían sacado de sus casillas. Era pintor, no escultor, eso es lo que ella había pensado siempre, pero sus esculturas se vendían tan bien como sus cuadros.

Acero reluciente. Caro, laborioso, pesadísimo. Superficies inmaculadas por las que el tiempo no pasaba, lisas como un espejo y vacías.

Se le pasó por la cabeza si no debería dejarle una notita en la mesa. Decidió no hacerlo. Salló de la cocina, desde la puerta gritó un «hasta otra» rompiendo el silencio y se fue de aquella casa ajena.

La casa del chileno estaba en un sótano. Era un gran espacio abovedado de unos doscientos cincuenta metros cuadrados. Por la ventana que daba al exterior se veían las piernas de los transeúntes, aunque la calle aún estaba poco concurrida.

Había alfombras árabes hasta en la cocina.

—Pasad —dijo el chileno—, no suelo tener visita. Para los árabes la hospitalidad es sagrada. —Dijo algo en una lengua extranjera—. Es árabe. Bienvenidos. ¿Tenéis hambre? Vamos a comer algo.

—¿Y por qué sabes árabe? —le preguntó la chica.

—Lo he aprendido —dijo él—, He viajado mucho.

Se acomodaron en unos cojines alrededor de una mesa grande y comieron, luego, el chileno les dio mantas y les indicó dónde podían dormir. Les enseñó también dónde estaba la lavadora y el baño, que era gigante.

—Mi hamam —dijo el chileno, pero el chico y la chica no sabían lo que era un hamam.

—Hasta esta noche —le dijo a la chica—, si no nos vemos antes.

Durmieron hasta las tres del mediodía. Cuando se despertaron, el chileno no estaba allí.

—Nos largamos de aquí —dijo el chico.

—No —dijo ella.

—Que nos piramos, Ya encontraremos otra cosa.

—Que no —dijo la chica.

Tomasz se despertó temblando de frío, Tenía la sensación de no haber dormido nada, pero en algún momento se había quedado dormido y había soñado con el lobo. Se puso en píe y se fue de la casa desmantelada. Metió sus trastos y la escopeta en el asiento trasero del Toyota y condujo hasta Dahlem, a la mansión donde Agnieszka trabajaba cada mañana.

No llamó al timbre. Se quedó en la acera de enfrente de la casa y aguardó, Vio a Agnieszka una vez por la ventana del primer piso de la mansión blanca, Por más que levantó la mano y la saludó, ella no lo vio. Al poca salló de la casa una mujer pelirroja. La señora, ya en el umbral, se volvió y gritó algo hacia el interior, pero no llegó a oír qué decía. Tomasz se quedó allí plantado delante de la casa durante tres horas, No llamó al timbre ni tampoco a Agnieszka. Luego la puerta se abrió y la joven salió de la casa.

Tomasz y Agnieszka estaban frente a la mansión, en la acera contraria. Uno delante del otro. Ella no decía nada. Solamente lo miraba.

—Ven conmigo —dijo él.

—Aún no he terminado —dijo ella—. He llegado tarde.

—¿Cuánto te queda?

—Pues una hora.

—Te espero entonces. Aquí te espero.

Ella se metió otra vez en la casa, se volvió, lo miró y aunque quiso decirle algo, no dijo nada.

—Aquí te espero —dijo él. Ella asintió y se metió en la mansión. Agnieszka no tenía nada más que hacer: hacía rato que había acabado. Caminó por la casa vacía y al final se sentó en la cocina. Miró las fotos de la pared; luego, por la ventana, el jardín.

La madre de la chica se alejó de la zona residencial de mansiones del suroeste de la ciudad y puso rumbo hacia el este. Volvió a sentir rabia y esta vez era tan fuerte que se puso a gritar tan alto y con tanta fuerza dentro del coche que casi se hizo daño.

Se detuvo en una calle lateral, en el camino de entrada de una antigua fábrica de cerveza de Prenzlauer Berg. Caminó por el suelo empedrado de los patios hasta el taller, el «atelier». Ya conocía de antes aquel lugar. A pesar del frío, el pesado portón de acero estaba medio abierto. Él llevaba su habitual mono negro y estaba de espaldas al patio. Sudaba. Sonaba música. Ella lo llamó, por el apellido: siempre lo había llamado por su apellido.

El padre de la chica apagó el soplete, se levantó la máscara de soldar y se volvió hacia el patio. Hacía tres años que no se veían.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Se ha fugado —le dijo ella. Intentó sonreír.

Él se quedó mirándola, sin decir palabra.

—¿Cuándo? —preguntó al final.

—Hace cuatro días —respondió ella.

Estaba mucho más recio y fondón que la última vez que se habían visto. Grandote y gordo. Lo miró y pensó: me odia y tiene todo el derecho.

—¿Y por qué no me has llamado? —preguntó.

—Pensaba que igual estaba contigo.

—Pues conmigo no está. Si estuviese conmigo, te habría llamado.

Ella se quedó callada. Seguía en el patio, en la nieve, y sacó un cigarro. —¿Has hablado con la policía?

Ella asintió.

No lograba distinguir en qué trabajaba en la oscuridad del taller.

Lo que atisbaba le parecían las costillas de una ballena.

—No se ha largado sola, Va con un chico. Uno del pueblo. Están en Berlín.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Los han visto por la zona de la estación de trenes de mercancías, en la de Greifswalder…

—¿Donde la cementera?

Ella se encogió de hombros. Era del este de la ciudad, pero no conocía la cementera.

—¿Eso cuándo ha sido?

—Ayer.

El hombre no dijo nada más. No tenían nada más que decirse. Abrió un poco más el portón de acero. El taller —o atelier— era enorme. La mujer vio su coche, el que su exmarido había tenido siempre.

—¿Y ahora qué?

—Me voy a buscarla.

—Pero si no sabes ni qué pinta tiene.

—Pues claro que sé qué pinta tiene —le dijo él.

—¿Dónde?

—¿Dónde qué?

—Que dónde vas a buscarla.

—Ni idea.

Se subió al coche y salió del taller dando marcha atrás. Después se bajó y volvió al portón de acero. Llevaba unas aparatosas botas de cordones con puntera de metal, las mismas que tenía desde hacía veinte años. Gritó un nombre y dijo algo en un idioma que ella no entendía.

La ayudante. O la mujer de ahora. Su hija le había hablado de la nueva mujer. Tenía predilección por las ayudantes extranjeras y las mujeres extranjeras, tanto antes como después de ella; siempre se

había preguntado si, como berlinesa del Este, en su día la había considerado en cierto modo extranjera.

Arrastró el portón y dejó una abertura de sólo medio metro. Volvió al coche y se puso en marcha sin decir nada más.

Cincuenta minutos después, Agnieszka se levantó de la cocina de la mansión de Dahlem, se puso el abrigo y se marchó de la casa.

Tomasz le sonrió cuando la vio acercarse.

—Todo irá bien —le dijo dos veces de camino al coche. Agnieszka se quedó descolocada: nunca le había oído decir algo así. Normalmente no decía ese tipo de cosas. Sólo cuando estuvo ya metida en el coche vio la escopeta.

—Pero ¿qué haces? —le dijo—. ¿Me vas a pegar un tiro? ¿De dónde has sacado esa arma?

—Me la he encontrado por ahí.

—¿Por ahí?

—En la obra.

Arrancó el coche. A ella le entró el pánico.

—¿Me vas a pegar un tiro? —se puso a gritar—. ¿Me vas a pegar un tiro?

—No —dijo él intentando calmarla, pero tampoco quería parar el coche y que ella tuviera la oportunidad de largarse—. No, no te voy a pegar un tiro, me he encontrado la escopeta por ahí, en la obra.

—¿Y cómo es que te has encontrado un arma en la obra? ¡Nadie se encuentra una escopeta en la obra! —le gritó ella.

—Pues ahí me la he encontrado…

Agnieszka hizo además de volverse para coger el arma, quería cogerla y sacarla del coche, pero al ser tan grande, se quedaba atascada. Él, aún con una mano en el volante. Intentó cogerla con la otra, El cañón apuntaba hacia él. Agnieszka la agarró con una mano y, con la otra abrió la puerta con el coche en marcha. Gritó y gritó y le dio un tirón al arma que entonces se disparó. Rozó la frente de Tomasz, La ventanilla del conductor se hizo añicos, Detuvo el coche, sangraba mucha, tenía toda la cara ensangrentada y se puso a gritar de dolor o de pánico. Ella también se puso a chillar y él siguió

diciéndole también a gritos que se había encontrado la escopeta por ahí, que se la había encontrado por ahí y ella chilló: ahora qué hacemos, ahora qué hacemos. Tienes que Ir al hospital, tienes que ir al hospital.

Él gritó: por qué lo has hecho. Y ella gritó: yo no quería, yo no quería.

Tomasz se sujetó la frente ensangrentada. La sangre se le metió en los ojos, Se bajó del coche y casi lo atropella otro que quería adelantar al Toyota parado en mitad de la calle. Ella también se bajó, pero antes echó la escopeta otra vez al asiento de atrás. Él le dijo:

—Llévame al hospital.

—¿A cuál? No sé dónde hay un hospital.

—Llévame al hospital, al que sea.

Agnieszka arrancó el coche. Él se sentó en el asiento del copiloto y a ratos gimoteaba. Ella no sabía adónde tenía que Ir. La ventanilla estaba rota. Hacía un frío tremendo y mientras conducía la nieve le mojaba la cara.

Zeynep y ella habían sido amigas íntimas. Zeynep había encontrado trabajo en una tienda de cosméticos, y ahora estaban las dos sentadas en la heladería del centro comercial de Gesundbrunnen. Zeynep le preguntó:

—¿Y tú qué tienes que ver con lo del lobo?

—Pues nada —dijo la joven—, sólo que estoy escribiendo sobre el tema.

—Uy, ¿y qué título le has puesto a lo que estás escribiendo?

Zeynep sabía perfectamente que su amiga era muy dada a exagerar, pero también sabía que había terminado el bachillerato, que ahora estaba en la facultad y que trabajaba en un periódico, así que era posible que fuese verdad.

Las dos chicas se comieron sendas tarrinas enormes y coloridas de helado con nombres complicados y las dos eran plenamente conscientes de que, en ese momento, solamente las unía una época de su infancia o de la adolescencia, además de una lengua común, que a veces emergía en forma de un par de palabras o media frase y

luego volvía a desaparecer para volver a aflorar, arada sirada, aunque la tierra en la que se hablaba esa lengua estaba muy lejos de la tierra en la que vivían y en la que ambas habían nacido.

Gente en el concurrido centro comercial. Escaleras mecánicas. Música.

—Así que tú y el lobo. —Zeynep se echó a reír—. Tú y el lobo.

—Yo y el lobo, y el lobo y yo.

—Se me acaba la hora del descanso, me toca volver.

—Sí, ya lo sé.

—Pues nada, mucha suerte, pásate otro día. ¿Cómo van tus padres?

—¿Mis padres? Bien. ¿Los tuyos?

—Bien también.

—¿Y qué dicen de lo del lobo?

La chica se encogió de hombros.

—Nada. Bueno… Mi padre dice que una vez, de joven, vio un lobo, pero ya estaba muerto.

—¿Cómo de grande es el tuyo?

—Ni idea.

La joven se rio.

—¿No lo sabes?

—De verdad que no.

El padre de la chica condujo hacia la Greifswalder StraBe. Le sonó el teléfono.

—También podemos buscarla juntos. No deja de ser hija de los dos.

—No quiero ir a buscarla contigo.

—¿Por qué no? Es nuestra hija.

—Ya, pero no quiero, me dan miedo tus ataques de ira.

—Si tanto miedo me tienes, ¿cómo dejas a la niña todo el año conmigo?

El padre de la chica era bastante más mayor que su exmujer. Un hombre corpulento, demasiado recio. Un gigantón. Era pintor y

escultor, reconocido internacional mente.

Por más que el hombre estuvo buscando a su hija por la ciudad, no la encontró. En Berlín vivían tres millones y medio de personas. Sabía que ponerse a buscarla no tenía ni pies ni cabeza; aun así, eso fue lo que hizo. Se recorrió toda la ciudad con el coche. De una punta a otra, a sabiendas de que no tenía ningún sentido. Sabía que no le quedaba otra que esperar a que volviese, y sabía que no volvería. El padre de la chica remontó por la Greifswalder StraBe hasta la cementera, hasta la estación de trenes de mercancías, donde habló con unos agentes, pero no eran los mismos que habían perdido de vista a los chavales la noche anterior. Les preguntó cuándo volverían a tener turno y cómo se llamaban los que los vieron; se lo dijeron, y entonces el padre de la chica preguntó cómo pudo pasar, cómo había podido pasar algo así, a lo que los dos policías que estaban de guardia no supieran qué decir, y entonces al padre de la chica le entró un arranque de ira.

Allí, delante mismo del barracón de los guardias de la estación, se puso a gritar y a despotricar; estaba fuera de sí, y los policías, dos hombres gordos, le dijeron: vale, ya, ya. Y luego le dijeron: ya pasó, ya pasó, Y luego le dijeron: ya, cálmese. Y luego le dijeron: ya está bien.

El padre de la chica se figuraba que los chavales no tendrían ni un duro. Se fue a buscarlos al parque Górlitzer. Buscó también en el puente peatonal bajo la estación de Schiffbauer Damm, donde había un hombre que vendía un periódico de mendigos y que cantaba todo el rato la misma cancioncilla: «Dos angelitos que vuelan y vuelan…». Buscó a su hija en Alexanderplatz, la buscó en el Mauerpark y luego en la Gleisdreieck, se recorrió toda la OranfenStraBe arriba y abajo, y al final la buscó en el Wrangelkiez, en Kreuzberg.

—¿Cómo se ha hecho eso? —preguntó el médico en el hospital, aunque Tomasz no entendió la pregunta y Agnieszka estaba en el pasillo de Urgencias. —¿Cómo se lo ha hecho?

—Accidente —dijo Tomasz.

—Tienes que quedarte ingresado en el hospital.

—No —dijo Tomasz—, No me puedo quedar aquí. Tengo que irme a Polonia. Con mi mujer.

Agnieszka esperaba en el pasillo del hospital, pintado de un verde pálido.

Una mujer mayor se le acercó y se quedó plantada delante, mirándola.

—Qué mona eres, niña.

—¿Disculpe?

—Con lo que me ha pasado…

—¿Sí? ¿Qué le ha pasado?

—Tres caballos. —La mujer dio dos pasos, se detuvo y se volvió hacia Agnieszka—. Y tres hombres.

—¿Tres hombres?

—Tenía yo veintidós años cuando se acabó la guerra. Tiraron el piano por la ventana. Y a los caballos les dispararon.

—¿Y qué pasó con los hombres?

—Nada, buenas noches y hasta otra.

—Hasta otra.

La madre de la chica esperaba en la comisaría de policía de BrunnenStraBe esquina con InvalidenStraBe. Siempre había aborrecido ese edificio desde fuera y, ahora que estaba sentada dentro, pensó que aquel interior era la otra cara de un pellejo recién arrancado, como si le hubiesen dado la vuelta al pellejo del edificio, y además olía igual.

—¿Tienen animales aquí? —preguntó. El policía no le dijo nada—. Tendrán perros por lo menos, ¿no? —El policía no le dijo nada.

Al cabo de un rato, preguntó:

—¿Y ahora?

—Ahora —dijo el policía—, ahora…

Era como si se temiese esa pregunta, como si llevara tiempo preparándose para esa pregunta.

—Ahora hay que esperar.

La casa tenía tres habitaciones. Abajo, un salón y un dormitorio; y en el primer piso, una habitación. En tiempos había pertenecido a una finca. Era una de las casas de trabajadores del recinto. Después de la guerra, el edificio principal se había convertido en un orfanato y ahora llevaba años en venta, Se estaba viniendo abajo. Los padres de la chica, los artistas de Berlín, habían comprado la antigua escuela con la casa del maestro del pueblo. Estaba enfrente de las viviendas de los trabajadores, al otro lado del estanque.

La mujer, ya de niña, había vivido en aquella casa y, más tarde, tras la muerte de sus padres, volvió a instalarse allí con su marido y el chico.

La mujer se pasaba casi todo el día sentada en la cocina, mirando por la ventana. A veces miraba por el otro lado, al estanque del pueblo. La madre de la chica se había marchado el día anterior, ya tarde, de noche, el día que detuvieron a los muchachos en la estación. Había oído su coche.

La radio estaba encendida. La televisión estaba encendida. La mujer estaba sola. Siempre se había preguntado cómo se le podía ocurrir a alguien comprar una antigua escuela. ¿Acaso se podía hacer eso?

Había tenido tarde a su hijo. Tenía cincuenta y pocos, sólo un par más que la madre de la chica, pero ella aparentaba más años.

Nunca habían hablado. Era como si fueran incapaces de comunicarse. La cosa no fluía, incluso al menor intento de entablar conversación se habían producido malentendidos, Cuando había mildiú o pulgón, O cuando necesitaba algo de la ciudad y no podía ir a comprar, ya que no tenía coche.

La madre del chico no se lo explicaba, no sabía a santo de qué no se entendían, pero así eran las cosas.

Estaba sentada junto al teléfono. Desde que su marido se había ido a Berlín no la había vuelto a llamar. Ella sabía perfectamente lo que eso significaba. Aunque podría haber llamado a casa de su cuñado, no lo hizo, para qué, no tenía sentido.

Desde lo de la estación de trenes de mercancías de la noche anterior no había vuelto a tener noticias ni de los niños ni de la

policía. Los niños. Siempre le había caído bien la chica. La mujer la llamaba «mi rayo de sol».

La madre de la chica no se había despedido al marcharse la noche anterior. No había dicho nada.

La radio estaba encendida. En la radio decían que sólo querían atrapar al lobo, pero que, si no quedaba más remedio, habría que dispararle.

Decían que, no hacía mucho, aun había lobos que caminaban miles de kilómetros para fundar una nueva manada. Hasta Rusia se habían ido algunos.

Decían que había algo raro en la historia de ese lobo, que los lobos suelen evitar a la gente, las ciudades. Al contrario que los zorros, por ejemplo. Zorros en Berlín, esa sí que no se la sabía ella.

En la mesa de la cocina estaba el número de teléfono de la otra madre; lo tenía desde hacía un par de años, aunque tampoco sabía qué decirle. O qué pregunta ríe.

Música.

Debate, Se descartaba la rabia. No, no se había descartado la rabia. La rabia se había descartado definitivamente. ¿Cómo se podía descartar definitivamente?

Igual no era un lobo, sino un perro. Sí, sí que era un lobo, las huellas no dejaban lugar a dudas. El lobo trotaba, el perro no; qué quería decir eso, cómo se iba a imaginar eso. Apagó la radio. El silencio de la casa, el del pueblo. Los graznidos de los pájaros de invierno. La madre del chico volvió a encender la radio.

—Voy a encontrarlo. —Charly abrió los ojos como platos.

—Charly…

—Lo voy a encontrar, Jacky, lo voy a encontrar otra vez, ayer ya lo encontré, sé dónde lo voy a encontrar y hoy también lo voy a encontrar.

—¿Por qué quieres encontrarlo, Charly? Déjalo, anda.

Se quedó mirándola.

—No —dijo él—. No.

Charly había colgado un mapa de la ciudad en el quiosco y en dicho mapa había marcado cada punto donde se había avistado el lobo o donde supuestamente se lo había visto.

—Lo voy a encontrar.

El lobo se había alejado de Marzahn y había avanzado en dirección a Wedding; lo habían visto por la noche, cerca del Bósebrücke; en los fosos del S-Bahn, un nutrido grupo de pasajeros había hecho fotos del lobo al atardecer, aunque en las fotos no se veía casi nada. La cosa era cómo había ido desde Marzahn a Wedding. En las noticias decían que alguien había visto las huellas del lobo en el extremo norte del Mauerpark la pasada noche, cerca de la granja escuela. Luego decían que lo habían visto en Hasenheide, en Kreuzberg y en la pista del aeropuerto de Tempelhof, pero eso era imposible. Seguro que eran perros.

El mapa que estaba colgado en la pared del quiosco estaba lleno de marcas, con alfileres, cuerdas y cada hora había más, Charly intentaba distinguir un patrón en los movimientos del lobo, eso sí, de patrón, nada.

—¿Y usando cebo?

Aquella idea se le ocurrió a un cliente, a un hombre mayor; los pescadores lo llamamos «cebar».

—Un cebo.

Charly abrió los ojos como platos.

—Pero ¿un cebo sin anzuelo?

Charly había empezado a indagar. Les preguntaba a los clientes habituales que pasaban por la tienda si conocían a alguien que tuviese un arma. Algunos le dijeron que preguntarían a ver, y al poco, ciertamente, uno de los clientes volvió y le dio a Charly el teléfono de un hombre de Hobrechtsfelde, un pueblo a un par de kilómetros de Berlín, que daba la casualidad de que en ese momento tenía una pistola a la venta.

A mediodía, la madre de la chica había vuelto al piso en el que había vivido de joven con su amiga, el piso del Gleimtunnel.

Estaba apoyada en la ventana, mirando hacia la granja escuela. Su amiga, que estaba abajo entre la nieve medio derretida con dos

cabras, levantó la cabeza y la saludó. Ella le devolvió el saludo. Se quedó pensando en si bajar o no, pero se quedó en casa. No se movió de la ventana y vio a su amiga hablar con das niñas que llevaban abrigos de colores.

Pensó en su casa del pueblo. Pensó en una obra de madera que se estaba pudriendo poco a poco en el jardín, un avión. La cría había jugado mucho con ella. Ese recuerdo le dolía, le dolía más que todas las demás cosas que habían pasado. Se quedó junto a la ventana y se mordió los padrastros del dedo.

Sonó el teléfono. Estaba al lado de la mujer, en la mesa de la cocina. Era el exmarido de su hermana, que ahora vivía en Braunschweig, el autobusero. El autobusero se detenía todos los días a las seis y media en la parada de autobús: paraba, puerta abierta, aunque ese día nadie se subió y nadie se bajó, puerta cerrada. Seguimos. Le preguntó a la mujer cómo estaba. Bueno, tirando, le dijo ella. Así es la vida en el campo.

La puerta estaba abierta, o bien no había ya timbre, o bien nunca lo había habido. Subió por las escaleras, viejas, oscuras, sin luz. En las puertas había pegatinas raídas.

El parqué. El largo pasillo, los techos altos, a cinco metros, la estancia. Doscientos cincuenta metros cuadrados, una habitación grande. Alta como una torre, una antigua estufa de cerámica que tendría ciento cincuenta años o incluso más. Un agujero en una pared. A la casa la habían llamado el Palacio de Papel. Lo mejor de todo es que no pagaba alquiler, el piso era suyo. Su padre, que decían que había sido nazi, poseía varias fábricas de papel y había comprado el piso para regalárselo a su hija por su dieciocho cumpleaños: doscientos cincuenta metros cuadrados con vistas al río, al Spree, que los cumplas muy feliz. Habían vivido seis personas en aquella casa, a veces incluso diez o quince; la gente entraba y salía, Igual ni los conocía, pero pasaba noches charlando, bebiendo y fumando en su compañía; luego desaparecían igual que habían llegado, nunca los volvía a ver, y un día uno saltó por la ventana porque pensaba que podía volar. Setas. Ahora vivía allí sola.

Él llamó a la puerta y ella le abrió, hacía treinta y cinco años que no se veían, se echó a reír y exclamó:

—¡La virgen!

No lo invitó a pasar, se recorrió el pasillo de arriba abajo, dando brincos y sin dejar de decir la virgen, la virgen, la virgen. Luego se volvió hacia él y le dijo: Ay, mierda, ay, mierda, aún te debo dinero, y se volvió a echar a reír, Iba vestida como una cría. Pese a que habían transcurrido treinta y cinco años, hizo como si no hubieran pasado ni dos días. Casi mejor así, pensó él. Y a continuación ella le dijo: ¿Por qué vas así vestido? Y, como no obtuvo respuesta, le dijo: A veces leo cosas sobre ti en el periódico. Siempre supe que llegarías lejos. Entonces le preguntó: Dime, ¿qué pasa?

Y él le dijo: Mi hija se ha fugado. Ella dio una palmada al aire y él se quedó pensando si era un gesto en serio o no, y ella le dijo: Pero si eso nosotros también lo hicimos, lo mismito.

—Pero no en Invierno —dijo él.

A final de la tarde, la chica empezó a trabajar en el bar pintado de negro de la Schonhauser Allee. Empezaba a las siete y acababa a las cinco de la mañana. El chico se sentó en un rincón del local mirándola mientras trabajaba. A la una y media apareció el chileno, se colocó detrás de la barra y rodeó con los brazos a las dos camareras.

A las cinco cerraron el chiringuito. Volvieron caminando los cuatro, bajo la nieve, al enorme piso del sótano del chileno y se sentaron alrededor de la mesa, como la noche anterior, y se pusieron a fumar.

El chileno, de vez en cuando, sobaba a las camareras y también a la chica, fugazmente, como por accidente. Habló de su ciudad de origen, Valparaíso. Les habló de la selva chilena, de los Andes. Les dijo que se había pasado diez años en alta mar. Les señaló en un mapamundi todos los sitios en los que había estado. La mayor parte del tiempo que había pasado navegando lo había pasado bajo la cubierta, en la sala de máquinas, y luego en el Líbano abandonó el barco, en el puerto de Beirut.

—Desde entonces no he vuelto a pisar una embarcación.

—¿A cuánta gente le has contado esta historia? —le preguntó el chico.

—Las historias, historias son. —El chileno hizo una breve pausa —. Si no te caigo bien, no tienes por qué quedarte —le dijo el chileno riéndose—. Te puedes quedar, pero obligación, ninguna.

—A ti qué te pasa —le preguntó la chica después, antes de dormir.

—Que no me creo ni una palabra de lo que dice —respondió el chico.

Charly llamó al hombre de la pistola. A la mañana siguiente se acercó a su casa. Viernes por la mañana, un hermoso día de invernó, cielo azul y mucho frío.

La casa del hombre era fácil de encontrar. Hobrechtsfelde no tenía más que un par de casas y un par de bloques de estilo soviético que estaban deshabitados. El hombre que le abrió la puerta tenía setenta y muchos u ochenta y pocos. Estaba muy delgado. Le enseñó el arma.

—Los rusos tenían pistolas de este estilo. Luego ya fue la Makarov, pero en la guerra usaban ésta, la Tokarev. La TT-33.

—¿Y cómo ha llegado a sus manos? — le preguntó Charly.

—¿Quiere probarla?

El hombre flaco salió con Charly al patio trasero de la casa.

—¿Ha estado antes por aquí? ¿Sabe lo que es eso? —le dijo. Señaló hacia el prado que había detrás de la casa—. Esto eran los antiguos terrenos de las depuradoras. Durante más de cien años, las aguas residuales de la ciudad se filtraban aquí. Yo llevo viviendo aquí desde hace sesenta años. Está todo contaminado. Todo este terreno está absolutamente contaminado.

Le enseñó a Charly cómo funcionaba la mecánica de la pistola.

—Pruébela. ¿Ha disparado alguna vez una pistola? Mejor si la sujeta con ambas manos.

Bauhaus. No le gustaba la mansión. No le gustaba la zona, no le gustaba la calma. Ni la calle. Ni la nieve acumulada bajo los árboles.

Eran las seis y algo.

Cuando el padre de la chica entró en la cocina, su mujer le dijo que la limpiadora no había ido.

Las únicas dos cosas que le gustaban de la casa eran la cocina y el jardín de rocalla que había montado la mujer con la que llevaba trece añas, la mujer que vino después de la madre de la chica. Amaba a su mujer.

La casa era de él, pero la sentía ajena, nunca había sido su casa. Algo no le cuadraba, algo estaba mal.

El hombre asintió y no dijo nada más. Se bebió un café y se imaginó que las ventanas se caían de las paredes de la cocina.

El padre de la chica se había pasado casi toda la noche en vela, inquieto por su hija. Lo atormentaba la preocupación, se preguntaba cómo podía seguir respirando a pesar de todo. La pasada noche se lo había preguntado a su mujer; por un momento, ciertamente, había dejado de respirar, o al menos creía que había dejado de respirar, entonces su mujer lo abrazó y al final se quedó dormido. Al cabo de tres horas, se despertó y supo que todo iba mal, Que todo Iba mal desde hacía años, lo entendió de repente, pero era cierto que también había cosas que iban bien. Todo iba mal menos su mujer y su hija.

Se acordó de una conversación que había tenido con la limpiadora, con la chica, como tenía por costumbre llamar a Agnieszka, que esa mañana, sin preaviso, no había ido a trabajar.

—¿Tú alguna vez tienes miedo? —le había preguntado a la joven —. ¿Hay algo que te dé miedo?

—No, no tengo miedo, Nada puede conmigo.

—Cómo que no —le había dicho el hombre—, a veces hay cosas que te dan miedo.

—Sí —dijo ella—, a veces tengo miedo.

—Lo ves… Y yo también —dijo él.

—Sí, sí —había dicho la joven polaca entre risas—, claro que sí.

A mediodía, cuando la chica se despertó, el chico ya no estaba. No había nadie. Se metió en la bañera. El chico no volvía. Se quedó esperando.

Encendió la tele, que era enorme, y se puso a ver una peli de dibujos animados. A las seis seguía sin aparecer nadie por allí. Apagó la tele y se paseó por la casa. Buscó un teléfono, pero no encontró ninguno.

Salió de casa y llegó al trabajo media hora antes con la esperanza de encontrarse allí al chico esperándola, pero no estaba allí.

—¿Y ahora qué? —preguntó la amiga de la madre de la chica.

—Eso, ahora qué —dijo la madre. Era media tarde ya—. No lo sé.

Tabaco. Periódicos viejos. Las vistas desde la ventana.

En su día se les ocurrió hacer una foto cada hora de las vistas hacia el Oeste para ver cómo cambiaba todo ante sus ojos, lo misma que desapareció ante sus ojos el muro, aunque la idea tampoco es que fuera muy original y lo dejaron. La madre de la chica todavía se acordaba de aquello, su amiga quizá ya no. Igual estaría bien hacer una foto desde la ventana cada hora, pensó la madre de la chica, pero no dijo nada.

El chico se fue a buscar a Icke. Cogió el metro hasta Kreuzberg. Había estado con su amigo en Kreuzberg, en el Wrangelkiez y en el parque Górlitzer. El verano pasado habían comprado hierba en aquel parque. A mediodía se habían puesto a beber cerveza y luego se tumbaron a tomar el sol.

Ahora, cubierto de nieve, estaba vacío. El chico caminaba a buen paso por Kreuzberg, como si fuera con prisa, aunque no había nada que lo empujase a ir a ese ritmo. Sabía que no Iba a encontrar a Icke.

En la Oranienstrabe vio al chileno en la acera de enfrente. El chileno estaba delante de una peluquería turca, hablando con un hombre. Vio al chico. Lo saludó de buen humor y acto seguido hizo un gesto como si lo estuviera apuntando con un arma y le disparase.

—¿No tienes casa o qué? Ven a casa, anda. —El chileno se echó a reír—. ¡Los niños no tienen que estar por la calle! ¿No te he

contado lo del lobo? Tienes que cuidar de tu amiga, si no vendrá el lobo y se la comerá. ¡Nos vemos!

El chileno se rio y retomó su conversación con el otro hombre.

El chico siguió su camino. Dieron las dos. Cruzó el canal y llegó a la Amerika-Gedenkblbliothek.

Tenía frío y no sabía qué se suponía que tenía que hacer, Entró en la biblioteca, Entró con la convicción de que no lo dejarían pasar, pero no fue así. Nadie le impidió el paso.

Deambuló entre las estanterías. Cogió libros al azar, los hojeó y los volvió a dejar. Al final sacó un libro ¡lustrado del Sáhara y se sentó a una de las mesas.

Un hombre barbudo y obeso con una larga melena gris estaba sentado enfrente, hojeando un libro con fotos de esculturas de acero, El chico echó un vistazo a la página que estaba mirando el hombre. Le recordó a un animal muerto, retorcido. El hombretón con el pelo largo y gris se percató de que el chico lo miraba y dijo:

—Venecia.

El chico se quedó hasta las cinco y media en la biblioteca, Después caminó hasta el metro, se bajó en Alexanderplatz. Allí, delante del enorme centro comercial, Icke y él habían mendigado el verano pasado para comprar cerveza.

Se acercó a una cabina y llamó a su madre.

—Hola, mamá.

—La TT-33 es buena, fiable, aunque hayan pasado todos estos años, pero usted no sabe disparar, No ha cogido un arma en su vida.

Charly sacó el dinero del bolsillo para pagarle el arma; sin embargo, el hombre no lo cogió.

Le dijo que no quería darle la pistola.

—No se la pienso vender.

—¿Qué?

—He cambiado de opinión.

Estaban los dos en el campa helado.

El hombre envolvió la pistola en un trapo amarillo y dio media vuelta.

Charly fue detrás de él.

—Le pago lo que me pida.

—Lo sé —dijo el hombre—, pero he cambiado de idea.

Charly se quedó parado en el campo de nieve.

—No me hace gracia —dijo el viejo—, no me hace ninguna gracia.

El chico oyó la voz de su madre al teléfono y pensó en el estanque, en el laguito del pueblo. Pensó en la valla, en los tres peldaños de hormigón deteriorados de la puerta de la casita en la que se había criado. Pensó en la ventanita que había al lado de la puerta por la que entraba algo de luz al oscuro pasillo.

En Alexanderplatz cogió el metro que subía por Prenzlauer Allee.

Su madre se había echado a llorar al teléfono. Lloró porque la había llamado, porque se había preocupado mucho, pero mamá, y ella llora que te llora porque hacía dos días que no sabía nada de su marido.

—¿Y eso? ¿No estaba en la clínica?

—Ya no está en la clínica, no sé dónde está.

El chico cruzó la Helmholtzplatz. En la plaza, a pesar de la nieve y de que ya estaba oscuro, había un par de personas con botellines de cerveza alrededor de una mesa de *ping-pong* de hormigón, Icke no estaba entre ellas. Aquí también habían estado en verano.

Les preguntó por Icke a los que estaban jugando a *ping-pong*, y un hombre con una erupción en la cara le dijo ah, Icke. Pues ni idea, Nadie lo ha visto. Creo que está muerto.

—¿Cómo que muerto? —dijo el otro borracho—. No lo puedes dar por muerto así como así.

—Te digo yo que está muerto.

—Que no está muerto, que igual se ha largado y ya está. Si tú te pudieras largar, también te largarías de aquí.

—Quién dice que estoy aquí, ¿eh?

El chico quería volver al antiguo piso de Icke, por si le daba por pasarse. Quería dejarle un mensaje por si regresaba, aunque sabía

que sólo quedaban los muros exteriores de la casa y que Icke nunca viviría allí de nuevo. Cruzó la plaza y cogió la Lychener StraBe.

La puerta del bar se abrió de golpe, dos hombres sacaron a empujones a un tercero, un hombre mayor, por los peldaños de la puerta de la entrada. El hombre trastabilló, se cayó en la nieve y se quedó tumbado delante del chico. Aquel hombre en la nieve era el padre del chico.

El padre de la chica condujo por la ciudad, como el día anterior, buscando a su hija. Al caer la noche no volvió a casa, sino que se encaminó al atelier. Metió el coche, grande y viejo, por el patio de la antigua fábrica de cerveza, se bajó y abrió la pesada puerta de hierro del taller. Encendió los focos y el radiador eléctrico, y se puso a dibujar. Intentó dibujar la cara de su hija, pero no le salló, Dibujaba y dibujaba en grandes hojas de papel barato, como hacía de costumbre, ése era el primer paso —y el más difícil—, la base, pero los dibujos, los esbozos no le salían y sabia el porqué: tenía miedo. Aunque trataba de dibujar el miedo, de trazarlo, al mismo tiempo se le antojaba penoso, y entonces comprendió que no había nada que pudiese hacer. Se sentó en una silla alta que su mujer —su nueva mujer— se había encontrado un día por la calle. Allí sentado, en medio del taller, bebió un poco. En el suelo, los papeles de los esbozos fallidos; enfrente, la descomunal estructura en la que estaba trabajando, el esqueleto de un cachalote de acero a escala 1:1, un trabajo de filigrana que, al mismo tiempo, pesaba toneladas.

El esqueleto no lo habían hecho con molde, sino que él, su mujer y la ayudante le habían dado forma, lo habían ido modificando y simplificando. Un animal varado que amenazaba con desmoronarse bajo su propio peso.

La nevera estaba vacía. Su amiga no estaba. La madre de la chica se fue a comprar. Bajó por las escaleras del edificio. Ya no vivía mucha gente de la de antes. Un dentista del Oeste había prosperado después de la Reunificación y ahora era el dueño del edificio. Intentaba subir los alquileres, pero la cosa era más compleja de lo que él pensaba. Sin embargo, cuando alguien se iba de uno de los

pisos o se le desahuciaba o se moría, aprovechaba entonces para reformar el piso, poner suelo nuevo, cocina nueva, ventanas nuevas y en ese momento subía el alquiler. Los inquilinos de toda la vida lo llamaban «el Genuino»; los nuevos, «doctor Nolte».

La madre de la chica subió por la Schwedter Strafie hasta el supermercado barato que había al final de la calle. Recorrió los pasillos del súper, tenía hambre. Compró queso en lonchas, un blíster de jamón york, atún en lata y ensalada de arenque al tiempo que se decía: esto es basura.

Se quedó pensando en cuánto pescado habría en lo que iba a comprar, que el pescado del envase ya no era pescado, sino una máquina o una parte de una máquina o de una fábrica; entonces se le ocurrió una idea para una escultura o para un objeto en el que el pescado se convirtiese en máquina, y entonces, de repente, entendió qué era lo que había atisbado vagamente en el atelier mientras estaba en el patio hablando con su exmarído, el padre de su hija: el esqueleto de acero de un animal, de una ballena.

Se le había ocurrido una idea similar, los huesos de metal; pero él había sido más rápido. ¿No habría tenido esa idea —se preguntó— por ver la escultura sin haber entendido lo que había visto? Compró dos botellas de champán, como antaño hacía con su marido.

Es lo único que vale la pena comprar ahí, solía decirle su marido.

Compró pan y vino, y pensó que tampoco es que hubiera nada que celebrar, ni mucho menos, y que para qué compraba champán, ¿acaso era la desaparición de su hija un motivo de celebración?, no, claro que no, pensó; por un momento le entró angustia, saliva caliente; aun así, dejó las dos botellas en el carrito de la compra. Se puso a hablar sola sin darse cuenta, dijo dos veces: Mierda, mierda.

Siempre hay algo que celebrar, decía siempre el padre de la chica.

—Hola, jovencita —dijo el cajero, un hombre de su edad, de cuarenta y largos, quizá era el encargado, pensó ella. Jovencita, así hablan en Berlín, así se dirigen a la gente en Berlín. Jovencita y jovencito, da igual la edad que tengas. Sonrió, hacía mucho que no la llamaban jovencita. Su mirada se cruzó con la del cajero, y él la

miró ilusionado; entonces se dio cuenta de que le sonaba de algo, pero no sabía de qué. Rebuscó en su memoria a ver si le venía la cara, el nombre o un sitio. El cajero se rio—. En casa de Karina, Christburger StraBe, primero en el piso y luego en la azotea, Nochevieja, había vino espumoso. NI treinta años han pasado.

La madre de la chica se quedó callada un instante. Acto seguido dijo:

—Bilbao.

En el pasillo de aquel piso había un mapamundi colgado.

—Quiero Ir a Bilbao. Quiera Ir a Marrakech, quiero ir a Lampedusa, a Toulouse, a Chania —eso le había dicho de joven el hombre en aquella fiesta de la Christburger StraBe, Prenzlauer Berg, Berlín, capital de la República Democrática Alemana—, Bilbao, Marrakech, Toulouse…

—Podría ser un poema —le dijo ella aquel día.

—Es que es un poema —le contestó él.

No se conocían y después tampoco se volvieron a ver.

En aquella época pensaban que la frontera nunca se abriría. Acababan de cumplir los veinte, pensaban que nunca saldrían de la RDA.

Le habría gustado ver al lobo con sus propios ojos, al menos una vez. En vez de eso, hablaba con gente que decía haber visto al lobo: habló con el dueño del quiosco, habló con uno de los pasajeros que lo había visto desde el tren y habló también con una mujer de Vorkutá llamada Olga.

Era gente que había llamado al periódico y que quería contar su historia, querían contar que habían visto al lobo y entonces el periódico enviaba a la becaria a hablar con ellos.

Olga, la mujer de Vorkutá, le dijo que había sido a media mañana en WeiBensee, o entre WeiBensee y Marzahn, y que allí había visto al lobo, en un aparcamiento.

—En Vorkutá decimos que la cigüeña trae a los niños y que el lobo se los lleva, y entonces va y veo un lobo de verdad por la mañana, un lobo, ¿sabe usted? Casi me muero del susto, ¿cómo

puede ser? Un lobo por la calle, aquí, en pleno Berlín, pero de verdad que lo vi, lo vi y luego pensé en Vladic y en Mila.

—¿Quién es Vladic? —preguntó la joven turca mientras anotaba los nombres, llevaba una libreta y una grabadora—. ¿Y quién es Mila?

Vladic tenía seis semanas y su madre, Miljena, o Mila, se había puesto muy enferma después del parto, pera la mujer de Vorkutá no quería decirle lo que tenía la madre de la criatura, hablaba en términos vagos.

—Está tan malita, no puede ni coger una cuchara.

Olga se ocupaba de la familia, que era de Rusia, como ella. El padre de la criatura no los podía cuidar porque trabajaba, había encontrado su primer empleo, de instalador de calefacciones. Ese invierno se estropeaba la calefacción en todas partes, así que el marido de la mujer enferma y padre del recién nacido se pasaba día y noche yendo de una punta a otra de la ciudad. La mujer se quedaba sola con el niño, y Olga la ayudaba.

—La cigüeña trae a los niños, pero el lobo se los lleva, pensé, y entonces pensé, ay, que no le haya pasado nada a Vladic, espero que no le haya pasado nada.

A continuación, la mujer le explicó que salió corriendo hacia el piso de la familia.

—En mi vida había corrido yo así, nunca, subí las escaleras como alma que lleva el diablo, tampoco es que la casa estuviera muy lejos, también viven en WeiBensee, y en el bajo creo que hay un burdel, de verdad se lo digo, y entonces abrí la puerta de casa, que tengo llave, ¿sabe? Y allí no se oía ni una mosca. Ni una mosca.

La mujer de Vorkutá hizo una pausa.

—¿Usted sabe el frío que hace en Vorkutá en invierno? Menos cuarenta. Menos cuarenta grados. En invernó los lobos se acercan mucho a las casas. Mucho. Muchísimo.

La mujer hizo un gesto con dos dedos.

—Bueno, no se oía ni una mosca y entonces…

En ese momento, miró a los ojos a la joven turca y volvió a hacer una pausa.

—Y entonces veo al crio en el suelo. Vladic estaba en el suelo y Mila en el balcón. Así que levanté al niño de suelo y le dije a Mila: Milotschka, anda, métete en casa que hace frío, qué haces ahí fuera y… Fue un milagro —dijo la mujer de Vorkutá, en la linde de los Urales, Rusia—, Un milagro… el lobo no se llevó al niño, lo ha salvado, y a la madre también.

—Pues sí, un milagro —dijo la turca, que no se creyó ni una palabra de aquello, aunque un par de horas después redactó la historia de todos modos, pues una historia es una historia, y luego escribió también la del hombre que había visto el lobo cerca de los contenedores de un supermercado y la historia de un niño de los jardincitos de la colonia de Bornholm.

En un primer momento, el chico no reconoció a su padre. El padre del chico iba como una cuba. Tenía la cara ensangrentada. La entrepierna estaba mojada. Quizá se había tirado la cerveza por encima, o quizá alguien le había tirado una cerveza encima, o quizá se había meado en los pantalones. Estaba tumbado boca arriba en la nieve, desvalido. Ni siquiera Intentaba levantarse. Mechones entrecanos y finos le atravesaban la cara ensangrentada, El chico y su padre se miraron sin decirse nada, Ambos tenían la misma cara plana, la misma cabeza grande y cuadrada.

La última vez que había visto a su padre había sido hacía más de dos semanas, antes de que se diera un trompazo en la estación de Beeskow y se cayese a las vías, El chico no estaba seguro de si su padre lo había reconocido. No lo ayudó ni se acercó a él. Se limitó a quedarse mirándolo y luego siguió su camino.

—Micha —gritó el padre del chico—, Micha, ayúdame, que solo no puedo.

El hombre balbuceaba en el suelo. El chico siguió caminando.

—¿Dónde está la chica? —gritó el hombre a su espalda—. Os he buscado, Salí detrás de vosotros. Atravesé todo el bosque. Y después encontré un cadáver.

El padre del chico apenas podía tenerse en pie. El chico le hacía de apoyo lo mejor que podía, pero avanzaban lentísimo. El padre del

chico apestaba.

—¿Adónde vamos? —preguntó el hombre. Se tropezó dos veces, el chico no siempre podía aguantar su peso—. ¿Te has enterado de lo del lobo, Micha, te has enterado de eso?

Bajaron por Schonhauser Allee hasta llegar al bar. La chica estaba detrás de la barra. No había mucha gente en el local, El padre del chico se agarró con fuerza a la barra.

—Estaba tirado en la calle —dijo el chico.

—¿Dónde estabas? —preguntó ella.

—Estaba buscando a Icke.

—¿Y bien?

—No lo he encontrado.

La chica se quedó mirándolo fijamente.

—¿Y ahora qué?

El padre del chico empezó a farfullar algo.

—Se tiene que largar de aquí —dijo ella.

—Sí —dijo él—. Ahora me lo llevo.

—¿Adonde? —preguntó ella.

—A casa —dijo él.

—¿Te vuelves?

—Si lo dejo donde estaba, en la nieve, y se queda ahí tumbado, se muere. —Se va a morir de todas maneras —dijo la chica.

—¿Adónde irías tú? —le preguntó el día anterior, en el piso enorme donde un día habían vivido juntos.

—¿Con este frío? A una cafetería, a un bar que no cerrase nunca. O a una biblioteca.

Antaño a aquel pisa lo llamaban el Palacio de Papel, y el Palacio de Papel estaba en un bosque de piedras o en un bosque petrificado. El padre de la chica estaba junto a la ventana y miraba hacia el río; al otro lado del río, antaño, estaba la frontera. Antaño habían llamado al río de muchas maneras: «la Divisoria», «la Grieta», «la Raja», «el Chocho», «el Cono», y de ahí salió el siguiente nombre, el nombre del muro que rodeaba Berlín-Oeste o

Berlín (Oeste) como si fuera un anillo, antaño, en el Palacio de Papel se empezó a llamar primero «el Anillo» y de ahí «el Condón» o «la Funda», y finalmente se quedó con «la Colcha». Así, a partir de entonces, Berlín Oeste a veces no era un «bosque de piedra», sino la «Celda Acolchada», o también «el Reservorio», y al final se quedó como «la Reserva».

—Llévame a casa de mi hermano —dijo el padre del chico cuando volvieran a salir a la calle del bar pintado de negro en el que trabajaba la chica—. No quiero volver a casa.

Caminaron un tramo calle abajo, El chico sujetaba al padre, El padre volvió a decirle:

—No quiero volver.

Se cayó al suelo.

El chico lo ayudó a levantarse.

—¡No quiero volver! —El padre del chico estaba empezando a hablar muy alto. Gritaba, Se soltó y empezó a correr tambaleándose en la oscuridad, por la carretera.

El chico salió corriendo detrás. No vio el coche, no lo oyó.

Salió volando por encima del parabrisas del coche y se quedó tirado en la carretera.

—¡Que no quiero volver! —chillaba el hombre desde el otro lado de la calle—: ¿Dónde estás?

No vio al chico.

El chico se volvió a poner de pie enseguida o, más bien, en cuanto pudo. Había rodado por encima del coche y había caído al suelo, pero se puso de pie en el acto. Se inspeccionó: podía moverse, las piernas, los brazos, la cabeza; entonces le fallaron las rodillas y le entró angustia. Se sentó en la acera. Quería decir algo, gritar algo, pero no le salía nada.

Lo llevaron al hospital, al Charité, directo a Urgencias, LuisenStraBe, Berlín-Mitte.

En el coche Iba una pareja joven; él era asesor fiscal, trabajaba de contable. Conducía él, iban camino a casa de los padres de ella, a

un cumpleaños y llegaban tarde. El chico apareció de la nada en medio de la carretera.

No esperaron a que llegase una ambulancia, metieron al chico en el asiento trasero y arrancaron; no me duele nada, quería decirles el chico, pero seguía mudo. Tenía frío. Le sangraba la cabeza, en un primer momento no se había dado cuenta. La radio del coche estaba encendida.

—¿Estás bien? —le preguntaba una y otra vez la mujer—. ¿Estás bien?

Primeros auxilios, dijeron más tarde. Estaba tirado en la carretera.

Un par de horas después estaba tumbado en una habitación oscura de cuatro camas en la parte alta de la ciudad, en observación, como decían allí. Desde la ventana se veían, en la oscuridad, los trenes pasar y un río. La luna brillaba.

Le dolían las caderas, las costillas, los hombros, las nalgas, la herida abierta en la que le habían dado cuatro puntos.

Ha tenido suerte, había dicho la auxiliar del turno de noche, pero el chico, que había recuperado el habla, sólo hablaba de su padre y de una chica, dónde estaba su padre, dónde estaba la chica, Elisabeth.

Le enchufaron un gotero y, a partir de ese momento, durmió una noche y un día entero y también la noche siguiente.

A menudo comía demasiado. Podía estar mucho tiempo sin comer, un día entero, incluso más, podía acostarse hambriento y levantarse hambriento y empezar con el día, como en la época en la que aún tenía algo que hacer con su día; pero cuando empezaba a comer, sobre todo cuando se sentaba a mesa puesta, como en casa de una de sus antiguas compañeras, en alguna quedada con mucha gente, antiguos conocidos del trabajo, antes amigos, entonces no podía parar; y cuando quitaban la mesa, él aún seguía comiendo y la gente se reía de él, y él a veces se reía de sí misma y, entonces, llegado el momento, veía cómo se llevaban el plato a la cocina. Bebía mucho, pero no tanto como su hermano, pobre diablo.

Hacía tiempo que se había marchado del pueblo. Había estudiado para ser electricista y encontró trabajo en un teatro de Berlín como técnico de iluminación. Vivía solo, en la DunckerStraBe de Prenzlauer Berg, Berlín. Pelo largo. Sin novia. Se casó una vez y se divorció.

Debajo de su casa antes hubo un bar, pero hacía tiempo que lo habían cerrado y ahora había una tienda de ropa infantil.

Era buen ajedrecista.

Siempre lo sabía todo, siempre había sido de esos que lo sabían todo, que todo lo había leído: siempre había sido de esos que están dispuestos a cambiarlo todo y que, sin embargo, no cambian nada en su vida. Le caía bien a la gente del bar, o sabían manejarlo, aunque fuese de los que siempre tenía que tener la última palabra, pero en el bar, todos tenían que decir la última palabra, por eso, al final de la noche, el garito estaba siempre tan silencioso.

A la gente del trabajo no les caía bien, nunca les había caído bien. En la cantina, los técnicos de Iluminación y los tramoyistas comían en mesas separadas, y en otra se sentaban los artistas, los directores, los actores. Eran mundos separados, Los actores se quedaban un par de años; los directores cambiaban, algunos eran majos, muchos eran dados a gritar, y todos tenían miedo, eso lo veía él a la legua: él lo veía todo, lo sabía todo, aunque nadie le hubiese preguntado.

Se alegró de ver a su hermano. Bebieron. Bebieron mucho, de noche incluso se acercaron a un quiosco y, a la mañana siguiente, cuando se despertaron, siguieron con lo mismo, bebieron y bebieron, no dejaba de ser un día especial, y entonces su hermano desapareció mientras él le explicaba algo a alguien en un bar. Se fue a casa. El hermano no volvió; pensó, pues así son las cosas, Pensó que su hermano se habría vuelto a casa, De vuelta al pueblo. Ha estado bien. Hasta la próxima.

El padre del chico, al otro lado de la acera, vociferaba: «No quiero volver». Después gritó: «¿Dónde estás?». Y, como no veía al chico, se marchó.

Más que caminar, trastabillaba, y eso le tocaba las narices; se enderezaba, respiraba hondo y trataba de recuperar el control de su

cuerpo y el equilibrio. Quería volver a casa de su hermano, a la DunckerStraBe, pero echó a andar hacia la torre de televisión, hacia Alexanderplatz. Al cabo de un par de minutos se dio cuenta de su error; el error tenía solución rápida, pero se le olvidó tan rápido como se le había ocurrido; otra vez estaban el médico con las botas de vaquero y el muerto en el bosque; y allí estaba él, en una rampa para peatones en la MünzstraBe, y caerse, allí mismo, caerse apoyado en el semáforo, eso le tocaba las narices y al enfadarse se iba encontrando mejor; vio la torre delante de él, la aparición de su hijo le pareció tan evidente como su marcha, y entonces dejó de darle vueltas al asunto, ya pensaría en eso al día siguiente, decidió, qué prisa había; y allí estaba, en la oscuridad de Alexanderplatz delante de los escaparates iluminados del centro comercial: echó un vistazo hacia la luz, vio cómo las puertas del centro comercial se abrían y se cerraban, vio a toda la gente que pasaba por allí, intentó atenerse a un plan que nunca había existido, lo entendió en aquel momento y dejó de entenderlo en el mismo momento, pues enseguida se le ocurrió el siguiente plan y luego otro más. Había tanta oscuridad, tanta claridad.

Un teléfono. Un tranvía. Algo de beber. Se arrastró. Se arrastró hasta los escaparates del centro comercial por la nieve medio derretida; ésa era una parte del plan, que se desarrollaría como se habría desarrollado el plan de las vías si nadie se lo hubiese impedido, y ahora, ahora sólo se trataba de encontrar la entrada del centro comercial, que, en verdad, había tenido delante de sus narices.

El de seguridad vio cómo el hombre que se arrastraba intentaba ponerse de píe valiéndose de una puerta de vidrio cerrada y cómo el hombre que se arrastraba no comprendía la resistencia invisible que ésta le ofrecía. Ahora tenía la frente apoyada contra el vidrio de la puerta y miraba hacia la luz del interior y no veía nada o no parecía que reconociese nada, respiraba por la boca abierta; en eso se dio la vuelta, aún apoyado en la puerta, aún sirviéndose de la puerta, y se deslizó con la espalda apoyada, se hizo un ovillo y ya no se movió.

Un hombre y una mujer tocaban la gaita. Un tipo cargaba con un puesto de salchichas portátil y las vendía en la plaza, a unos metros.

El padre de la chica volvió a las tantas de la madrugada; su mujer se había quedado esperándolo, pero cuando por fin apareció por casa, apenas hablaron.

No podía dormir y puso la tele: se tragó una película bélica con una violencia explícita que le resultaba incomparable con nada que hubiese visto antes; luego se vio otra película, una comedia con actores que conocía un poco por encima o a los que había tratado en su día, antes de que hiciesen tele o cine.

Al cabo de un rato apagó la tele, o su mujer apagó la tele, y se quedó mirando fijamente al techo. Pensó que ambas películas ponían en duda todo lo que le había parecido lógico en su vida. Al final llegó a la pregunta decisiva: ¿Qué tiene sentido? ¿Acaso algo tiene sentido? Pensó que ambas películas escenificaban el final de todo sentido; y entonces se preguntó qué sentido tenía esculpir el esqueleto de una ballena de acero y la respuesta que halló fue que no tenía ningún sentido, salvo, quizá, que Inventaba algo y hacía algo que era diferente a lo que otra gente inventaba y hacía: películas bélicas y comedias.

Se quedó pensando en cuando la madre de su hija y él compraron la casa del maestro por una cifra irrisoria; en aquella época crearon algo o al menos lo habían intentado, y el invento no había tenido nada que ver ni con películas bélicas ni con comedlas; el Invento no había funcionado. Luego se quedó esperando a oscuras a que sonase el teléfono, pero no sonó.

Pensó en su padre, que murió a consecuencia de una herida de guerra, por una esquirla de metralla que no le pudieron sacar.

Cuando el chileno asomó por el bar al cabo de un par de horas, preguntó dónde estaba el chico. La chica se encogió de hombros.

—Se tenía que ir.

—¿Os habéis peleado? ¡No me gustan las peleas!

—No —dijo la chica—, no nos hemos peleado.

La chica aún tenía esperanzas de que volviese por la noche, pero no volvió.

El chileno se puso detrás de la barra y, por un instante, le puso la mano en las caderas.

Como la noche anterior, después de cerrar, al alba, volvieron al piso del sótano, Él había cogido una botella de tequila y la chica Iba algo borracha, Le dio dos caladas al porro que le pasó la camarera.

Unas horas más tarde se despertó en la cama del chileno, febril y con dolor de cabeza. Alguien le habla quitado la ropa.

Escribe la historia del dueño del quiosco que vio al lobo en Marzahn y no lo pudo fotografiar.

Escribe la historia del hombre del kebab cuyo tío había vuelto de las montañas con un lobo muerto a la espalda.

Una pareja mayar estaba sentada en un sofá del séptimo piso de una casa de la BehmStraBe. Son felices allí, hace años vinieron desde Transilvania, Rumania. Echan pestes de los vecinos, gente de Siria, Ghana y Turquía.

—¿De Turquía? —preguntó la joven—, Segura que son gente muy simpática.

La pareja estaba mirando por la ventaba y había visto un lobo, sí, un lobo en un extremo del campo de deportes.

—¿Está usted segura? —preguntó la beca ría—. También podía ser un perro.

Una mujer habla de un milagro, de una rusa que estaba en el balcón y quería saltar.

La joven turca se acerca a Zehlendorf, donde un hombre le cuenta una historia que le habían contado: sucedió en Silesia, mucho antes de la guerra. Una historia de granjas y coches de tiro de cuatro caballos y productos ahumados. Ella toma notas y luego comprueba los términos en un diccionario.

Por teléfono, investiga sobre el cazador que fue el primero en ver las huellas del lobo, en Vierlinden de Seelow.

Se le ocurren varias ideas; va a hablar con la redactora gráfica que le había comprado la foto a Agnieszka, la foto del lobo en el arcén de la autovía, la que había hecho Tomasz, y luego escribe la historia, otra historia sobre el lobo.

—Fue uno de esos momentos que una no olvida —dice la redactora—. Aquel día vino la limpiadora, o sea, la chica, la joven que limpia en nuestra casa y que a veces cuida a los crios, y me dijo: Usted trabaja para un periódico, ¿no?, tengo algo que enseñarle; y yo pensé: a ver con qué me sale ahora; y entonces me enseñó la foto, la había hecho su novio la noche anterior, en la autovía; yo no me lo podía creer, la había hecho el chico polaco, y después la foto dio la vuelta al mundo, de verdad, la vuelta al mundo; yo quería pagarle, pero desde entonces no la he vuelta a ver, no ha vuelto, igual está enferma.

Entonces, la chica turca se puso a buscar a la joven polaca y a su amigo, otra historia sobre el lobo; la mujer le dio su número, pero la limpiadora polaca no lo cogió y tampoco tenía su dirección.

El chileno llegó a casa y la besó en la boca. La muchacha recogió sus cosas y se fue del piso. Encontró el camino para volver a la Lychener StraBe; quería regresar a casa de Icke, igual el chico estaba allí. Quizá la estaba esperando allí, Tenía fiebre.

Subió a tientas por la escalera, a oscuras, peldaño a peldaño, hasta llegar al cuarto. No había luz, No había nadie.

Toda la ciudad en alerta. Los periódicos, los titulares. La televisión local. La noticia dando la vuelta al mundo. El lobo de Berlín. Todas las miradas puestas en la ciudad, cuánto ha cambiado. Este lobo es berlinés.

En un extremo del Mauerpark hay un equipo de cámaras, el objetivo panorámico, en la hondonada, en los trenes que pasan, no lejos del supermercado barato, el Aldi.

Ahí es donde vieron por última vez al lobo. Berlín, la ciudad verde, ahora blanca por la nieve, o gris, pues hacía un par de días que ya no nevaba.

—Cuando salga el sol —dijo Charly—. En cuanto salga el sol de marzo, se acabó todo.

—¿El qué se habrá acabado? No te entiendo, ¿qué se habrá acabado con el sol de marzo?

—Con el sol de marzo se fundirá la nieve.

—¿Y qué? ¿Qué hay de malo en que se funda la nieve, Charly? Yo me alegro de que se vaya la nieve, ya va siendo hora.

—Cuando se funda la nieve, nadie encontrará al lobo. Se habrá ido.

Jacky, o Jacqueline, para ser más precisos, dueña de un quiosco veinticuatro horas, sabía que a veces se confundía de día de la semana porque trabajaba todos los días y todos los días eran similares; y sabía que ella y Charly no tendrían hijos nunca. Sabía que Charly no quería tener hijos, vamos a pensarlo bien, vamos a pensarlo con calma, considerándolo todo, y eso significaba mucho: que ella tendría que dejarlo todo, la tienda y a Charly y los años pasados, luego tendría que buscarse a otro hombre, y cómo se desarrollaría todo, cuándo se lo diría al otro hombre. Nadie te ha humillado.

—¿En qué piensas, Charly? Estás raro, estás muy raro.

Charly pensaba en el hombre que no le había vendido la pistola. Pensaba en el manto de nieve sobre los terrenos de las depuradoras.

Charly se imaginó a sí mismo bajando a los fosos del S-Bahn con un arma al hombro. Sería mejor con más hombres, ojeadores y perros: lo había leído hacía tiempo en un libra de Tolstói.

—¿Has leído algo de Tolstói, Jacky?

—No, Charly.

—Tú no lees nada, ¿verdad?

—Uy, pues claro que leo, y tú lo sabes.

Charly sabía qué leía Jacky.

—Hay que sacar la basura —dijo Jacky.

—Pues sí —dijo Charly—. Cero ganas.

Charly se imaginó a sí mismo bajando a los fosos del S-Bahn, o en la otra punta del Mauerpark, con los ojeadores, o bien cazando en solitario al lobo, poniendo trampas y cebo, se imaginaba acechando al lobo al amanecer, se imaginaba disparándole en los fosos del S-Bahn, aunque a veces trasladaba la escena a Friedrichshain, en lo alto de la colina del parque, en el mirador. Soñaba con el lobo.

Soñaba que él le disparaba al lobo.

—A ver, nena, ¿quieres pasar a calentarte? —dijo la anciana—. Anda, pasa.

El calor y el hedor de la casa eran insoportables.

—Aún tenemos carbón —dijo la anciana—. Lo único que nos queda es carbón. Estás colorada. ¿Quieres beber algo? Toma algo de beber —añadió la anciana.

En la taza que le dio la anciana había nieve.

—Nuestro perro se ha escapado, ¿has visto un perro por ahí fuera?

—No he visto ningún perro —le dijo la chica.

—¿Tienes fiebre? —le preguntó la anciana—. Tienes cara de estar con fiebre, ¿no te quieres ir a casa?

—Estoy buscando a mi amigo —le dijo. Y luego añadió—: O a Icke. Antes vivía un chico en el cuarto que se llamaba Icke.

—En el cuarto antes vivía una muchacha que se llamaba Maria, cada vez estaba más flaca, un día desapareció. Creo que se volatilizó. —Hizo un gesto—. Desapareció, un día desapareció.

El anciano estaba sentado junto a la mesita que había en el pasillo.

—Hay que andarse con cuidado —dijo el viejecito—. Hay que ir con cuidado.

—Pues aplícate el cuento —le dijo la anciana.

El tren pasaba por delante de la casa, por el foso del S-Bahn.

Un trocito de papel ardiendo cayó delante de la chica, en la calle.

—Otra vez tú —le dijo la mujer del balcón—. Sube.

En el piso de la mujer olía a sándalo y a Incienso. Había muchas velas encendidas, La chica tenía escalofríos. La mujer le sirvió un té, no tenía nada para la fiebre en la casa, ni una aspirina ni tampoco Ibuprofeno, No creía en la eficacia de las pastillas.

La chica se tumbó en el sofá tapada con una manta y se quedó mirando las velas.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó la mujer, aunque la muchacha no le respondió—. ¿Dónde está tu amigo?

—No lo sé —contestó ella.

—¿Sabes qué? —le dijo la mujer—. Creo que he visto al lobo.

—¿En serio?

Tomasz y Agnieszka estaban en su piso de Neukólln. Apenas habían hablado desde que regresaron del hospital, Él llevaba la cabeza vendada y en cuanto llegó a casa se quedó dormido, aunque volvió a despertarse enseguida. Le dolía la cabeza.

Ella llamó para avisar en el trabajo de que no iría y se quedó en casa. Llamó a Janina y luego a Krzysztof, el novio de Janina. Krzysztof y Janina eran polacos, como ella; su amiga trabajaba de cajera; él, en un taller mecánico.

Llamó a Marek y le dijo que Tomasz no podría ir a trabajar en una semana porque no estaba bien, Una caída, Un golpe en la cabeza.

—Siempre está como si le hubieran dado un golpe en la cabeza, pero bueno, dile que se mejore.

Agnieszka rezó, Cambió las sábanas.

Los días siguientes no salieron del piso. Tomasz se quería ir a Polonia, pero no lo decía en voz alta. La tele estaba encendida. Tomasz tenía muchas cosas que decirle, en su cabeza decía muchas cosas, como cuando estaba en Polonia o en la obra, pero le dolía la cabeza y no era capaz de decir lo que quería decir, era como si sus pensamientos no hallaran las palabras, aunque estuvieran a punto.

No se tocaban.

Llevaron el coche al taller y Krzysztof les puso un cristal nuevo.

Cuando vio el vendaje de Tomasz le preguntó:

—¿Qué te ha pasado?

Y Tomasz respondió:

—Nada.

La escopeta estaba apoyada en una esquina de la habitación.

Tomasz quería sacar las balas, pero ella se puso a gritarle que no tocara el arma.

Agnieszka tenía miedo de la escopeta.

Había que deshacerse de ella, pero no sabía cómo. Pensó en que podían tirarla por ahí y ya está, pero tenía miedo de que alguien la encontrase, un niño tal vez.

Dos días después del disparo en el coche volvió a trabajar. Se llevó a Tomasz con ella.

Condujeron hasta Prenzlauer Berg, donde vivía la familia a cuya casa tendría que haber ido a limpiar el día de antes; siempre iba los lunes y los viernes. Era la casa de la mujer a la que hada un par de días le había dado la foto, pero la mujer no estaba.

Encontraron sitio para aparcar delante de la casa en Kollwitzplatz. Agnieszka tenía llave. Abrió la puerta de la calle. Tomasz se quedó junto a la puerta abierta, luego se volvió a meter en el coche y esperó. A la izquierda, al lado de la casa, había un quiosco de los que abren hasta las tantas, Cuando, por un momento, dejaron de ver gente por la calle, ella cogió la escopeta y se metió en el edificio. El portón se cerró solo. Agnieszka salió al patio trasero, tiró el arma en uno de los contenedores negros y volvió corriendo al pasillo de la entrada. Ya se habían deshecho del arma. Tomasz se echó a reír.

Entraron en el piso. No había nadie, como de costumbre. En una mesa había un par de billetes y una notita para Agnieszka.

POR SI AL FINAL VIENES… ¿TODO BIEN?

Estuvo limpiando unas cuantas horas, Tomasz se quedó sentado en el sofá, A veces decía algo sobre el mobiliario. Un sofá verde claro, Qué color más raro.

—Sí, corazón, un color raro.

Fotos en blanco y negro en la pared, recortadas de periódicos, pero enmarcadas. Unas gafas ensangrentadas y un vaso medio vado. Una bandera sobre Berlín en ruinas. Un puente. El lobo delante del letrero de la carretera.

Cuando acabó la faena, cerró con llave, tres cerrojos, y se bajó las bolsas de basura que ya había dejado en el rellano. Abrió el contenedor negro del patio, donde había tirado el arma. Ni rastro.

Por la tarde, él la esperó sentado en las oficinas, mirándola mientras ella trabajaba. Tenía jaqueca, no le podía echar una mano.

Se sentó en una de las mesas de la enorme planta de oficinas bajo los fluorescentes y la miró mientras pasaba el aspirador por la moqueta azul con sus mallas grises y la camiseta blanca holgada, sin decir nada.

La madre de la chica estaba otra vez mirando por la ventana del piso del Gleimtunnel, como había estado haciendo casi todo el día anterior; al final le dijo a su amiga que estaría bien hacer una foto cada hora, pero de ella; la amiga no le hizo ninguna foto.

Llamó a la policía, a la comisaría de Invaliden esquina con BrunnenStraBe, y recibió una respuesta poco amable: fin de semana, no hay nadie, llame la semana que viene: luego condujo hasta allí, pera la respuesta que le dieron no fue mucho mejor que por teléfono. Volvió a la Schwedter StraBe y se quedó junto a la valla del corral de las cabras. Dijo: Me voy a volver a casa.

La madre de la chica había estado fumando, aunque en la zona de la granja escuela no estaba bien visto.

—Las cabras se llaman Katinka y Natascha —le dijo su amiga—. Venga, esta noche salimos y mañana te vas.

Jacky encontró el arma a mediodía detrás del mostrador, Estaba ahí, delante de la pared donde tenían el tabaco, la cogió apuntando al techo. Charly estaba de espaldas a ella, ordenando las revistas en los expositores, revistas de fotos, de deportes, casa, jardín, cocina, arte, caza, tatuajes, de toda.

—¿De dónde has sacado esto, Charly?

—¿El qué? ¿De dónde he sacado el qué?

—Esto. ¿De dónde has sacado el arma?

Se volvió hacia ella.

—Me la he encontrado en la basura.

—¿Dónde?

Subió el tono.

—Que dónde.

—Estaba en la basura, ahí en el patio…

—Pues ya estás dejándola donde la has encontrada…

Estaba a punto de perder el control.

—Jacky, alguien la ha dejado ahí para mí, nadie tira una escopeta a la basura.

—¡Que la devuelvas! ¡Ya!

Ahora ya estaba chillando. Nunca la había visto chillar. Nunca le había chillado.

—¡Ya!

—Estás subiendo mucho el tono, estás gritando…

—¿Y qué vas a hacer con esto? ¿Qué quieres hacer con esto?

—¿Cómo que qué voy a hacer con esto?

Él también empezó a gritar.

—No hace falta que me repitas todo veinte veces, Jacky…

—¿Qué vas a hacer con esto, Charly? Eso quiero saber yo, ¿qué vas a hacer con esto ahora?

Charly abrió los ojos como platos, su tic, una manía nerviosa.

—Yo… Me ha humillado, nos ha humillado…

—No te ha humillado, nadie te ha humillado, y ahora sales —seguía gritando—, ¿ahora sales con la escopeta al hombro y te pones al acecho?

Al oír «al acecho» torció el gesto y ella abrió los ojos como platos, como hacía él. Las paredes pintadas de negro, rojo y dorado. La pared llena de periódicos. Las dos neveras, cerveza, agua, cola, vino, cava.

—No lo has entendido, Jacky, no lo entiendes, nosotros, nosotros somos el ojo.

Jacky empezó a llorar agarrando con fuerza el arma.

—Nosotros no somos el ojo, Charly, Sólo somos una mierda de quiosco que vende lotería.

Jacky lloraba.

Él quería quitarle el arma de las manos y volverla a dejar debajo del mostrador.

—Somos el ojo.

Ella no soltaba el arma. Se acercó sin soltarla a la puerta del quiosco, pasó por delante del letrero de la lotería.

Charly salió detrás de ella, caminaron calle abajo, ella con el arma, delante; él, a un par de metros de distancia, no paraba de volverse hacia la tienda, la habían dejado abierta. Jacky pasó por delante de una peluquería y un supermercado, luego torció la esquina. Charly se quedó parado y después volvió.

—Enciende la radio, Tomek —dijo Agnieszka—, no soporto el silencio.

Tomasz, que estaba sentado con el vendaje en la cabeza en uno de los escritorios de las oficinas de la Rosa—Luxemburg—Platz, le dijo: Aquí no hay radio, nunca hemos escuchado la radio aquí.

—Alguna habrá por ahí.

Agnieszka tenía dolores. Calambres.

En muchos escritorios, junto a los teléfonos y las pantallas, había marcos de fotos, En la cocinita encontró una radio pequeña y la encendió. Primero sonó música, luego hablaron del lobo.

—Ya están otra vez —dijo Agnieszka.

—¿Con qué? —preguntó él, que no entendía casi nada de alemán.

—Con tu lobo, el lobo que viste.

—¿Mi lobo?

—En la radio están hablando del lobo, te lo trajiste tú, es tu lobo, te lo trajiste tú, y ahora no saben dónde está.

—Yo sé dónde está —dijo Tomasz—, O sé dónde lo buscaría.

Música.

Ella aspiraba la moqueta de las oficinas, la radio sonaba y él estaba sentado en una mesa.

Los dolores fueron a más. Intentó respirar hondo y seguir trabajando, y al final dijo que se tendría que ir antes a casa, que no lo aguantaba más, que los dolores eran muy fuertes; él no sabía qué decir, hablaba con ella en su cabeza, hablaba con su madre y le decía todo lo que no podía decir en voz alta, le hablaba de la criatura, que era de otro.

Del dolor le entró el pánico y le dijo que llamara a Janina, y luego dijo que la llevara al hospital.

Tomasz vio la sangre en las mallas grises.

—Agnieszka —dijo él, y entonces ella miró también.

Al final se encogió de dolor en el suelo y él se puso a su lado. La radio siguió encendida.

Fueron de bar en bar y en muchos garitos se encontraron a viejos conocidos, Madre mía, cuánto tiempo. ¿Y cómo te va, bien? Bien. Primero fueron a dar una vuelta por el barrio, por la zona del Gleimtunnel; al rato, la madre de la chica y su amiga, algo borrachas ya, bajaron por la Schónhauser Allee hasta llegar a un local pintado de negro de arriba abajo; la mujer preguntó cómo se llamaba el bar, no lo conozco, su amiga le dijo que seguro que se llamaba Orco, y las dos se echaron a reír tan fuerte que casi se hicieron daño en la garganta; la madre de la chica se secó las lágrimas, hacía tiempo que no se reía así, mucho, muchísimo tiempo, y se preguntó qué es lo que en verdad le hacía tanta gracia. Entraron en el garito, detrás de la barra había una mujer y un hombre moreno.

—Tú hoy estás de mal humor —le dijo la madre de la chica al hombre, aunque era la primera vez que lo veía.

—Se me ha ido una camarera —respondió él.

—Peores cosas hay en la vida —contestó la mujer pelirroja.

Una mujer que tenían al lado se volvió hacia ella: era una vieja amiga, una actriz a quien había tratado mucho en su día, cuando tenían veintitantos.

—Esa voz me la conozco yo —dijo la actriz—. ¿Cómo tú por aquí? [Vaya casualidad! Cuánto tiempo sin vernos.

De joven, la actriz había triunfado, luego ya no tanto, y hoy en día buscaba trabajo como todo hijo de vecino e iba tirando, como ella misma decía, Se quedaron junto a la barra. Hablaron mucho. Se pusieron al día, se echaron unas buenas risas, las tres estaban animadas y chistosas, todo era casi como antes; y luego la madre de la chica le contó a su vieja amiga que le había pegado a su hija, y la actriz le dio una explicación a su comportamiento, una razón: se

trataba de una proyección, de la expresión de la agresión reprimida hacia el otro.

—No voy a volver —dijo la madre de la chica—. Para él, estoy muerta, dice que siempre ha sabido que soy un peligro para él, Me ha aniquilado.

Bebieron cerveza y aguardiente, y entablaron conversación con el hombre que atendía la barra, Les contó que era de Chile, y las mujeres contestaron que no se creían ni media palabra, que era de Rumania, que era rumano, y el chileno dijo: Sí, puede ser, pero no se lo digáis a nadie.

—Del Danubio —dijo la madre de la chica—. De Rumania y de Chile.

—Del Danubio azul —dijo la amiga—, De Chile y del Danubio azul.

—¿Se te dan bien los colores? —le preguntó el chileno.

—Pues sí, O al menos se me daban bien antes.

Las mujeres siguieron charlando ya sin el chileno, mientras éste se limitaba a echarles miradas de vez en cuando.

Al volver a casa, al alba, agotadas y borrachas, por el Mauerpark, arriba del Gleimtunnel, al piso antiguo con vistas al otro lado del foso del S-Bahn, oyeron el aullido del lobo a lo lejos.

El chico soñó con Icke. En su sueño, Icke vivía en un agujero bajo tierra, pero el agujero era de metal; después soñó con su padre, Se despertó, se volvió a dormir, se despertó y se volvió a dormir. Así pasó una noche y un día y otra noche más.

Cuando se despertó en el hospital la segunda noche, por la ventana se veía la luna por encima de la ciudad, sobre el río y las vías del tren.

Luego volvió a soñar, soñó con el bosque y, cuando se despertó de ese sueño, pensó por un momento que aún estaba con la chica en la ermita del camposanto del bosque; sin embargo, miró por la ventana y vio el río y las vías e intentó levantarse. Eran las tres de la mañana, más o menos.

Aunque tenía dolores, podía moverse, Le habían puesto una vía en el dorso de la mano. Se sacó la aguja, sangró.

Se levantó. Le dolía, como si tuviera algún desgarro, Podía caminar. Buscó sus cosas y las encontró en el armario.

En la cama de al lado había un hombre mayor durmiendo.

Salió al pasillo. Nadie a la vista, todo estaba en silencio, todo dormido. Recorrió el largo pasillo. Había una puerta abierta, vio a una de las enfermeras de espaldas; ésta no se volvió cuando pasó por detrás. No lo había oído, pero el chico sabía que sí que oiría la puerta automática de la planta. En ese momento, alguien hizo sonar la campanita en una de las habitaciones del final del pasillo. Se encendió una luz en la puerta de la habitación. El chico se apoyó contra la pared. La enfermera salió de la sala de personal y desapareció en la habitación del paciente. El chico se marchó.

Ya bajando, el ascensor hizo una parada; entró un médico con bata. No dijo nada.

El chico franqueó la puerta de entrada del hospital; un hombre con uniforme se quedó mirándolo mientras pasaba por delante; y frente al hospital había dos policías sentados en un coche patrulla, pero nadie le dijo nada. Se quedó parado en medio de la calle sin saber adónde ir, si hacia la derecha o hacia la izquierda. Giró hacia la derecha y luego otra vez a la derecha. Tenía dolores, no sabía muy bien dónde estaba. Buscó la torre de televisión para orientarse, pero no la veía, Decidió seguir recto. Le habían dado analgésicos en el hospital y ahora, caminando, se le iba pasando el efecto poco a poco. Le dolía la cadera, todo el costado izquierdo, las cervicales. Recorrió toda la Invalidenstrafte. Pasó por delante del Museo de Historia Natural: había querido ir a visitarlo con Icke el verano pasado, pero Icke le dijo que para qué, si sólo había dinosaurios y ranas muertas.

Avanzaba con lentitud, sin detenerse. Los parones se hacen más pesados que seguir caminando, le había dicho una vez su padre en el bosque, un día en el que, de repente, los sorprendió el mal tiempo.

El chico no se detuvo hasta llegar a un parque, esquina con Brunnenstrafie; enfrente había una comisaria. Cuando llegó delante

de la comisaría estaba casi sin aliento, pero consiguió cruzar la calle y llegar al parque.

Aquí han estado jugando los niños con trineos, pensó al fijarse en las marcas en la nieve, Subió la suave pendiente hasta que se cayó. Se dio la vuelta en el suelo, se quedó boca arriba mirando al cielo. Era una noche despejada; las cuatro de la madrugada, aunque no llevaba reloj. Se puso de pie, Pensó en el bosque, Pensó en la caravana, en el fuego, en el muerto a los pies de la escalerita, pensó en la chica.

Cuando finalmente logró encontrar el camino hacia el bar pintado de negro, el chileno le dijo: No está aquí.

—No tengo ni idea de dónde está. Cálmate, tienes pinta de estar molido — dijo el chileno—. ¿Te ha pasado algo? Tómate algo, yo te invito.

El lobo estaba a diez metros de él. Charly cogió el arma como le había enseñado el señor de Hobrechtsfelde, con ambas manos.

Apuntó hada el lobo, pero sabía que no iba a ser capaz de mantenerla firme. Sabía que con la Tokarev no podría darle a una distancia de diez metros, y sabía que el señor al final no había querido venderle la Tokarev, pero que, en cambio, había encontrado la escopeta que ahora no tenía, y en su lugar tenía la pistola, ¿cómo era eso? Sujetaba el arma con ambas manos. El lobo no se movió, estaba clavado delante de él, como la mañana de la ventisca de nieve en Marzahn, cuando se quedó paralizado de miedo.

No sabía qué iba a pasar cuando disparase, qué pasaría si le daba al lobo y no lo mataba, y ambas posibilidades se le cruzaron por la cabeza simultáneamente y no paraban de repetirse sin que sucediese nada, porque pensaba que no podía suceder algo que no se pudiese imaginar, vamos a pensarlo con calma otra vez, y entonces disparó, gritando, y Jacky trató de despertarlo.

—Charly, despierta.

No podía sujetar con firmeza la pistola.

No sabe sostenerla, le había dicho el hombre en los terrenos congelados de las depuradoras de Hobrechstfelde, y Charly pensó que había disparado demasiado lejos, pero el lobo saltó e intentó

volverá ponerse de pie, aunque le faltaba una de las patas delanteras. Charly le habla disparado en una de las patas. Se puso de rodillas. El animal sangraba, pero no intentaba huir. El lobo se volvió a poner de pie, sobre las tres patas.

Llegó un tren. Charly se puso de pie y se marchó. Quería acercarse al lobo, pero, al mismo tiempo, no se acercaba al lobo, sino que se alejaba, aunque lo que quería era acercarse a él.

La mujer hablaba mucho. La chica estaba tumbada en el sofá, envuelta en dos mantas. Pasaba de tener frío a tener calor de un momento a otro. La mujer estaba sentada en el suelo, con la espalda apoyada en el sofá. Habló sobre religiones y sobre dioses, sobre deidades indias y otras divinidades, habló sobre sus padres, sobre todo sobre su madre, que había fallecido hacía poco y cuyos diarios había quemado en el balcón, uno detrás de otro. La mujer no paraba de hablar, qué bueno tener a alguien en casa con quien poder charlar, hacía tiempo que estaba sola. Habló sobre sus amigos repartidos por el mundo, amigos de Inglaterra, de Suecia, de Estados Unidos. Habló sobre su maestro de la India, lo llamó maestro, que había augurado que dentro de un año abandonaría su cuerpo. Le explicó que los hombres como él sabían a ciencia cierta cuándo era el momento de marcharse. El maestro era un hombre santo; la mujer le enseñó fotos de aquel señor. Había puesto música bajita, música india. La chica se quedó medio adormilada, medio despierta. Apenas se movía. Escuchaba a la mujer y miraba las velas. A veces veía aparecer la cara de la mujer delante de ella, una mujer rubia, de ojos claros y grandes, arrugas marcadas, y a veces la chica pensaba que era su propia cara.

—Te han pegado un golpe en el ojo y en la cara —dijo la mujer.

La chica pensó en la caminata por el bosque y, con la fiebre, parecía acordarse de cada paso.

Cuando se despertó a la mañana siguiente y miró por la ventana, lo vio en la calle.

El chico estaba en un retazo de sol delante de la casa, de la casa de Icke.

Lo saludó, pero él no la vio. La ventana estaba atrancada, no conseguía abrirla.

Se vistió. No pudo despedirse ni dar las gracias, ya que la mujer, Nadine, no estaba en casa.

La chica cerró de un portazo al salir y bajó las escaleras, tres pisos.

El chico seguía en el retazo de sol, al final de la Lychener StraBe. Estaba pálido. Sonrió al verla salir de la casa.

En los trenes hacía mucho tiempo que ya no había guardavías. El oficio había muerto, pero ahora, después de aquel largo y frío invierno, habían enviado a unos cuantos hombres a trabajar en las vías. Como los trenes circulaban casi toda la noche, salvo durante un par de horas, y en hora punta pasaban cada tres minutos, era un trabajo muy peligroso y nadie hacía la ronda en solitario.

Entre la una y media y las cuatro de la mañana, los hombres revisaban el túnel y las estaciones subterráneas, y cuando salía el sol revisaban los tramos de superficie. Revisaban los puentes, el balasto de las vías, las agujas.

Los hombres iban con monos chillones de color naranja y chalecos amarillos reflectantes. Llevaban cascos, guantes y botas de trabajo. Cuando pasaban los trenes de viajeros con las primeras luces de la mañana se quedaban parados. Algunas veces se quedaban mirando los trenes, saludaban a los pasajeros sin conocerlos y veían alejarse las caras agotadas a través de las ventanas; otras veces no miraban y dejaban que pasasen por su lado sin más. Normalmente iban de dos en dos. Uno de esos tipos era Icke. Icke iba caminando por los fosos de la línea circular, con el sol a la espalda; en cierto momento se volvió y miró hacia arriba, hacia el edificio en el que había vivido hasta que un día llegó una cuadrilla de obreros polacos y empezó a tirar la casa abajo. Se quedó parado, se volvió y alzó la vista hacia el piso. El edificio estaba cubierto de andamios y una lona, pero la lona ondeaba al viento. Habían arrancado las ventanas. Parecía que estaba en ruinas.

Por más que Icke intentó recordar cuánto tiempo había vivido allí, se le mezclaban los meses y a veces también los años. Había esperado a la mujer allí en el piso, pues era de ella. Una vez, en verano, un amigo había estado de visita, dos semanas, un chaval de su pueblo, más pequeño que él, pero amigo, uno de los pocos que había tenido allí, aunque ahora no se acordaba de cómo se llamaba. La mujer le había dado las llaves de su piso, pero luego había desparecido y nunca más se supo; él casi perdió la cabeza.

Un silbato, un par de pasos atrás, el tren pasa.

Micha. Así se llamaba, pensó Icke, ¿o se llamaba Mike? Micha.

Hacía la ronda con un vietnamita que había llegado a la RDA en los ochenta. El vietnamita se llamaba Vinh.

—Icke, ¿sabes qué?

—¿Qué?

—El azul no es un color de pelo.

—¿Cómo que no? Ya ves que sí.

—No. ¿Y qué te has hecho en la garganta?

Siguieron caminando.

—¿Te puedo decir algo, Vinh?

—¿El qué?

—Aquí hay túneles por todas partes.

—Claro, túneles, por todas partes, en la Nordbanhof, en la Oranienburger StraBe, en la Potsdamer Platz.

—No, Vinh, no, aquí, aquí te digo…

Icke se puso a dar pisotones, hay túneles por todas partes. Hay túneles que excavó la gente.

—¿En la guerra, dices? ¿En la guerra?

—Después.

—¿Después cuándo? ¿De qué narices hablas, tío?

Vinh se echó a reír. ¡Qué cosas dices!

El vietnamita se quedó parado, Las botas le quedaban grandes, todo le quedaba grande, el mono, el chaleco.

—¿Hueco?

—Hueco, Vinh, hueco, Túnel. Agujeros, Vacío.

—Si tú lo dices…

SI tú lo dices… Eso lo decía Vinh a menudo.

—Mira que dices veces eso.

—¿El qué?

—Eso que dices.

—¿Ah, sí?

Vinh se puso a pensar. Estuvo un rato sin decir nada. Avanzaron un par de metros más. Pasó un tren en dirección contraria. Fue uno de los trenes que se quedaron mirando, saludaron al conductor.

—Como en Vietnam, Icke. ¿Lo sabías?

—¿El qué?

—Todo hueco. Lleno de túneles.

—No, no lo sabía.

Pausa. Otro tren.

—Allí arriba vivía yo antes.

—¿Ahí?

—Ahí.

—¿Ahí, en esa casa? Icke, estás fatal, por eso te crece el pelo azul.

La luz de la mañana con el sol aún bajo. Los trenes amarillos, las nubes, los aviones llegando a Berlín—Tegel por el cielo.

—Pues así es, enanito. Los enanos también excavan túneles, ¿lo sabías?

—Enanito, ¿eso qué significa?

—Los enanitos son gigantes.

Se quedaron mirando la vasta extensión de vías que tenían ante ellos, las vías que se cruzaban provenientes del Este, del Oeste y del Norte; sabían que podía ser mortal cruzar aquella extensión de vías.

Se miraron y callaron.

—¿Dónde están los demás? —preguntó Vinh.

A lo lejos, los trenes, que, vagón a vagón, cambiaban de vía.

Desayunaron en una sala de personal subterránea de la estación de Gesundbrunnen que olía a aceite.

—Vaya aromas, Icke.

—Tampoco se le puede pedir más.

—Qué lástima que no se pueda fumar aquí.

En el viejo puente de hierro sobre la GartenStraBe se colocaron entre dos abedules jóvenes en una vía lateral que ya no estaba en uso. Vinh se puso a cantar y a Icke le hubiera gustado acompañarle, pero no se sabía la canción.

Vinh tenía tabaco, tabaco americano de China.

Y entonces Icke vio al lobo, un animal enflaquecido, que, por un instante, se quedó parado en las vías.

—Mira eso, Vinh.

—¿Qué?

—Mira eso.

—¿El qué?

En un primer momento, Vinh no lo vio, pero luego reparó en el animal.

—¿Qué es eso, Icke?

—Un lobo, Vinh.

Entonces pasó un tren. No era ni de los que saludaban ni de los que no miraban. Sólo uno de los que pasaban y ya está, era su hora de descanso. Cuando el tren pasó, el lobo ya no estaba.

El sol ya estaba más alto.

Ésa fue la última vez que alguien vio al lobo, ése fue el día en que se perdió su rastro.

La gente especulaba con que estaba muerto, que un tren lo había aplastado o que había muerto y punto, quizá en alguno de los agujeros o túneles, quién sabe. Mucha gente pensaba que alguien lo había matado; otros, que se había ido hacia el Norte, quizá se había marchado así de la ciudad, siguiendo las vías. Quizá ahora estaba en los bosques al norte de Berlín, en Schorfheide, pero los cazadores y forestales de aquella zona no hallaron ningún rastro ni tampoco ningún animalillo despedazado.

El lobo había desaparecido.